



**Palma / González Prada / Miota / L. Yerovi  
Ventura García C. / Valdelomar / F. More  
C. Parra / Zavaleta / De Trazegnies / N. Yerovi  
J. Ninapayta / J. Cuba / C. Herrera / L. García**

**Editorial Ximena**



# PERIOCUENTOS PERUANOS

**ANTONIO GONZALEZ  
MONTES**

**PERIOCUENTOS  
PERUANOS**

**(EL PERIODISMO COMO TEMA LITERARIO)**

**ANTOLOGIA**



Digitalizado por:  
Asociación por la Cultura y la Educación Digital  
ACUEDI - 2013

**Editorial Ximena**

**1997**



Primera edición, octubre de 1997

Diseño de carátula: Aldo Bravo Martínez

Periocuentos peruanos (El periodismo como tema literario)

Antología

Cuidado de edición: Miguel Angel Rodríguez Rea

© 1997 por Editorial Ximena

Lima, Perú



***A Lula y Ximena,  
con amor***



## INDICE

Prólogo	1
<b>PERIOCIENTOS</b>	
Ricardo Palma <i>La historia del Perú por el Padre Urías</i>	5
Manuel González Prada <i>El amigo Braulio</i>	15
Jorge Miota <i>El corrector de pruebas</i>	25
Leonidas Yerovi <i>Con la patrona</i>	31
Ventura García Calderón <i>A la criollita</i>	37
Abraham Valdelomar <i>Reportaje al Señor de los Milagros</i>	45
Federico More <i>En el Cementerio de Lima</i>	57
Carlos Parra del Riego <i>Un héroe civil</i>	75
Carlos Eduardo Zavaleta <i>Los arrepentidos</i>	85
Fernando de Trazegnies Granda <i>El Cónsul Honorable</i>	95

Nicolás Yerovi <i>El diario más original del mundo</i>	129
Jorge Ninapayta de la Rosa <i>García Márquez y yo</i>	141
Jorge Cuba Luque <i>Colmena 624</i>	149
Carlos Herrera Rodríguez <i>La dueña de la pelota</i>	163
Luis Eduardo García <i>La escritura y el crimen</i>	179



## PROLOGO

Ofrecemos a los lectores de esta Antología una muestra selecta y variada de *Periocuentos*. Hemos creado esta expresión como complemento a la de *Periolibros*, que ya tiene carta de ciudadanía y que fue acuñada por algunos periódicos limeños para lanzar ediciones masivas de obras literarias (novelas, poemarios, cuentos) en formato de periódico. Estos periolibros, de gran aceptación entre el público y de bajo costo -pues se entregaban por la compra del respectivo diario- han permitido ampliar el radio de influencia de grandes obras literarias peruanas, latinoamericanas y universales. También demuestran que la literatura se difunde a través del libro tradicional y de otros formatos novedosos, que van surgiendo como consecuencia del desarrollo tecnológico y de la necesidad de llegar a públicos cada vez más amplios y diversos.

Los *periocuentos*, según nuestra propuesta, presentan dos características. La primera es que son cuentos en los que el tema central, la anécdota, los personajes, las situaciones, la perspectiva, los conflictos y otros elementos temáticos y expresivos, están vinculados, de uno u otro modo, con el fascinante mundo del periodismo. La lectura de cualquiera de los relatos antologados nos permitirá comprobar la validez de esta afirmación: con mayor o menor énfasis, de una u otra forma, todos ellos nos muestran la realidad apasionante y sorprendente del periodismo.

La segunda característica permite establecer una diferencia entre los *periocuentos* elegidos. Un grupo de ellos, el más numeroso, está constituido por relatos en los que el autor respectivo ha creado un narrador, el cual, en primera o en tercera persona, nos cuenta un suceso, más o menos realista, que ha sido ficcionalizado y transmutado para que el cuento alcance el nivel de originalidad, de profundidad y de universalidad propio de este género

literario. A este grupo pertenecen: *La historia del Perú por el Padre Urías*; *El amigo Braulio*; *El corrector de pruebas*; *A la criollita*; *Un héroe civil*; *Los arrepentidos*; *El Cónsul Honorable*; *El diario más original del mundo*; *García Márquez y yo*; *Colmena 624*; *La dueña de la pelota* y *La escritura y el crimen*. Algunos de estos cuentos se publicaron originalmente en libros (de autor o antológicos) y otros, en revistas o periódicos.

Un pequeño conjunto de textos, *Con la patrona*; *Reportaje al Señor de los Milagros* y *En el Cementerio de Lima*, son *periocuentos* desde el punto de vista del tema y de la forma. En cuanto al tema participan de la característica común de estar ambientados en el mundo del periodismo. Lo singular es que en cuanto a la forma estos tres textos tienen la estructura y las técnicas propias de ciertos géneros del periodismo escrito.

Dos de ellos, -*Con la patrona* y *Reportaje al Señor de los Milagros*- son y no son, a la vez, **entrevistas periodísticas**. Decimos que son porque, casi de principio a fin, utilizan el **diálogo**, técnica básica para que exista entrevista (entrevistador y entrevistado). Y sostenemos que no son por el carácter ficticio de dichas entrevistas. Es decir, desde el punto de vista de la realidad y de la verdad -y el periodismo es un discurso acerca de lo real y verdadero- esas entrevistas no se realizaron. Pero desde el punto de vista de la ficción literaria sí ocurrieron y, además, son estupendas por su verosimilitud (parecen verdaderas) y porque fueron concebidas por escritores que compartían la doble -o única- condición de literatos y periodistas.

*En el Cementerio de Lima* pertenece a los fueros de la *crónica periodística*, un ilustre género muy próximo a la literatura (algunos la consideran, no sin razón, dentro de ella). Por añadidura, en este texto, combinación feliz de realidad y de ficción, de periodismo y de literatura, el autor utiliza magistralmente la técnica del diálogo periodístico y otros recursos (descripción, narración, exposición) que enriquecen el estilo de la crónica periodística. Por coincidencia, los tres textos se publicaron, primero, en las páginas de diarios donde colaboraban estos excelentes creadores. Posteriormente han sido recogidos en antologías literarias en mérito a sus notables calidades estilísticas y narrativas.

En conclusión, los textos del primer grupo están más próximos a la literatura que al periodismo. Son *periocuentos* más por el contenido que por la forma, aunque sus respectivos lenguajes participan de muchas de las cualidades del estilo periodístico (claridad, concisión, interés). A su vez,

los del segundo grupo están más próximos al periodismo que a la literatura aunque no dejan de ser lo segundo. Son, pues, *periocuentos* por partida doble: por el tema (se refieren a sucesos periodísticos), como por la forma (adoptan el formato de **entrevista** o de **crónica** periodística).

Estas son las características de los *periocuentos* tal y como los consideramos y presentamos en esta selección. Sólo resta decir que, como en toda antología, no están todos lo que son, pero sí estamos seguros de que son todos los que están, y que en futuras ediciones -que ojalá podamos acometer- ampliaremos el número de textos en los que el tema de lo periodístico es el central. A través de esta primera muestra, además, hemos querido mostrar cuan cerca están la literatura y el periodismo, dos lenguajes por los que sentimos especial admiración y curiosidad.

Los textos elegidos están ordenados en estricta cronología de los autores. Hemos tomado como referencia eje la fecha de nacimiento del autor y no la de aparición del texto. Cada *periocuento* está precedido por una pequeña nota bio-bibliográfica sobre el autor y un comentario sintético acerca del cuento antologado. Lo que no impide que cada lector haga su propia lectura, aunque en ésta, sin duda, gravitará el peso de lo periodístico.

Esta antología de *periocuentos* de autores peruanos es útil para literatos, periodistas, comunicadores en general y para todo lector interesado en apreciar el punto de encuentro temático y formal entre estos dos grandes lenguajes de nuestro tiempo. Agradecemos a José Andrés Mejía Salas, Miguel Ángel Rodríguez Rea y Rube Martínez Zavala que nos alentaron y ayudaron para que este libro se haga realidad.

Antonio González Montes

**RICARDO PALMA**

Ricardo Palma (Lima, 1833-1919) es uno de nuestros escritores clásicos, al lado del Inca Garcilaso de la Vega, César Vallejo, Manuel González Prada, Ciro Alegría y José María Arguedas. Sus *Tradiciones Peruanas*, publicadas en series desde 1872 y constantemente reeditadas hasta hoy, constituyen uno de los monumentos literarios más completos y originales de nuestras letras. A través de cada uno de estos amenos y jugosos relatos, Palma recrea, con picardía y sabiduría, sucesos, situaciones, personajes, conflictos, frases, de los más diferentes momentos de la historia peruana, desde la época incaica hasta la era republicana. Máxima figura del Romanticismo peruano, Palma es también uno de los iniciadores de la narrativa breve contemporánea.

La tradición escogida está ambientada en la Lima colonial y republicana de mediados del siglo XIX. El protagonista es el padre Juan de Dios Urías, que representa al religioso culto, ilustrado y buen conversador de estas primeras décadas de vida independiente. Este personaje, a quien Palma conoció y trató, era miembro de una tertulia y allí solía participar en conversaciones sobre temas políticos e históricos y cada vez que surgía alguna duda referente a determinado suceso pasado, él zanjaba la discusión diciendo: "Eso lo tengo con puntos y comas, y bien documentado, en mi *Historia del Perú* -y con el índice apuntaba al baúl misterioso-. Ahí la tienen ustedes, íntegra hasta el día, y la leerán después de mi muerte". Con ello daba a entender que estaba redactando una obra histórica. En realidad, el padre Urías no escribía ninguna historia del Perú, pero sí coleccionaba, día a día, ejemplares del diario *El Comercio*, desde su fundación en mayo de 1839. A esta colección, celosamente guardada en el misterioso baúl, le daba el sacerdote la categoría de una *Historia del Perú*, y no andaba errado, pues *El Comercio* es, sin duda, una fuente informativa de la que ningún historiador puede prescindir. Pero no sólo es fuente, sino parte esencial de la vida peruana republicana. Palma, también notable periodista, fue un distinguido colaborador de *El Comercio*.

## LA HISTORIA DEL PERU POR EL PADRE URIAS \*

(A Carlos Wiesse y al padre agustino Martínez Vélez, sacerdote español residente en Lima y muy distinguido literato y orador)

*Si del cielo al pisar la portería  
San Pedro me dijera  
que en tu amor no creyera,  
créemelo, vida mía,  
de la puerta del cielo me volvía.*

(De autor anónimo.)

*Mutatis mutandis*, cuatro cuartos de lo mismo que el enamorado poeta habría hecho yo, hace justamente medio siglo cabal, si el apóstol de las llaves, mientras limpiaba de moho a éstas por el poco uso que de ellas hace el portero, pues sé de buena tinta que en los tiempos que vivimos sólo de higos a brevas se abren las puertas del cielo para dar entrada a un Justo; si San Pedro, repito, me hubiera dicho que esa *Historia del Perú* era pura filfa, y que nunca, ni en soñación, la escribiera el agustiniano monje del convento de Lima fray Juan de Dios Urías, colomboño por el apellido del famoso capitán cuya mujercita, hembra de bonita lámina y de saleroso reconcomio, trabucó el seso al bíblico y santo rey David.

Pero he vuelto yo al mundo y a mi tierra, después de haber desdeñado la celeste gloria, me *habría* quedado patidifuso y aliquebrado al encontrarme con que cuando algún prójimo pretende hacer tragar como verdad inconcusa algún embuste histórico, todo aquel que de ilustrado blasone lo

---

\* *Tradiciones peruanas*. Madrid, Espasa-Calpe, 1961, Tomo VI.



interrumpe, diciendo con aire de fisga: "Vaya, mi amigo, doble esa hoja, porque lo que refiere sólo puede haberlo leído en la *Historia del Perú* escrita por el padre Urías".

A medida que vamos desapareciendo los que conocimos y tratamos hasta 1857 ó 58, en que murió, al fraile pseudohistoriador, empieza a tomar consistencia la especie de que realmente escribió historia patria, y que escribió largo y ceñido; y hasta ha habido benditos de Dios que, al solicitar el libro en el salón de lectura de la Biblioteca Nacional, han pedido la *Historia del Perú* por el padre Urías, no faltando algún memo o bobalición que adjudicara la paternidad del libro a Vidal y Uría, clérigo batallador de reciente fecha, que no flojo escándalo provocara con su biliosa pluma.

\* \* \*

Esbozemos ahora, a grandes rasgos, la personalidad del padre Juan de Dios Urías, hasta rematar en el por qué llegó su nombre a la posteridad con fama de historiador. ¿Escribió libro? No recuerdo dónde he leído que las tres cosas más difíciles son: tomar la embocadura a una flauta, divertirse cuando lo manda un médico y comenzar a escribir un libro.

Yo sé que su paternidad no venció esta última barricada.

Consta del legajo llamado de *Desapropios* existente en el archivo conventual de Lima que el padre Urías nació en Arequipa y que en 1801 vistió en su ciudad natal el hábito de agustino. Consta también que, después de profeso, vino a Lima para completar sus estudios en San Idelfonso, famoso colegio que los hijos del santo obispo de Hipona sustentaban en el Perú.

El padre Urías nunca se mezcló en capítulos conventuales ni aspiró al desempeño de cargo alguno. Rehuía intimidades con sus compañeros de claustro, con los que era estrictamente cortés, y nada más.

Cuando, septuagenario ya y enfermo, se vio inhabilitado para frecuentar la calle, cobró afecto por los padres Angulo y Acevedo, que eran los más jóvenes de la comunidad y que iban a hacerle compañía en su ya poco visitada celda.

El padre Urías era, en Lima, un personaje calcado sobre el tipo de los refinados abates que antes de la Revolución lucieron tanto en los salones

de la corte francesa. Vestía con aseo y elegancia el hábito agustino, luciendo siempre guantes de piel, medias de seda y charolado zapato con hebilla de oro. Para él el ejercicio de sus funciones sacerdotales no iba más allá de la celebración de misa diaria, a las ocho o nueve de la mañana, y de hacer acto de presencia en las fiestas y asistencias oficiales de la comunidad. El pudo decir, como el famoso obispo autor de *Los dos cuchillos*: "Entréme fraile, pero la frailería no entró en mí". Jamás ocupó la sagrada tribuna; pero su palabra culta y amena se escuchaba con agrado en los más aristocráticos salones de Lima. Era lo que hoy llamamos un buen *causeur*, o conversador, como decían nuestros antepasados.

Decíase, ignoro si con fundamento, que el padre Urías por la sábana de abajo estaba emparentado con varios títulos de Castilla, pues su madre, nacida en Ica, y casada con un español establecido en Arequipa, era la quinta hija del conde de \*\*\*, acaudalado propietario de valioso fundo rústico en la jurisdicción de Chincha. Conversando sobre la personalidad del agustiniano historiador, nos decía ha pocos años su amigo el padre Angulo que el padre Urías halló que, en los tiempos del rey, era bocado más suculento ser fraile en convento rico que ser aristócrata pobre.

Fray Juan de Dios Urías, salvo cuando repicaban gordo y había banquetes en San Agustín, nunca acudía a la mesa conventual. Iba con llaneza a almorzar en casa de la condesa tal y a comer en casa del marqués cual, y es fama que tuvo muy buen diente. No era gorrón o pegajoso, pues turnaba manteles entre sus muchas relaciones con la gente de pergaminos y caudal.

Por los años de la primera y aun de la segunda administración del mariscal Castilla, las oficinas públicas, los tribunales de justicia y hasta los senadores y diputados cesaban de funcionar con la primera campanada de las tres de la tarde, campanada que resonaba en la torre de la Catedral para que los canónigos diesen comienzo al obligado rezo.

Por entonces en Lima, en toda casa de buen gobierno, la mesa de familia, minutos más, minutos menos, comenzaba a las cuatro de la tarde. Pero de tres a cuatro, ¿dónde tomarían el *aperitivo* los altos empleados de palacio, los magistrados y los padres de la patria? Boggi, Klein y demás, con sus aseadas, elegantes y bien servidas instalaciones, estaban todavía en el Limbo. En cambio, en todas las casas de algún fuste estaba listo a esa

hora el agasajo de buen moscatel o legítimo pisco para los amigos, que la cerveza era tenida entonces por una abominación.

Era notorio que a nuestro agustiniano le enviaban anualmente de regalo sus deudos de Ica y de Chíncha colmadas botijuelas de aguardiente de chirimoya, naranja, durazno y otras frutas; y con toda llaneza transponían los umbrales de la celda magistrados, ediles, congresales, oficinistas, caballeros de rancio y noble abolengo, y hasta tres o cuatro pajarracos de pluma, muchachos de la bohemia de esa época, entre los que se contaba el hoy anciano que este artículo confecciona. Vaya si le he codeado copitas al historiador padre Urías, copitas que nos servía su lego, al que las tertulias bautizaron con el apodo de *el hermano Mostoverde*.

Paréceme estar viendo la espaciosa celda. Una sala de ocho varas castellanas en cuadro con dos puertecitas que conducían a dos alcobas; gran mesa con tapete de paño azul, sobre la que lucía gran tintero de plata con salvadera o arenillero del mismo metal, y media docena de plumas de ave; un estante modesto con infolios en pergamino; dos canapés de cuero de Córdoba y una docena de sillones del mismo pelaje y claveteados. *Voilà tout*. ¡Ah! Olvidaba lo principal. Entre las dos puertecitas que conducían a las alcobas había, a guisa de aparador, unas tablas con limetas, copas y vasos, y debajo un gran baúl, que, como verá el lector, era una arca santa, un misterio sacratísimo.

Habrían dejado de ser peruanos los que se congregaban en la celda para saborear el traguito, si no hubieran dado suelta a la lengua ocupándose en la política de actualidad o hablando de hechos de reciente pasado que alguna concomitancia tuvieran con aquélla. Ya se sabe que cuando dos peruanos platicamos sobre política, surge la guerra civil, y si somos tres, se desencadena la anarquía. Sobre cualquiera futesa, como si en la batalla de Agua Santa, por ejemplo, el *Vapor del Norte* corrió más o corrió menos que el *Vapor del Sur*,<sup>1</sup> surgía animada controversia de opiniones. Felizmente, allí estaba el padre Urías para serenar ánimos con sólo decir: "No se acaloren ustedes, caballeros, ni rasguen sangre, que eso lo tengo con puntos y co-

---

<sup>1</sup> Motes con que los traviesos limeños distinguían a los dos caudillos.

mas, y bien documentado, en mi *Historia del Perú* -y con el índice apuntaba el baúl misterioso-. Ahí la tienen ustedes, íntegra hasta el día, y la leerán después de mi muerte".

Y a cada triquitraque el marrullero fraile traía a cuento su historia, de la que a nadie había leído ni enseñado página, y que yacía encerrada, bajo llave, en el baúl que todos mirábamos con respetuosa curiosidad.

- Pero ¿a qué hora escribe su paternidad? -le preguntó una tarde cierto mozo impertinente.

Y fray Juan de Dios, sin la menor vacilación, contestóle:

- A media noche, hijo, a media noche, para que nadie ni ruido alguno me perturbe.

Y así se hizo artículo de fe entre sus contemporáneos lo de que el padre Urías era un insigne historiador, cuya modestia corría parejas con su laboriosidad.

Y volaban los años, y el padre Urías continuaba... cortándonos el pelo con maquinita.

No podría precisar la fecha, pero fue dos o tres años después de la batalla de la Palma, día en que por última vez estuve en la celda, cuando el padre Urías emprendió el viaje eterno, haciendo antes entrega de la misteriosa llave a su cofrade el padre Acevedo. Este, una semana después del sepelio, convocó a la celda a varios sacerdotes y amigos seculares del difunto, y se abrió el baúl. En efecto..., allí estaba la historia del Perú, desde 1839 hasta poquísimos días anteriores al del fallecimiento. No constaba ella de una sola página manuscrita, sino de la colección íntegra del diario *El Comercio*, desde mayo de 1839, en que apareció el primer número. La labor del padre Urías había consistido en formar paquete mensual del periódico, atando cada paquete con balduque rojo o blanco, y escribiendo sobre un cartoncillo este membrete en letra gruesa: "Historia del Perú. - Mes y año".

En puridad de verdad, hay que convenir en que el padre Urías no nos había mentado. ¿A qué fuente de consulta más veraz y fecunda podrán acudir los futuros historiadores que a la encerrada por el agustiniano fraile en el enigmático baúl?



*¡El Comercio! ¡El Comercio!* Esa es la historia del Perú por el padre  
Urías.

**MANUEL GONZALEZ PRADA**

Manuel González Prada (Lima, 1844-1918) pertenece al más selecto y representativo grupo de escritores peruanos de todos los tiempos. Su fama se la debe, sobre todo, a sus lúcidos y vibrantes ensayos recogidos en sus libros *Páginas Libres* (1894) y *Horas de Lucha* (1908). Sin embargo, este apóstol laico y maestro de la juventud peruana, es también un fino y esencial poeta, cuya labor precursora dentro del Modernismo ha sido ya reconocida por la crítica continental. Su obra narrativa es menos conocida y apreciada, pero según Ricardo González Vigil le debemos algunos cuentos dignos de estimación como *El amigo Braulio*. González Prada colaboró en revistas y periódicos peruanos.

*El amigo Braulio* relata en primera persona la historia de un joven de 18 años, Roque Roca, especie de alter ego del autor, que posee aficiones poéticas e inicia su carrera de poeta édito en las páginas de un semanario prestigioso, *El Lima Ilustrado*, cuyo amable director acoge con simpatía las composiciones de este joven vate. Pero las reacciones de sus compañeros del colegio San Carlos son de burla y de chacota. El único que lo alienta a perseverar en su vocación es un compañero llamado *El Metafórico*; en cambio su amigo de corazón, Braulio Pérez, se convierte en su peor detractor y le recomienda no seguir publicando. Roque Roca está decidido a oír y acatar el "sincero" consejo de Braulio, hasta que la persistencia del director del semanario lo obliga a seguir enviando sus originales. Al reiniciarse las colaboraciones también se reinician las burlas, pero finalmente cesan y sólo Braulio sigue en su tarea de demoler los poemas de Roque. Aparece un nuevo colaborador, Genaro Latino, en las páginas de *El Lima Ilustrado* y el severo crítico se rinde ante la calidad del nuevo poeta, pero al final se lleva una sorpresa porque Genaro Latino no es sino un seudónimo de Roque Roca. Así se demuestra que el móvil de los juicios de Braulio es la envidia. De ahí la ironía del título.

## EL AMIGO BRAULIO \*

### I

En ese tiempo era yo interno en San Carlos. Frisaba en los diez y ocho años y tenía compuestos algunos centenares de versos, sin que se me hubiera ocurrido publicar ninguno ni confesar a nadie mis aficiones poéticas. Disfrutaba una especie de voluptuosidad en crearme una gran poeta inédito.

Repentinamente nacieron en mí los deseos de ver en letras de molde algunos versos míos. Por entonces se publicaba en Lima un semanario ilustrado que gozaba de mucha popularidad y era leído y comentado los lunes entre los aficionados del colegio: se llamaba *El Lima Ilustrado*.

Después de leer veinte veces mi colección de poemas, comparar su mérito y rechazar hoy por malísimo lo que ayer había creído muy bueno, concluí por elegir uno, copiarlo en fino papel y con la mejor de mis letras.

Temblando como reo que se dirige al patíbulo, me encaminé un domingo por la mañana a la imprenta de *El Lima Ilustrado*. Más de una vez quise regresarme; pero una fuerza secreta me impelía.

Con el sombrero en la mano y haciendo mil reverencias penetré en una habitación llena de chivaletes, galeras, cajas, tipos de imprenta.

- ¿El señor Director? - pregunté queriendo mostrar serenidad, pero temblando.

- Soy yo, joven.

---

\* Ricardo GONZALEZ VIGIL. *El cuento peruano 1942-1958*. Lima, Ediciones Copé, 1991.

Me dio la respuesta un coloso de cabellera crespa, color aceitunado, mirada inteligente y modales desembarazados y francos. En mangas de camisa, con un mandil azul, cubierto de sudor y manchado de tinta, se ocupaba en colar fajas y pegar direcciones.

- Me han encargado le entregue a usted una composición en verso.

- Pasemos al escritorio.

Ahí se cala las gafas, me quita el papel de las manos y sin sentarse ni acordarse de convidarme asiento, se pone a leer con la mayor atención.

Era la primera vez que ojos profanos se fijaban en mis lucubraciones poéticas. Los que no han manejado una pluma no alcanzan a concebir lo que siente un hombre al ver violada, por decirlo así, la virginidad de su pensamiento. Yo seguía, yo espiaba la fisonomía del director para ir adivinando el efecto que le causaban mis versos: unas veces me parecía que se entusiasmaba, otras que me censuraba acremente.

- Y ¿quién es el autor? - me dijo, concluída la lectura.

Me puse a tartamudear, a querer decir algún nombre supuesto, a murmurar palabras ininteligibles, hasta que concluí por enmudecer y tornarme como una granada.

- ¿Cómo se llama usted, joven?

- Roque Roca.

- Pues bien: yo publicaré la composición en el próximo número y pondré el nombre de usted, porque usted es el autor: se lo conozco en la cara. ¿Verdad?

No pude negarlo, mucho más cuando el buen coloso me daba una palmada en el hombro, me convidó asiento y se puso a conversar conmigo como si hubiéramos sido amigos de muchos años.

Al salir de la imprenta, yo habría deseado poseer los millones de Rothschild para elevar una estatua de oro al director de *El Lima Ilustrado*.

## II

Cuando el semanario salió a luz con mis versos, produjo en San Carlos el efecto de una bomba. ¡*Poetam habemus!*, gritó un muchacho que se acordaba de no haber podido aprender latín. En el comedor, en los patios, en el dormitorio y hasta en la capilla escuchaba yo alguna vocecilla tenaz y burlona que entonaba a gritos o me repetía por lo bajo una estrofa, un verso, un hemistiquio, un adjetivo de mi composición.

La insolencia de un discípulo mío llegó a tanto que al pedirle el profesor de literatura un ejemplo de versos pareados, indicó los siguientes:

*El poeta Roque Roca  
Echa flores por la boca*

Con decir que el mismo profesor lanzó una carcajada y me dirigió una pulla, basta para comprender el maravilloso efecto de los dos pareados: a la media hora les sabía de memoria todo el colegio y andaban escritos con lápiz negro en las paredes blancas y con polvos blancos en la pizarras negras. No faltaban variantes como:

*El poeta Roque Roca  
Echa coles por la boca;  
El poeta Roque Roca  
Echa sapos por la boca.*

Un bardo anónimo, no muy versado en la colocación de los acentos, escribió:

*El poeta Roque Roca  
Es un inconmensurable alcornoque.*

Agotada la paciencia, recurrí a las trompadas; mas como el remedio empeoraba el mal, acabé por decidir que el partido más cuerdo era no hacerles caso y no volver a publicar una sola línea.

Sólo encontré una voz amiga. Había un muchacho a quien llamábamos el *Metafórico*, por su manera extraña y alegórica de expresarse. El *Metafórico* me llamó a un lado y me dijo con la mejor buena fe:



- Mira, no les hagas caso y sigue montando en el Pegaso: el ruiñeñor no responde a los asnos; poeta-aurora, desprecia a los hombres-coces.

Las palabras me consolaron, aunque venían de un chiflado. ¿Qué voz no suena dulce y agradablemente cuando se duele de nuestras desgracias y nos sostiene en nuestras horas de flaqueza?

Yo contaba con un amigo de corazón: Braulio Pérez. Juntos habíamos entrado al colegio, seguíamos las mismas asignaturas y durante cinco años habíamos estudiado en compañía. En cierta ocasión, una enfermedad le retrasó en sus cursos: yo velé dos o tres meses para que no perdiera el año. ¿Quién sino él estaría conmigo? Como ni palabra me había dicho sobre mis versos ni salido a mi defensa, su conducta me pareció extraña y le hablé con la mayor franqueza.

- ¿Qué dices de lo que pasa?

- Hombre -me contestó- ¿por qué publicar los versos sin consultarte con algún amigo?

- De veras.

- Tú sabes que yo...

- Cierto.

- Estoy hasta resentido de tu reserva conmigo.

- Lo hice de pura vergüenza.

- Si alguna vez vuelves a publicar algo...

- ¿Publicar?, antes me degüellan.

Mantuve mi resolución un mes, y la habría mantenido mil años, si el director de *El Lima Ilustrado* no se hubiera aparecido en el colegio a decirme que se hallaba escaso de originales en verso y que me exigía mi colaboración semanal. Quise excusarme; pero el hombre -lisonjero- me comprometió a enviarle cada miércoles una composición en verso.

Ocurrió al amigo Braulio, le conté lo sucedido y le enseñé todo mi cuaderno de versos para que me escogiera los menos malos; pero no logramos quedar de acuerdo: todas mis *inspiraciones* le parecían flojas, vulgares, indignas de ver la luz pública en un semanario donde colaboraban los primeros literatos de Lima. Imposible sacarle de la frase: "Todas están malas". A escondidas del amigo Braulio, copié los versos que me parecieron mejores y se los remití al director de *El Lima Ilustrado*.

La tormenta se renovó con mi segunda publicación; pero fue amainando con la tercera y cuarta; a la quinta, las burlas habían disminuido, y sólo de cuando en cuando algún majadero me endilgaba los pareados o me dirigía una pulla de mal gusto.

El único implacable era el amigo Braulio, convertido en mi Aristarco severo, todo por amistad, como solía repetírmelo. Apenas recibía el número de *El Lima Ilustrado*, se instalaba en un rincón solitario y, lápiz en mano, se ensañaba en la crítica de mis versos: uno era cojo, el otro patilargo; éste carecía de acentos, aquél los tenía de más. En cuanto al fondo, peor que la forma.

- Mira -me lanzó en una de esas expansiones íntimas que sólo se concibe en la juventud-, mira, el hombre no sólo se deshonra con robar y matar, sino también con escribir malos versos. A ladrones o asesinos nos pueden obligar las circunstancias; pero ¿qué nos obliga a ser poetas ridículos?

### III

Hacía dos meses que publicaba yo mis versos, cuando en el mismo semanario apareció un nuevo colaborador que firmaba sus composiciones con el seudónimo de *Genaro Latino*. Mi amigo Braulio empezó a comparar mis versos con los de *Genaro Latino*:

- Cuando escribas así, tendrás derecho a publicar -me dijo sin el menor reparo.

Fui constantemente inmolado en aras de mi rival poético: él era Homero, Virgilio y Dante; yo, un coplero de mala muerte. Cuando mi nombre desapareció de *El Lima Ilustrado* para ceder el sitio al de *Genaro Latino*,

muchos de mis discípulos me reconocieron el mérito de haber admitido mi nulidad y sabido retirarme a tiempo. Sin embargo, algunos insinuaron que el director del semanario me había negado la hospitalidad.

Todos creían envenenarme la bilis con leerme los versos de mi rival, figurándose que la envidia me devoraba el corazón. Braulio mismo me atacaba ya de frente, y se le atribuía la paternidad de este nuevo pareado:

*Ante Genaro Latino,  
Roque Roca es un pollino.*

Un día, Braulio, triunfante y blandiendo un papel, se instala sobre una silla, pide la atención de los oyentes y empieza a leer una silva de *Genaro Latino*, publicada en el último número de *El Lima Ilustrado*. De pronto, cambia de color, se muerde los labios, estruja el periódico y le guarda en el bolsillo.

- ¿Por qué no sigues leyendo? -le pregunta una voz estentórea-. Era el *Metafórico*.

- ¡Que siga, que siga! - exclamaron algunos.

- Yo seguiré - dijo el *Metafórico*.

Se encaramó en la silla que el amigo Braulio acababa de abandonar y leyó:

**Nota de la Dirección.**- Como hay personas que se atribuyen la paternidad de obras ajenas, avisamos al público (a riesgo de herir la modestia del autor) que los versos publicados en *El Lima Ilustrado* con el seudónimo de *Genaro Latino* son escritos por nuestro antiguo colaborador el joven estudiante de jurisprudencia don Roque Roca.

El amigo Braulio no volvió a dirigirme la palabra.

**JORGE MIOTA**

Jorge Miota (Apurímac, 1871 - Buenos Aires, 1926) es un escritor valioso e ignorado por la mayoría de críticos peruanos. Sólo Alberto Tauro, Estuardo Nuñez y, en especial, Willy Pinto Gamboa han contribuido a esclarecer las huellas de su azarosa vida. Vinculado al modernismo, sus cuentos y crónicas aparecieron en *El Comercio*, *Actualidades*, *Prisma*, *Siluetas* y otras publicaciones. A él se le atribuye la circunstancia de haber introducido en el habla peruana la palabra "*huachafó*" de tan rica connotación y reveladora de la idiosincrasia nacional. La calidad de su obra le aseguran un sitio en el cuento y en el periodismo peruanos según lo acreditan Ricardo González Vigil y Willy Pinto Gamboa, respectivamente.

*El corrector de pruebas* es un cuento de anécdota breve pero intensa. El narrador evoca la emoción que sintió una noche en la mesa de redacción de algún periódico, ante la perspectiva de ver publicado su primer artículo literario titulado "Ilusiones". La impaciencia del escritor en ciernes contrasta con la frustración y el hastío de Mauricio que es el corrector de pruebas principal del periódico. Este personaje manifiesta tener 10 años trabajando en tan monótono oficio y recomienda a su joven compañero de trabajo que no se ilusione demasiado con su futuro de escritor, porque también él escribía en su juventud y la literatura "no deja" y "debe tomársela como sport".

Sin embargo esta *reconvención* no disminuye la impaciencia del escritor debutante por las "fajas de papel" que le alcanza el cajista y en las que viene impreso su esperado artículo, el cual no se salva de ser "tasajeado" por la mano del "corrector de pruebas". El cuento destaca la humildad, la monotonía, pero también la importancia de este oficio que es parte sustancial del periodismo. Además recrea el ambiente, la atmósfera y los términos que se utilizan en el mundo de las imprentas y rotativas y donde el corrector es un personaje clave.

## EL CORRECTOR DE PRUEBAS\*

Sentados ante la mesa de la redacción, Mauricio i yo, esperábamos "pruebas". Hablábamos mientras tanto. Mauricio se quejaba de la monotonía odiosa de más de diez años de corrector; i mientras los cajistas, delante de sus cajas i bajo los focos con grandes *pantallas*, iban "parando", el acompasado tic-tac de un reloj ritmaba el tiempo. Era cerca de la media noche; un airecillo sutil se colaba por dos vidrios rotos i Mauricio, dando grandes bostezos, restregábase los párpados entumecidos por el sueño.

- Sabes, añadió de pronto, esto es un fastidio; esperar, esperar ¿i qué? Tiras i más tiras de galeras mal compuestas, letras cambiadas, palabras suprimidas. Largas franjas que hai que leer, letras que sustituir, errores que enmendar, banalidades que engullirse!

I mientras Mauricio, con una mejilla apoyada en la mano, iba enumerando con fatigoso ademán su trabajo cotidiano, dentro, el amortiguado ruido de los tipos al chocar en los *componedores* avivaba mi impaciencia. Había escrito mi primer artículo i esperaba intranquilo, con la avidez del principiante, esas largas tiras de las pruebas, a las que tanto horror tenía Mauricio, i que avivaban mi fantasía.

- No creas, -añadió éste-; eso gusta al principio, después cansa. La satisfacción de ser autor no compensa al fastidio de corregir. I luego qué danza fantástica de tipos en medio de las columnas estrechas, qué escozor

---

\* Willy PINTO GAMBOA. *Lo huachafo: trama y perfil* (Jorge Miota, vida y obra). Lima, Editorial Cibeles, 1981.

de ojos i qué desesperarse por cada error! Para los que no están acostumbrados, el aspecto de una imprenta tiene algo de misterioso i atrayente, que fascina; la blancura de los bloques, la *superficie* tersa de una cuartilla, todo estimula la imaginación e invita a la intelectualidad. El traspasar es un placer, una alegría suprema el batir de las rotativas que, con su aspecto mecánico, van lanzando el pensamiento escrito, que se pregonará a grandes voces por los granujas en la calle... Todo esto es bello; estimula a los novatos i recrea a los artistas; ¡pero cuán distinta es la realidad, querido, cuando enclavado ante el tapete de una mesa tengas que devorar, no producciones tuyas, sino indigestos tópicos, sosos artículos de crónica donde el eterno cachet, como un molde, comprime tu cerebro i te estruja el pensamiento entre los renglones de un accidente del tranvía o una nota social . ¡Eso es odioso!

Mauricio ya no bostezaba. A grandes trancos, se paseaba de un extremo al otro de la sala. Se quejaba de un fuerte dolor de cabeza, i lo atribuía a la dispepsia.

Al fin llegaron las pruebas: "El Diario de los Debates": seis largas tiras de papel en las que cada diputado, aunque hubiese hablado en aymara, debería aparecer *como* un Demóstenes por la corrección; discursos banales, en los que se habla del Presupuesto, de Enseñanza, de Límites, i de un fardo de zapatos, para no sé que gendarmería distante. Los nombres de los oradores encabezaban los discursos, i a continuación: "Leída el acta fue aprobada", o "pasó a memoriales"...

¡Esto es estúpido! -dijo Mauricio haciendo una llave de fa rabioso en el margen:- letras volteadas ¡I después dirán que los cajistas no son unos brutos!

Masculló un nombre, consultó los originales, i tornó a sus jeroglíficos.

Yo le veía, puesto de codos, sobre la mesa. -"Acápiteme"- agregaba encerrando una mayúscula en un ángulo; -"¡fuera!" haciendo una etcétera. Rayaba, tarjaba, envolvía, rubricaba casi, trazando formidables cohetes de arranque en las márgenes, i hacía de la tira de papel, aún húmeda por la impresión, una franja incomprensible, indescifrable como las tiras rituales de papiros que envuelven a las momias egipcias en sus sarcófagos...

Después me llegó mi turno. Trémulo, me precipité entonces sobre la franja de papel que me alcanzó el cajista, i en la que lo primero que distinguí fue mi nombre en hermosa "pica". Tenía grandes errores. Me debatía sin atinar a la corrección, cuando Mauricio, concluyendo, me dijo:

- Venga acá eso... Tú dirás.

I encaramado sobre sus hombros, presencié igual destrozo. Del aspecto primitivo de mi artículo sólo quedó una larga franja tasajeada, en la que zozobraba el título: "Ilusiones", i mi firma entre garabatos.

Después añadió Mauricio:

- Está *bonito*... ¡I pensar que yo también escribía en mi juventud! Pero hijo, la literatura no deja. Debe tomársela como sport.

El reloj tuvo un crac i la figura de bronce, que simbolizaba al Tiempo cabalgado sobre la Tierra, levantando su membrudo brazo dejó caer el puño cerrado tres veces sobre el timbre.

"La Literatura no deja... Debe tomársela como sport"... ¡Qué bárbaro!

I rencoroso, mire al Tiempo adusto, que ya no tocaba: ¡eran las tres de la mañana!



**LEONIDAS YEROVI**

Leonidas Yerovi (Lima, 1881-1917) es una figura notable en la literatura y el periodismo peruanos. Miembro de una generación brillante, colaboró en las primeras décadas de este siglo con *Actualidades*, *La Prensa*, *El Comercio*, *El Tiempo*, *El País*, *Ilustración Peruana*, *Balnearios*, *Variedades* y otros diarios y revistas. Además dirigió una de las mejores revistas de humor del periodismo peruano: *Monos y Monadas* (1905-1910) y creó un notable conjunto de comedias costumbristas. Su poesía, así mismo, gozó de gran popularidad por su gracia y espontaneidad. Dice Jorge Basadre que "vivió en el periodismo, del periodismo y para el periodismo". Su obra escrita merece una mayor atención.

Como muchos de los textos que Yerovi escribió para el periodismo *Con la patrona* destaca por su brevedad y gracia. Además es una muestra cabal de lo que hemos denominado *periocuento*, pues en cuanto a su estructura y técnica es una entrevista periodística perfecta, con un manejo ágil y agudo del diálogo y con una caracterización precisa del entrevistador (tenaz y conciente de su misión periodística) y de la entrevistada (pudorosa y renuente a ceder a la curiosidad de su interrogador).

En lo referente a su verosimilitud, *Con la patrona* pertenece a los predios de la narrativa de ficción, porque Yerovi inventa una conversación con la Virgen de las Mercedes, pero el propósito del periodista de "hacer hablar" a una virgen celestial cobra sentido y se justifica informativamente, pues ella es la "patrona de nuestras armas" y la publicación de esta entrevista "frustrada" coincide con la celebración del día de "Nuestra Señora de las Mercedes" y con el inicio del régimen populista del Presidente Guillermo Billinghurst. También es de destacar el temor que genera en la virgen el aparecer en "reportajes" y la manera humorística en que huye del periodista.

## CON LA PATRONA \*

- ¿Nuestra Señora de las Mercedes?
- Yo soy.
- Señora... Pues yo venía a suplicarle me concediera cinco minutos de una entrevista.
- Conmigo... a solas... un caballero...
- Perdón virtuosa Señora mía, una entrevista de las más santas, un reportaje de periodista.
- ¡Válgame el cielo! ¡Yo en reportajes!
- Cosas del tiempo. Son tiranías a que hoy acceden los santos de menos puntos y nombradía. Usted es Patrona de nuestras armas y ya que es ésta ocasión propicia quisiera Virgen que me dijera...
- Hijo, no digo yo tonterías!
- Os preguntaba si en el futuro...
- ¡Me comprometes con tu entrevista!...

---

\* *La Crónica*. Sección "Burla Burlando", Lima, 25 de setiembre de 1913, p. 7.

- Si la defensa de nuestro suelo...

- ¡Con tus preguntas me martirizas!...

- Es que aseguran

- ¡No me molestes!

- Es que murmuran

- ¡Cuánta porfía!

- Es que se dice...

- Con tu permiso. Yo no sé nada,

me voy p'arriba.

Tarea inútil, tiempo perdido,  
no hay reportaje de la entrevista.  
¡Aun la Patrona de nuestras armas  
se encoge de hombros en estos días.



# **VENTURA GARCIA CALDERON**

Ventura García Calderón (París, 1886-1959) pertenece a la generación del 900, la primera de este siglo, cronológicamente hablando. Gran parte de su vida y de su obra la realizó en Europa, pero su vinculación con el Perú fue constante, aunque muchos críticos tachan a su obra narrativa como exotista o distorsionadora, en particular, de la faz humana y social del indio peruano, sobre el cual Ventura escribió varios relatos sin conocerlo mucho. Pese a todos los reparos, justos o injustos, García Calderón es un autor de gran importancia y ha hecho contribuciones notables en la narrativa, en la crítica literaria y en el periodismo. Está reputado como uno de los mejores cronistas de este siglo.

*A la criollita* es la frase favorita de un poeta y periodista limeño, Manuel Junqueira, liberal y seguidor de González Prada, que protagoniza en la ciudad de Huaraz una historia de amor y de luchas políticas, teniendo como instrumento de combate ideológico a su periódico *El Alba Roja*, nombre por demás revelador de las inclinaciones de este temerario periodista que desafiaba abiertamente a los conservadores del lugar, que son mayoría y entre los cuales destaca el cura del lugar, enemigo jurado de Junqueira, por considerar que éste pervertía a la provincia "con sus doctrinas ateas y diabólicas".

Pero el periodista no sólo desafiaba al conservadorismo político de los poderosos de Huaraz, sino que se atreve a enamorarse, a pedir la mano y a raptar a Inés, lánguida lugareña e hija de un hacendado. El encono contra Junqueira aumenta porque éste se niega a casarse fastuosamente por la iglesia, y por el contrario sigue realizando campañas periodísticas en contra de las creencias religiosas de los huaracinos, los cuales, finalmente, deciden escarmentar al atrevido periodista y a su incendiaria hoja impresa, que fue, según el narrador "el mejor periódico y el órgano de los liberales de la comarca". Junqueira es asesinado y su casa, quemada.

## A LA CRIOLLITA \*

"A la criollita, no más", aseguraba sonriendo aquel poeta limeño desterrado voluntariamente en un rincón de la sierra cuando llegamos al despacho de *El Alba Roja*. *El Alba Roja* era su diario, una hoja mal impresa en papel de estraza, que fue, con todo, el mejor periódico y el órgano de los liberales de la comarca. Manuel Junqueira explicaba que se podían contar éstos con los dedos: el boticario, el jefe del Correo, el dueño del único bazar, que lo era también de un bar contiguo. El mismo día de mi llegada a Huaraz bebí doce aperitivos con los doce liberales notorios.

En contra suya estaban los poderes constituídos: el gobernador, el juez de paz y el cura, sobre *todo*, un soberbio cura serrano que tenía tantos hijos como haciendas y gobernaba por el doble terror del infierno, en la otra vida, y de una cuchillada de sus acólitos, en ésta.

"A la criollita, nomás", explicaba el poeta. Todo había sido criollo, su periodismo y su matrimonio con esta lánguida morena de ojos inmensos que no decía palabra. Primero Manuel la vio los domingos, cuando, vestida con anchas y sonoras faldas de percal, venía a misa y a feria: ambas cosas ocurren a las once del día. Era *una* de esas mozas sentimentales y candorosas que en el fondo de una *hacienda* peruana viven en espera del novio venido de lejos. Su infancia había sido monótona y gris, como la sierra. Una trasquila de carneros o una doma de potros fueron sus únicas fiestas. Trepaba el chalán al lomo nuevo que no había recibido montura, clavaba sus espuelas nazarenas y por una hora divertía a los hacendados con la prueba tremenda:

---

\* *La venganza del cóndor*. Lima, Peisa, 1981.

el potro rezumante que no puede correr porque lleva atada una pata, que camina a saltos bajo el implacable rebenque, rodando al suelo, sudoroso y rendido hasta aceptar, en fin, con la boca blanca de espuma, el pacto humano del bozal y las riendas. Durante un mes se comentaba el lance.

En tal vida agreste, la llegada de un poeta limeño de melenas rubias que ostentaba por las calles una corbata roja y fundaba un diario impío debía inquietar exquisitamente a todas las mozas de los contornos. Junqueira vio a Inés de lejos, se *cruzarón* apenas las miradas como en todos los idilios de mi pueblo romántico; pero estaba ya seguro de ser querido y fue a pedirla sin ambages en un lindo caballo de paso. Aquello fue también netamente criollo. Al salón colonial, lleno de filigranas de plata y abanicos dorados, fueron saliendo gentes de luto: los padres, los hermanos de Inés, en vanguardia silenciosa y taimada, sin mirar de frente ni responder sino con evasivas serranas. "Más tarde, señor; podía ser, señor; ya verfan, señor". Pero la moza no volvió a misa y Junqueira comprendió por los chismes locales la imposibilidad del matrimonio con un hereje de Lima que leía los libros de González Prada.

Cuando yo llegué a Huaraz, la lucha había sido ya larga, la lucha de la juventud liberal con la vejez conservadora. Junqueira, a fuer de poeta, agravó las cosas y nunca fueron más furibundos sus artículos. La novia, entretanto, lloraba en un cuarto de la hacienda, jurando que iba a meterse monja. En aquellos días, por obra y gracia de un misionero descalzo, advirtieron las gentes, y fue milagro patente, que dos lágrimas resbalaban de los ojos del santo Cristo de la iglesia mayor. Entonces Junqueira publicó el relato de un viajero inglés que viera en Lima, en tiempos coloniales, un Cristo de la Inquisición que abría y cerraba los ojos frente al reo, para turbarlo. Un familiar oculto tras de la efigie hacía girar los santos párpados como los de una muñeca.

Esto era sólo verdad histórica, pero durante una mañana entera la procesión de desagravio *circuló* por las calles de Huaraz. Comenzaba el poeta a ser una gloria local. Su prestigio romántico favorecía sus andanzas.

Una tarde, disfrazado de pastor de llamas, pintado el rostro de ocre, fue conduciendo su *rebaño* hasta la casa de la hacienda, en donde nadie, sino la novia, sospechó el ardid. El idilio comenzaba así, románticamente.

El iba cada semana a tocar la *quena* en las cercanías de la hacienda e Inés acudía como una Sulamita criolla, desfalleciente de amor, resignada a aceptar la suerte de todas las novias de la comarca que tienen padres severos. Una noche vino a caballo, un caballo que tenía amarrados a los cascotes jirones de poncho para que su paso fuera silencioso. Se la robó llevándola en las ancas, sólo vestida con su camisa de dormir.

Aquello fue un escándalo, habitual si puede decirse, el rapto de cada día que no ofende la moral ni el honor de las mujeres si ello acaba después, como tantas veces, en un *matrimonio* fastuoso, con el perdón de lo pasado. Sólo que Junqueira no aceptaba las leyes de la Iglesia y habló de un matrimonio civil, que es una ofensa pública al Señor. El domingo, después de misa, el cura hizo quemar los números de *El Alba Roja*, que estaban pervirtiendo a la provincia con sus doctrinas ateas y diabólicas.

El poeta de Lima comenzó a ser entonces el enemigo del pueblo. Yo estaba allí cuando le quemaron en *efigie*: un muñeco de estopa vestido de levita, que vimos arder desde los balcones de *El Alba Roja*, mientras Junqueira se reía, ufano de su revólver, azotándose las botas con el chicotillo de junco. En el salón su pobre compañera suplicaba:

- ¡Que no te *vean*, Manuel! Son capaces de una atrocidad. Tú no los conoces.

- No tengas miedo, hijita. ¡Vénganme a mí con muñecos de estopa!

Al día siguiente vimos desfilar por la plaza a la familia de Inés, a caballo, vestida de negro. Iban a casa del cura. Se persignaron al cruzar por la plaza como delante del cementerio nocturno donde hay almas en pena que salen suspirando. El poeta publicó un artículo vengador sobre aquel desfile, y cuando me marché del pueblo para seguir buscando minas de plata, Junqueira me acompañó hasta las afueras:

- A la criollita, no más, compañero. Ya verá cómo los voy a domar con este látigo.

\* \* \*

Pocos días después, a las dos de la mañana, un grupo de enmascarados destrozó las puertas de *El Alba Roja*, que era la casa del poeta, y con doce tiros en la cabeza le dejaron por muerto, mientras amarraban en la silla de amazona a su esposa, que gemía desgarradoramente. "A la criollita, no más". No puedo recordar la frase sin estremecerme.

El liberalismo de la provincia quedó muerto con la cabeza acribillada, e Inés ha de ser ahora una de esas mujeres prematuramente viejas, vestidas de luto riguroso, que *vienen* en las tardes de trisagio y novena a gimotear a los pies de aquel Cristo que tiene llagas moradas en las palmas y llora de verdad como los hombres.



# **ABRAHAM VALDELOMAR**

Abraham Valdelomar (Ica, 1888 - Ayacucho, 1919) es uno de los fundadores de la modernidad literaria en el Perú, al lado de Eguren, Vallejo y otras figuras insignes. De vida breve e intensa realizó aportes originales y fundamentales en la poesía, en el cuento, en la novela y en otros géneros literarios y periodísticos. Particularmente en su narrativa corta se percibe la transición del modernismo exotista y cosmopolita al postmodernismo criollo, nacional, pero con resonancias universales. En el campo del periodismo llevó a cabo, también, una labor renovadora y variada. Hizo caricaturas, dibujos y alcanzó una maestría en la crónica periodística. Su revista *Colónida* (1916) es un hito en nuestra cultura.

En la misma línea imaginativa y original de Leonidas Yerovi (Véase *Con la patrona*), Abraham Valdelomar concibe este logro y ejemplar *Reportaje al Señor de los Milagros*. Es, pues, otro *periocuento* redondo y acabado: se vale del género periodístico de la entrevista (impropiamente llamado "reportaje") para dialogar imaginariamente con uno de los símbolos mayores de la religiosidad peruana: la imagen del Señor de los Milagros, a quien Valdelomar rinde respetuosa pleitesía, aunque esta cortesía no le impide ser incisivo, punzante y hasta crítico con su ilustre entrevistado.

Pese a su carácter ficticio, el diálogo periodístico está cargado de connotaciones ideológicas, sociales y religiosas. Si bien la entrevista es a una personalidad *sui generis* hay constantes y amenas referencias a la actualidad política del momento histórico (1915) en que Valdelomar logra la hazaña periodística de entrevistar, nada menos que al Señor de los Milagros. El texto, en realidad, está lleno de aciertos de todo tipo, los cuales revelan el talento literario y periodístico del escritor iqueño. Son de destacar, por ejemplo, el gracioso diálogo introductorio con el sacristán o la defensa del periodismo que hace Abraham Valdelomar frente a Dios.

## REPORTAJE AL SEÑOR DE LOS MILAGROS \*

Desde la órfica personalidad de Apolinario Arzola, hasta la más iluminada pitonisa criolla de Abajo del Puente, aquí hemos reportado a todo el mundo. El reportaje, lo mismo que el alcohol y el código de justicia militar, no han servido de uso sino de abuso. Y tanto es cierto aquello que hoy, aprovechando de la importancia que tenemos los periodistas, gracias a los esfuerzos de los señores Vivanco y Walter Stubbs, hemos resuelto reportar al Señor de los Milagros...

Nos dirigimos a su iglesia. Un sacristán tuerto y hostil que mejor estaría de limpiabotas en el infierno, nos recibe.

- ¿Qué deseaba, usted, hermano?

Me extraña el parentesco y respondo:

- Quisiera hablar con el Señor...

- Imposible. Está almorzando.

- ¿Almorzando?

- ¿No pregunta usted por el señor Cura?

- No. Yo deseo hablar al Señor de los Milagros.

---

\* *Obras. II.* Edición y prólogo de Luis Alberto Sánchez, Lima, Ediciones Edubanco, 1988.

- Pero ¿está usted loco?

- Concluamos, señor sacristán. ¿Está aquí el Dios Hijo o no está?

- Pues bien. El Señor no está aquí.

- ¿Qué?

- Que no está aquí. El Nuevo Venerado Señor está en la calle. Ha salido...

- Pero no sea usted bruto, hermano. Está usted diciendo una afirmación heterodoxa. Su negativa es de gravedad trascendental para la Iglesia. Al decir que Dios no está aquí está usted desmintiendo a las Sagradas Escrituras, el libro de Job y la tercera página del Catecismo...

- ¿Por qué?

- Porque Dios está en todas partes, joven sacristán. Y otra vez no vuelva usted a hacer afirmaciones que comprometan el dogma.

- Es que hoy es día de procesión. El Señor de los Milagros está ahora por la Encarnación.

Y salí. Me dirijo a la Encarnación. La multitud se va deteniendo en la plazoleta como la empalizada de un remanso ante un tronco viejo. Esta humanidad mestiza y creyente comienza a hervir como una paila de miel de chancaca. El incienso, a manera de vapor, envuelve en su azul diafanidad los balcones circundantes, y atraviesa la enorme parrilla de los hilos eléctricos. Sobre la morada masa, entre la nube perfumada, revolotean haciendo coronas, las palomas castas. En las manos de chivillas octogonarias, sahumadores de filigrana de plata realizan el espiritual prodigio de echar humo perfumado bajo las plumas de la cola. La multitud llena de trajes morados lilas, azules y negros, parece un crepúsculo hecho pedazos. Una cara negra, gorda, grande, grasosa y femenina, mira arrobada los pendones. Un negrito sopla un sahumador; tal el demonio atizando una hoguera. Vense, con profusión, mesas de vivanderas, balaes de bizcochos cabezones como niños recién nacidos, jarrones de chicha. Fraternalizan en el

ambiente el perfume divino del incienso y el criollo olor de anticuchos. Dos señoritas "que no son menos que nadie" cuchichean en voz baja. Los turroneiros imponen su mal castellano sobre las voces breves de la multitud. Jóvenes "decentes" cuyos zapatos de cañas claras testifican la nacional preocupación de los pies, dicen piropos. Un grupo de periodistas comentan y recogen impresiones. Hablan del "olor de siglos", el "perfume del pasado", "la amable tradición", "la pompa magnífica de los días idos", de "la Perricholi", de los turroneiros... El pasado -dice uno- es otro: unos negros cabezones vestidos de morado, unos cánticos, un cuadro al óleo, un olor de sahumero y de jornada cívica y los turroneiros...

Por fin, llego hasta los pies de la mística y venerada imagen, en ese instante el anda hace una venia que contesto, y se detiene. Entonces comienzo:

- Señor, Yo te amo y soy tu siervo, porque eres humilde y vienes de humildes; el obispo de Ayacucho tiene coche y acólitos y sin embargo Tú sabes que no lo visito. Vengo a Ti pues, sincera y desinteresadamente... Te amo y reverencio por haber nacido en un establo, por ser hijo de un carpintero, porque recibiste el aliento de una vaca mansa, porque tu padre fue el único hombre que montó a burro y no fue ridículo; porque, desengañate, tú no eres un Dios de poderosos y de reyes sino de humildes y dolientes, de tristes y desconsolados, de pobres de hacienda, de cesantes. Tú eres, Señor, lo que faltaba en el mundo: la generosidad, el amor, la abnegación, la piedad; por primera vez trajiste al mundo ese consolador espejismo que se llama la esperanza; y el incomprobado beneficio de una vida de ultratumba. Qué bueno serías, que los hombres te crucificamos entre ladrones. Te hablo, Señor, con conocimiento de causa. Aquí, ocurrió algo parecido con Billinghamst. El pobre tuvo en una sola persona a Judas y a Longino...

Yo vengo a Ti, Señor, porque Tu sombra me conforta y enaltece. Soy un pobre creyente sin pretensiones y además, soy suscriptor de *La Unión*. Jamas he hecho contra ti campaña alguna. Soy ignorante y sin embargo, creo que Juliano el Apóstata no jugaba limpio contigo...

El lienzo se mueve ligeramente y una voz dulcísima se pronuncia:

- Te agradezco mucho. ¿Qué quieres?

- Dos cosas, Señor: ser tu cicerone y que me des un reportaje.
- Habla.
- Pues bien, Señor: ¿No te molestan estos cánticos chillones? Estas viejas que gritan. Tú, acostumbrado a la música celestial y a los coros de los Serafines Pero resígnate. Peor sería que trajeran a "la Chispita", ¡Ay! Eso es de correr...
- Dobleemos esa foja...
- Doblada.
- ¿Quién eres tú?
- Soy periodista. Señor y billinghursta...
- ¡Unn! ¡Periodista! Gente nueva. En mi tiempo no había periodistas.
- Por eso te crucificaron sin protesta. Ya hubiera habido en Judea un diario de oposición para ver las cosas que le dijera San Pedro a Pilatos...
- Y a propósito de Billinghurst ¿qué se han hecho sus amigos?
- ¿Cómo, Señor, ¿no te acuerdas del...
- ¿Otro 4 de febrero?
- ¡Ah! sí. Allí tengo a Varela. Cierto ¿Y el otro?
- Ya no hay otro...
- ¿Cómo? ¿Y el provisorio?... ¿Cómo ya no le tenéis?
- No Señor, ya salió, felizmente.
- ¿Otro 4 de febrero?
- No, un catorce de agosto.

- ¿Y hubo muchos muertos?
- Como el 4 de febrero más o menos.
- Pues hijo, sois ingobernables.
- Así decía Piérola, Señor.
- Algo más, sois bellacos.
- Gracias.

El anda se pone en marcha. Siento un roce de alas y reconozco a Gabriel el arcángel, que invisible para los demás, besa los pies y las manos al Señor; éste le dice en hebreo:

- Oye, Gabriel. ¿Sabes que nos hemos equivocado? Esto adonde entramos me parece el valle de Josafat...

- No Señor -le interrumpo en castellano-. Esto no es el valle de Josafat. Esta es la plaza del Teatro Nacional.

- ¿Estáis haciendo teatro?
- Todos, Señor -. Y un momento después le digo:
- Señor, Señor. Quiero pedirle un favor grande, grande...
- Ya lo suponía. Por allí debiste comenzar.

- No. No quiero puesto. Tú también estarás haciendo economías. Además, los periodistas no nos atamos jamás, al yugo de las tareas administrativas. Quiero que me des permiso, para retirarme y que me eches tu bendición, Señor.

- Cuenta con ella, pero no te vayas. Esto está interesante. Conversas muy bien.

- Gracias.

- No hay de qué.
- Te han llegado, Señor, algunas limosnas en billetes?
- No. Las limosnas aquí son de centavos. El único que da fuerte es el provisorio. Da en oro...
- ¿Y qué opinas de la desmonetización y de la escasez del circulante?
- Que sois todos unos sinvergüenzas...
- Esa es una opinión personal...
- ¡Qué no la cambia ni Dios!...
- Está bien. Cada uno es libre de pensar...
- Es que los librepensadores no entran en mi reino.
- Pareces gobierno militar, Señor.
- No digas sandeces.
- ¿Y por qué no haces algo para aliviar nuestra situación?
- Porque estoy como cierto famoso rey. Reino pero no gobierno.
- Sí. Pero supongo que eres Tú quien inspira los editoriales de *La Unión*.
- Dime ¿y se lee mucho mi periódico?
- Categóricamente te respondo: ¡No!
- ¿De manera que éstos me engañan?
- No sé si te engañarán, pero no se lee.
- ¡Muy bien! Voy a hablar con San Pedro, para que les retire la subvención...



- Perdona, pero me parece que no te debes meter en eso. Por que si son los Dineros de San Pedro...

- ¡Silencio!

- Amén.

- ¿Y qué piensas, Señor de la guerra europea? ¿Eres germanófilo? ¿Francófilo quizás?

- Soy neutral. Tú sabes que en Alemania nació el arte gótico y en Francia Juana de Arco...

- Sí -le respondo- Pero, Lutero era alemán, Martín Lutero, el estado social de Alemania, el siglo VIII, los luteranos, el Concilio de...

- ¿Me vas a hacer teatro de erudición, hijito?

- Perdóname Señor. Creí que estaba en la Universidad.

Cruzamos por la esquina de Baquíjano.

- Dime -inquire mi amable interlocutor- qué limpio noto esto. ¿Quién es el alcalde?

- El señor Osma; yo di mi voto por él.

- Muy bien hecho.

- Pero lo único limpio aquí son las calles. Mejor no escrudiñes.

- ¿Qué hay?

- Miseria, falta de sanción, poca vergüenza, deslealtad, doblez, perfidia, ignorancia, cretinismo, bellaquería, mal olor, cleptomanía, insidia...

- Pues hay que componer esto.

- No, esto no lo compone ni Dios.

- ¡Silencio!

- Así sea.

- ¡No es que así sea, sino que así es! - responde colérico.

- Pues bien así es, pero dame permiso para retirarme...

- ¿Te has molestado?

- Sí. Porque yo no me dejo gritar por nadie. Por eso dejé un puesto en la casa Grace. Conque...

- Pero ¿*Quo vadis filis?*

- Me voy donde Broggi. Tengo una cita con el diputado Gasco, liberal...

- Pero ¿Tú sabes latín?

- No.

- ¿Francés?

- Así... así...

- ¿Inglés?

- Pero crees, Señor, que si yo supiera tres idiomas estaría en la procesión de los Milagros?...

- En verdad, en verdad te digo, que eres bestia pero no tonto...

- Es favor...

- No. Es justicia.

La divina mano echó sobre mi redonda cabeza de mestizo una bendición generosa y yo me abrí paso para llegar a la imprenta, lleno de sudor, y el alma envuelta en una inefable placidez trascendental y mística.



¡La paz del Señor sea con vosotros!

El Conde de Lemos

**FEDERICO MORE**

Federico More (Puno, 1889 - Lima, 1955), gran periodista peruano, cursó sus estudios secundarios en Puno y en otras ciudades peruanas (Lima, Arequipa). Después de un paso fugaz por la Escuela Militar de Chorrillos, incursionó en el periodismo limeño y de provincias. Fue redactor de *La Opinión Nacional* (1915) y miembro conspicuo del grupo Colónida capitaneado por Valdelomar; editó *Don Lunes* en colaboración con Julio Málaga Grenet. También ejerció el periodismo en Buenos Aires (1920-27) y en La Paz. Estuvo desterrado en Chile y de vuelta al Perú fundó algunos diarios y colaboró con *El Comercio* y *Caretas*. Es autor de varios polémicos libros sobre temas políticos e históricos.

De modo similar al *Reportaje al Señor de los Milagros*, Federico More en esta original crónica intitulada *En el Cementerio de Lima* nos ofrece su versión periodística -irónica e incisiva, verídica e imaginada-, sobre una visita que ha realizado al camposanto de Lima, con motivo del día de los difuntos. More nos conduce desde los barrios centrales de Lima hasta los arrabales en los que queda el lugar donde reposan los muertos y su recorrido le permite mostrarnos diversas escenas y situaciones características de la Lima de esos años. También descubre el cronista la existencia de dos cementerios, el primero denominado "laico" y donde reposan restos de extranjeros. Allí entabla un diálogo muy agudo con un seguidor de Confucio, a quien llama "hijo desconocido de Li-Tai-Po". Después pasa al otro cementerio "ruidoso, poblado de cruces" y al acercarse a diferentes mausoleos tiene la oportunidad de entrevistar a varios muertos ilustres: el General Iglesias, Miguel Grau, Manuel Pardo, Felipe Pardo y Daniel Carrión. Cada una de las conversaciones es ágil, picante y se refiere a candentes temas políticos del pasado y del presente. Las palabras del periodista y de sus "entrevistados" están llenas de sabiduría, de humor y de ironía sobre la vida y la muerte.

## EN EL CEMENTERIO DE LIMA \*

*La clara voz de los mármoles. -La fatalidad al otro lado de las cosas.  
La historia de los sarcófagos.*

*La vida*

Para dialogar con la voz de los cadáveres, habríamos preferido día que no fuese el de la oficial solemnidad necrológica.

Solos, dueños de nosotros mismos, nuestra plática con los muertos habría tenido extraño carácter íntimo. La multitud visitante nos despojó un poco de la personalidad, y los ausentes de la vida, temerosos de la vida que en forma de multitud los visitaba, no quisieron ser todo lo expansivos que hubieran debido para satisfacción del público que se cultiva mediante el periódico.

Sin embargo, y dado que el cronista no está muy seguro de ser vivo, los muertos le dispensaron acogida fraterna. Acogida más benévola que la que pudiera dispensar un ministro ambulante o un diputado con uso de hablar.

Nuestro paso por la vida, que ayer se simbolizó en nuestra ida al cementerio, fue lleno de pintoresco matiz.

---

\* Willy PINTO GAMBOA. *Semblanza y contrapunto del Reportaje*. Lima, Universidad Federico Villarreal, 1979.

Los barrios centrales de Lima no sugieren precisamente vida. Pletóricos de movimiento, su algarabía más tiene de caos que de existencia justificada. En tanto, las afueras, el arrabal sonoro y sucio, el suburbio bordoneante y coloreado, inspiran plena sensación de vida.

El pueblo, el hampa, tiene mucho de la víscera. Ver pulular grandes conglomerados plebeyos es como ver montones de hígados, de corazones, de brazos, de músculos dispersos. Por eso, autopsia de las nacionalidades se hace examinado las muchedumbres. El caudillo médico político, debe ser buen conocedor del pueblo.

A partir de la calle de Trinitarias, Lima carece de ese aspecto, de su aspecto de ciudad semicivilizada que en el centro atosiga. Es el buen Lima criollo, el Lima del pescado frito y del tamal robusto. El Lima del color honesto y del cabello paradójico.

Las tiendecillas sórdidas y típicas, las esquinas pobladas de corrillos exultantes, los grupos que ambulan sin rumbo y sin por qué, todo eso que constituye el espíritu mismo de la ciudad se desenvuelve hirviendo en lo que media de Trinitarias al Cementerio.

Cuando casi llegábamos a este lugar encantador, lugar solemne donde la vida es fecunda en sus transformaciones, vimos el paso lento de la muerte. De la muerte misma libre de la vanidad que suele galvanizarla desfigurándola.

En cuatro hombres, que acezando y encogidos, portaban sobre los hombros un ataúd humilde. Detrás, con las cabezas descubiertas, marchando tres gañanes y en sus rudas caras flageladas junto a la gleba, pintábase la pena sencilla, pena popular, pena democrática que siente aquel que ante la muerte no duda porque está seguro de la vida. Pasó el ataúd, rumbo al sitio de partida, la fosa, boca insatisfecha, la fosa, gesto lúgubre de la tierra materna que al fin nos acoge.

Cuando ya casi llegábamos al Cementerio, se cruzó con nosotros una partida de joviales y filósofos pollinos. Pocos animales tienen la intensidad anímica de aquel que fue tan amado de Sancho, de aquel santo animal escogido por Jesús el día de la Apoteosis, de aquel animal despreciado por

todos los grandes asesinos de la historia, quienes para sus rapaces correrías, escogieron animales de sangre de fuego y les nombraron pomposamente. Ahí están Frontino, Incitatus, Bucéfalo.

Las largas orejas rítmicas, metrónomos de la sicología asnal, irrumpían sobre el conjunto de la recua que vimos, irrumpían a manera de alas tranquilas mansamente batidas sobre un desfile gris.

Después de los borricos nada vimos. Quiere decir que sólo vimos hombres. Hombres y mujeres que se refan a la sordina y solapadamente, juzgando, sin duda, que quien va al sitio de la muerte o viene de él, no debe reirse: esas buenas gentes están seguras de que la carcajada o la sonrisa son siempre anuncios de alegría.

Por fin llegamos frente al Cementerio.

En el Perú, donde todavía existen vanos criterios sociales y filosóficos para otorgar un pedazo de tierra hospitalaria a los despojos de un cuerpo que durante un número X de años se juzgó vivo, en este Perú misoneista y extravagante, vimos un letrero curioso sobre una puerta serena y franca.

*Cementerio Laico*  
1889

¡Cementerio Laico! No sabemos qué significado tenga la unión de tales palabras. Para nosotros, cementerio es la tierra, el lugar mudo y abrasador donde se hunden para transformarse los tejidos y los huesos de un ser que peregrinó y un día tuvo cansancio.

Quizá, para seres más sutiles que nosotros, los que viven otra vida entre la tierra de eso que se llama cementerio laico, sean distingos a los que se tramutan entre la tierra del otro cementerio. ¡Quién sabe!.

Otra vez dentro del cementerio laico, supimos por qué tal cementerio se llama de tal modo. Casi todos los muertos no fueron en la vida peruanos, porque en las lápidas consta que nacieron en el Perú. Tal vez son los que en su propia tierra se sintieron extranjeros.



Prepondera el elemento chino, y lo sigue en porcentaje el italiano. Hasta en el cementerio nos persigue el problema de la inmigración.

Nombres, más nombres. Es fuerza recordar que en Lima la pulpería del chino se llama encomendería y la encomendería del italiano se llama pulpería.

En este cementerio no hay imágenes ni símbolos litúrgicos. La muerte "la gran iconoclasta", es justa en este sitio y ha suprimido imágenes.

Nos sorprende un árbol frutal. ¿Nosotros comeríamos esa fruta? No. Sería una antropofagia indirecta. Ciertamente es que esa fruta abonada con carne rica, llena de sales y fosfatos, carne azoada y fecundante, debe ser fruta sabrosa. Pero en sus tejidos, en su pulpa fresca hay carne humana. ¿Quién sabe si esas granadas, si fueran granadas, destilan sangre caliente y ácida y las hemoglobinas se coagulan en nuestros labios?

Pasamos frente a los nichos iguales, exentos de vanidad, los nichos que son refugio y no salones, los nichos humildes como las almas distantes.

En el silencio poblado de árboles meditabundos; en la calma diáfana de aire inmóvil, vaga la voz inescuchable de los muertos.

### *Con hijo desconocido de Li-Tai-Po*

- Tu. Long-Ho-Fin, buen hermano, tú, que viviste y crees haber muerto, dime, ¿antes de morir o mientras fuiste vivo, sabías dónde iba a enterrarte el convencionalismo de tus amigos?

- Sí lo sabía; la tierra es mi madre.

- Pero ignoras, desgraciado, que la tierra tiene clases y divisiones.

- Lo ignoro todavía. Confucio jamás lo dijo y en los mejores sueños de la droga favorita no pude adivinarlo.

- ¿Tú cultivaste, hermano, la droga oscura, la del humo fácil, el sabor indecifrible, el perfume eterno, el sueño sin igual?

- Fue mi amiga. En el Yinquén, cementerio de las realidades; en el Yinquén, mudo y lleno de sueños vivos como dragones celestes, mi alma se encaminó al cielo más elevado del pensamiento, mientras mi cuerpo se escapaba en sí mismo convertido en volutas fragantes y fáciles. Fue mi buena amiga y, ahora, mis despojos, saturados de su intenso sabor, sueñan eternamente con la boquilla de Jade, luciente al extremo de la laca ahumada.

- ¿Sientes la eternidad, hermano?

- Sí, porque ya no siento el tiempo.

- ¿Tú trabajaste en la vida?

- Trabajé lo que me hicieron trabajar, sin saber yo mismo qué trabajaba.

- ¿Y tu muerte?

- No la recuerdo. De pronto sentí que dejaba de sentir. Sentí mucho, muy hondo, tanto que al fin sentí el vacío. No sé más. Fue como la entrada al sueño; pero a un sueño lleno de ídolos propicios y brillantes, y de aves lúcidas, y de sedas murmuradoras.

- Voy a seguir mi vida, hermano. A seguirla, mientras me llame la tuya.

- La mía no es mía. Es la vida. La de todos. La de todos. La de la piedra y la del planeta. La del insecto y la del agua.

Seguimos caminando y resalta una gran puerta interior. Comunica con el otro cementerio. ¿Se entienden estos rivales? La muerte, que es la misma en todas partes y a todas horas, aquí parece cobrar diferencias.

### *En el otro*

Del cementerio sin ruido, sin imágenes ni símbolos, del cementerio sereno, pasamos al cementerio ruidoso, poblado de cruces, de estatuas, de imágenes, de casitas, de monumentos, de letreros, de epitafios.

Es la vida exterior que se cuela profana al recinto donde la tierra recobra sus derechos perdurables. Es la vida exterior, enferma de vanidad, que,



buscándose a sí misma, llega hasta aquí y erige sobre la gleba última de los amazones convencionales de su ingenuidad.

Aquí hay innumerables gentes que se agrupan, corren, se detienen, cuchichean, se arrodillan, creen orar, lloran y, al fin, se dispersan. Hay obreros que limpian, decoran arreglan y pintan monumentos.

Los muertos están de fiesta, y, como es justo, los vivos están de duelo. Un duelo que, a las veces, también suele ser fiesta.

Los vivos que hasta a la muerte la toman como pretexto de exhibición, los vivos, venidos ante los muertos, olvidan que viven porque no tienen más recursos que vivir; que viven sin evidencia; que, acaso, viven todavía porque no recuerdan que deben morir.

Los vivos se divierten. ¿Qué pensarán los muertos?

### *Con el General Iglesias*

El cronista avanza. Le sale al paso un mausoleo. Mármol gris y mármol negro. Techo de pizarra. Corte moderno, es decir, una habitación aislada, encima una cruz y, para entrar, una puerta de hierro fundido y que puede parecer labrado; en ese sarcófago duerme el general don Miguel Iglesias. Como nosotros entráramos a escuchar la voz inescuchable, nos fue dado oír la que venía del recinto donde reposa el general Iglesias. Se trata de un presidente del Perú. De un guerrero y de un ciudadano.

- ¿Ha llegado a usted, general, la voz del Perú de hoy?
- No. ¿Vive todavía?
- Sí. Y aquel tratado que usted consiguió firmar es hoy dolor para este tierra. Dolor y ultraje. ¿Usted lo previó, general?
- Nunca. Yo creí que el Perú estaría, el año 1894, en aptitud de hacer cumplir lo firmado. Vi que no sucedió. Cuando, diez años después, vine aquí, vine con la esperanza.

- Esperanza incumplida. Estamos peor que estábamos. ¿No siente usted que la ceniza vibra?

- La ceniza es, por inmortal, impasible.

- Como el Perú, que, aunque no inmortal, es impasible. ¿Será ceniza el Perú, general?

- No, porque nunca fue tizón.

- Dicen que la tumba no miente, general.

- La tumba no miente. El Perú no ha sido jamás tizón. Tampoco lo han quemado, porque no tiene aptitud de arder. Lo que arde, aunque desaparezca, brilla.

- Es usted duro, general.

- No mentí ni cuando fui temporal o perecedero.

- ¿Nada sabe usted del Perú, general?

- La Historia y la Geografía no son de la Eternidad.

- ¿Por convencionales?

- Por transitorias. Hay convencionalismos eternos.

- ¿Por ejemplo?

- El Dolor y el Placer.

- ¿Usted sufre?

- Luché por la Patria y la Patria es cruel.

- ¿Suele ser la Patria recordada más allá de la muerte?

- Sí, porque la Muerte es también una Patria.

- ¿Los vivos podrían ser incluidos a esa patria?



- Por nacionalización. Por nacimiento sólo nosotros.
- ¿Es usted filósofo o humorista, general?
- En mis últimos días de allá abandoné los Comentarios y las Memorias de Santa Elena y leía a Schopenhauer.
- ¿Y lo recuerda usted?
- No le he dicho que el Dolor y el Placer son convencionalismos eternos.
- Adiós, general.

No respondieron nada. ¿Quizá los muertos no dicen nunca adiós, no conocen el alarde de las despedidas?

A pocos pasos de nosotros, se alzaba la Cripta de los Héroes. Entramos. En un gran sarcófago, colocado a la derecha, se lee: Bolognesi. En otro, igual, a la izquierda: Grau. En los cuatro puntos cardinales hay listas de héroes. Son muchos. Es difícil tener tantos héroes. Aquello debiera llamarse la Cripta de los Muertos en la Guerra del Pacífico. Sería razonable.

- Almirante: ¿era necesario el sacrificio del *Huáscar*?
- Necesario, no: inevitable y había que hacerlo honroso.
- ¿Creía usted que eso tenía alguna consecuencia?
- La del Honor y el Deber. Aún recuerdo esa tarde. Fue dura. Lo sentí por mis compañeros.
- ¿Y por usted, Almirante?
- ¿Yo? ¿Qué habría hecho yo si no muero? El *Huáscar* fugitivo era absurdo. El *Huáscar* bravamente muerto, era lógico.
- Almirante, las aguas de Iquique, esas donde usted fue vencedor, hoy pertenecen a Chile.
- ¿Usted es peruano?

- Sí, Almirante.

- ¿Y por qué lo repite en este sitio?

El silencio entró a la Cripta. Algo pasó a través de las vidrieras historiadas.

El plafón, atrozmente decorado, pareció tremante.

Que duerman los héroes.

Que duerman los muertos.

Seguimos recorriendo la ciudad. Esta ciudad que lo es más que la otra, presuntuosa y versátil.

Dos cipreses, enverdecidos desde la base, altísimos, rectos, juncuales, se alzan como perpendiculares de una geometría de alucinación.

Aparecen algunos sarcófagos de estilo gótico. Los de ayer. Hoy las criptas como garitas, cuadrangulares, duras, burguesas, han reemplazado a esas otras que parecen ingravidas y que se yerguen -¿se yerguen?- con algo de trémulo y de pudoroso que tal vez depende del exceso de labrado en el mármol hecho filigrana.

Caminamos.

De pronto nos sale al paso una enorme cruz negra. Negra casi como la persistencia de una amargura o como el capricho frustrado de una ambición.

### *Civilismo*

Es un monumento amplio, rígido, un poco afectado y acaso elegante. Su inscripción dice:

Manuel Pardo

Presidente de la República.



Sobre el mármol negro cintila fulgor de espíritu. Algo como alma vaga encima del pavor funerario del túmulo.

- Vengo, señor, a encontraros porque salgo de la cripta de los héroes y he oído la voz de Miguel Grau.

- Miguel Grau. Es un marino a quien yo ascendí. Supongo que me lo agradecerá. ¿Es héroe?

- Sí señor. Murió gloriosísimamente peleando contra Chile.

- Habéis peleado con Chile? Me alegro. Supongo que Argentina y Bolivia, nuestros amigos, estarán contentos. ¿Qué le habéis quitado a Chile?

- Chile, señor, nos ha quitado el salitre. Ya no somos dueños de Arica, Tacna y Tarapacá. Argentina se llamó al silencio. Bolivia perdió Atacama.

- ¿Y esto fue?

- Treintisiete años hace señor. Un hijo vuestro nos gobierna.

- ¿Cuál?

- José.

- ¡Pero si no es el mayor!

- Estamos pobres, señor, vejados, tristes.

- ¿Por qué no os declaráis en bancarrota?

- Porque no es vuestro primer hijo quien nos gobierna, señor.

- ¿De modo que ya no tenéis salitre?

- No, señor.

- ¿De qué vivís?

- De deberle a todo el mundo, fuera, y de cobrarle a todo el mundo, dentro.

- ¡Ah! El empréstito y el tributo. Suele ser buen sistema de gobierno.
- Me despido señor.
- Id. Yo meditaré.

*Con la sátira*

A un paso de la tumba grave del político está la mansión del poeta aquel a quien Alberto Lista dijo que buscara de él, de Lista, honra y verso y "la forma de otro más felice".

- Felipe Pardo y Aliaga, viejo poeta, vengo, en este país donde tu nieto es presidente y tu hijo duerme presidencialmente, a saludar a ti, al tronco de una monarquía republicana.

- ¿Haces versos?

- Ellos me hacen, maestro.

- Eso es complicado.

- Ahora se habla en paradoja. Este es el año 1916 y los mortales se entienden menos que antes.

- Debe ser espantoso.

- "Horrible. "Tu donaire gentil y gracia suma" -Te advierto que este verso es el epitafio que en tu sepulcro escribió Carlos Augusto Salaverry- ya son chungu vil de escritores chascarrilleros. Esa literatura nacional que tanto amaste, es hoy de color honesto. La inficionan olor de tamales y tufo de chicharrones. En el epitafio de Salaverry, epitafio de que ya te hablé, te posdedica, hay este verso: "y nadie hereda tu festiva pluma". Es así cierto. (Yerovi) Lamentable, maestro.

- Oye: y aún tenéis la manía de insultar a los gobiernos, diciéndoles las verdades.

- Ya no. Los gobiernos de hoy estipendian. Tienen monopolio de plumas.



- ¿Y podéis escribir?

- Sí. Hoy se escribe sobre el viejo, sobre la mentira, sobre la vanidad, sobre el placer efímero. Todos mienten y todos se creen los unos a los otros.

- Es lástima.

Adiós maestro.

Sigue nuestro paso errátil. Acre perfume de flores doloridas embarga el ambiente.

### *Con el Mártir*

Junto a nosotros pasa una señora gorda, enlutada, jadeante y dice:

- Voy a ver a mis hermanos. Todavía no les he visto.

Lo dice con tal sencillez que no sabemos si esta señora tiene concepto pirrónico de la vida y de la muerte, o si cree que es posible usar con los muertos de tal familiaridad. Sólo en nombre de una fiesta de calendario.

Algunos pasos más, y nos brinca un letrero que dice:

"Los españoles residentes en el Perú, a sus compatriotas muertos en el combate del Callao el dos de mayo de 1866".

He aquí la confirmación de eso que llamamos gentileza del Perú. Y la confirmación de eso que llaman hidalguía castellana.

El vencido se conmemora en la tierra del vencedor. Es un extraño ¡gesto noble!

Más tumbas, más criptas, más efigies, más cruces, más imágenes. El simbolismo de la vida.

En una tumbilla modesta y que se esconde, hay rótulo breve:

*Daniel Carrión .*

¿Por qué está aquí este suicida? Se le debiera llevar al otro cementerio, a aquel donde reposan los disidentes, los que no buscan sino tierra generosa.

- ¿Por qué te mataste, Daniel Carrión?

- Porque muchas vidas debían salvarse a cambio de la mía.

- Crees que es útil salvar vidas?

- Creo que es científico combatir males.

- ¿Crees en la vida sin males?

- Creo en la ciencia, madre de todos los bienes.

- Por tu culpa, Carrión, viven muchos imbéciles.

- No son imbéciles. Son casos salvados.

- ¿La ciencia es impersonal, Carrión?

- Como la vida. Si la vida y la muerte seleccionaran, nada existiría. La ciencia, debe ayudar a la vida y la muerte. Todo lo que universaliza es impersonal.

Ante un muerto glorioso que así habla hay que escapar.

Escapamos.

*Anuncio*

Y tras algunos recorridos, nos sorprendieron las tumbas de Piérola y Castilla, de Salaverry y Necochea, de Francisco Rosas y de José Simeón Tejada.

Nos sorprende la tumba de Alfonso Ugarte. Y nos asusta la tumba de Henry Meiggs.



Y la de Guillermo E. Billinghamurst.

Todos hablan. El cronista oye y ordena. Tú, público de Lope, oirás mañana.

*El Tiempo*, Lima, 1 de noviembre de 1916.

**CARLOS PARRA DEL RIEGO**

Carlos Parra del Riego (Callao, 1896 - Huancayo, 1939) es un escritor de cierto relieve, que incursionó en el cultivo del cuento, la novela y del periodismo. Durante su estancia en Buenos Aires colaboró con revistas y diarios de esa ciudad. A su vuelta a Lima publicó en *La Crónica*, *Variedades* y *Panoramas*. Por razones de salud tuvo que viajar al sanatorio de Jauja y allí escribió su novela *Sanatorio* (dos ediciones: 1938 y 1967). Ricardo González Vigil señala que sería interesante comparar la obra de Parra del Riego, basada en una experiencia directa del mal, con *La ciudad de los típicos* de Abraham Valdelomar, producto del esteticismo mórbido de éste. Parra también publicó *Por qué maté al niño* (1939).

*Un héroe civil* muestra los esfuerzos frustrados de un joven, Jorge Gargurevich, por salir del anonimato en que vive y alcanzar una popularidad que le permita asegurar el amor de su novia y ganar el reconocimiento de sus vecinos de barrio y, en última instancia, de la ciudad donde vive. Para ello urde un plan y haciéndose pasar por otra persona llama a la redacción del diario *El Sensacional* y comunica que el joven Jorge Gargurevich ha salvado de morir a una niña, que iba a ser atropellada por un tren. La versión es falsa, pero dado el interés de los periódicos por los sucesos noticiosos, dicho personaje se vuelve popular gracias a las fotos y textos que aparecen en las páginas de los diarios. Por un buen tiempo goza de la fama de ser un "héroe civil" hasta que se descubre la verdad de los hechos porque otros medios informativos recogen las versiones de la niña y de la madre. De héroe, Gargurevich pasa a convertirse en blanco de las burlas e ironías de cuantos lo rodean. Pero él está convencido de su heroísmo, pues aunque no salvó a la niña sí tuvo la intención de hacerlo y eso es suficiente. Aún tuvo la oportunidad de intentar realizar un nuevo acto de heroísmo y volvió a fracasar porque no logró su cometido y por poco pierde la vida.

## UN HEROE CIVIL \*

- ¡Aló! ¿Con la redacción de *El Sensacional* ? Vea, señor: habla un admirador del diario que quiere adelantarles una primicia. Se trata de un joven que acaba de salvar de una muerte segura a una niña, con grave riesgo de su vida. La niña cruzaba las vías en momentos en que avanzaba un tren a toda velocidad. El joven, al ver el peligro en que se hallaba ésta, se lanzó valientemente en pos de ella, logrando salvarla.

- ¿...?

- Sí; nadie sabe nada todavía. Allí no hay vigilante. Además, como ninguno de los dos necesitó de la Asistencia Pública... El joven parece que se apellida Gargurevich; sí, Jorge Gargurevich. Según se le oyó decir, vive en Seguro la al setecientos y tantos...

Enseguida colgó el tubo y se quedó pensando en lo que había hecho. Ciertamente, la cosa había sucedido tal como la relatara, pero con la pequeña diferencia de que sólo Dios se había encargado de salvar a la niña. El la ayudó a levantarse del suelo, y nada más. Después, la chica se marchó tan tranquila a su casa. Que por qué se le habría ocurrido hacerse héroe de una hazaña que ni siquiera había intentado, era algo que no acertaba a explicarse. Maquinalmente descolgó el tubo y comenzó a repetir las palabras que le dictaba su imaginación, vivamente impresionado por la escena que presenciara poco ha, y de la que le hubiera gustado ser su actor principal.

---

\* Ricardo GONZALEZ VIGIL. *El cuento peruano: 1920-1941*. Lima, Ediciones Copé, 1990.

Por otra parte, no se sentía incapaz de efectuar una acción semejante, dado que llegara el caso. La mayoría de las veces el heroísmo es cuestión de oportunidad. De tal suerte, si en verdad no la había salvado, hubiera podido salvarla, lo que en cierta manera convertíalo casi en su salvador.

Recordaba perfectamente el percance. La niña intentaba cruzar las vías sin advertir el riesgo inminente. Avanza, ya está en medio de los rieles, y he aquí que cuando menos lo sospechaba, la locomotora está a su lado vomitando fuego y humo, con un infernal estrépito de hierros. Apenas tuvo el tiempo indispensable para saltar al otro lado, en parte empujada por la fuerza de expansión de la máquina en su veloz carrera. El había contemplado la escena descrita, mudo de asombro y de terror, y alargara hacia la niña los brazos en un movimiento instintivo de altruismo, alcanzando a recogerla del suelo, cuando ya había pasado todo peligro. Así, pues, había sentido el impulso generoso de salvarla; era, en realidad, su verdadero salvador.

Estas y otras reflexiones de parecida índole, si bien no le aclararon el móvil de aquello de echárselas de héroe, sirvieron para tranquilizar su conciencia, barriendo de ella hasta el último escrúpulo. Y se dirigió a su casa, dispuesto a esperar con serenidad lo que pudiera sobrevenir.

Mientras caminaba, iba pensando con delectación en el halago de la popularidad. Eso de ver la propia imagen reproducida en todos los diarios, en un marco de elogios, le parecía la mayor satisfacción a que pueda aspirarse en este miserable mundo. Imaginaba, henchido de orgullo, el efecto de bomba que produciría en el barrio la aparición de su retrato, en los diarios y revistas, bogando entre nubes de encomios y loas a su valor y a su abnegación. Su odiado rival, aquel mentecato de boxeador que empapelara su habitación con las hojas de un diario en el que aparecía junto con otros participantes en un festival boxístico, a buen seguro que reventaría de rabia. En cuanto a ella, era seguro que decidiría sus preferencias por él.

Al llegar a casa tenía el convencimiento absoluto de que acababa de realizar un acto hermoso y loable, y, por lo tanto, entró taconeando fuerte y mirando por encima del hombro a todo el mundo. No había transcurrido una hora de su regreso, cuando se presentaron un repórter y un fotógrafo de *El Sensacional*, en busca del héroe. Su familia se sorprendió mucho con tan insólita visita. El les explicó el motivo, sonriendo con verdadera modestia

de héroe. "Lo que acabo de realizar no valía la pena; cualquiera en mi lugar hubiera hecho lo mismo"... Su madre y sus hermanos no apartaban la mirada de él, llenos de admiración y de ternura. El repórter lo asató a preguntas. Naturalmente, relató el hecho sin equivocarse ni contradecirse en un punto, cuidando de añadir al final que, "no se explicaba la presencia en su casa de un enviado de *El Sensacional*, pues él era enemigo de que se hiciese publicidad alrededor de su persona". El repórter consiguió este precioso dato, subrayándolo para que resaltase más. Luego continuó el interrogatorio. "¿Luego gustaba del yum yum? ¿Tenía novia? ¿Cuál era su deporte favorito? ¿Frecuentaba el cine? ¿Con qué prenda de su indumentaria comenzaba a vestirse?, etc."

Seguidamente le toco el turno al fotógrafo, después, sentado, en medio de su familia; luego, con el perro en los brazos; vestido de futbolista; de mil maneras, en suma. Y se retiraron dejándolo henchido de vanidad, y a los de su casa, aplastados bajo el peso de su naciente gloria.

Como lo había previsto, la noticia produjo en el barrio un efecto fulminante. Aquella noche se arrebataron los ejemplares de *El Sensacional* y en el café, en la peluquería de don Nicola, en el Mercadito París y en las tertulias hogareñas, no se habló de otra cosa que de Jorge Gargurevich y su hazaña. Alguien propuso iniciar una colecta para obsequiarle. Debíase premiar la conducta heroica de quien, con su bella acción, hiciera convergir las miradas de la ciudad toda sobre aquel perdido rincón del barrio que jamás había merecido ni siquiera los honores de una nota policial.

La noticia de *El Sensacional*, por aquello tan conocido de que los diarios se nutren de diarios, apareció con un ligero arreglo, y como original, en todos los vespertinos. De esta suerte, los trescientos o cuatrocientos mil lectores que buscan en los diarios de la tarde los pronósticos de carreras, supieron que el joven Gargurevich que tiene novia, masca yum yum, va al cine y comienza a vestirse por los zapatos, había salvado valientemente a una niña de una muerte tan cierta como horrible. Y los corazones ingenuos palpitaron de emoción al ver su nombre y su retrato a tres columnas.

Hasta aquí, todo marchaba perfectamente. Mas, como al mejor cazador se le escapa la liebre, nuestro héroe imaginario cayó en la imperdonable ligereza de precisar las cosas. En lugar de indicar vagamente uno de

cualquiera de los tantos pasos a nivel que cruzan la ciudad, determinó la ubicación exacta de aquel donde efectivamente estuviera en riesgo de morir la niña, extendiéndose en detalles pintorescos para hacer más verídica la narración de su hazaña. Esto dio como resultado que, cuando menos se lo esperaba, apareció en un diario un sueltecillo irónico en el que, después de poner la verdad en su sitio, se burlaron con mucho gracejo de su presunta heroicidad. "Un personaje de Pirandello", era el epígrafe que encabezaba la terrible tomadura de pelo que echaba por tierra su flamante prestigio de hombre abnegado y valeroso.

Negábase a dar crédito a su ojos. ¿Era posible que la madre de la niña hubiera ido a las redacciones de los diarios a declarar la verdad de lo sucedido? Como tenía la absoluta convicción de su acto heroico, aquello le pareció una falsedad tremenda, lanzada con el sólo propósito de hacerle daño. El y sólo él había salvado a la niña; era una canallada que dijese lo contrario.

En el barrio no pensaban lo mismo. Nuevamente su nombre ocupó las conversaciones de todos en el café, en la peluquería de don Nicola, en el Mercadito París y en las tertulias hogareñas; sólo que, esta vez su nombre no iba seguido de elogios, y si algo se propuso en su obsequio, fue propinarle una paliza. Su rival, el boxeador de marras, desquitóse con creces de haber sido corrido por su efímera gloria. Desde la altura de sus puños rióse de él a mandíbula batiente, y, lo que es peor, su novia se negó a volver a verle, cubriéndolo de sarcasmo y de ridículo.

En tanto, cada vez se afianzaba más en su conciencia, la convicción de haber realizado un acto tan hermoso y heroico. Concurrió a las redacciones de los diarios y ante el desconcierto de los redactores, juró por su cabeza que las declaraciones de la madre de la chica obedecían al deseo de hacerle daño, agregando que, "aunque no le daba importancia al hecho, él había arrebatado de la muerte a la pequeña". *El Sensacional* publicó una nota sobre el asunto, en la que se dejaba margen para que los lectores formasen juicio por sí mismos; añadiendo pérfidamente nuevas declaraciones de la madre, completadas con otras de la chica.

- Yo salvé a la chica -decía Gargurevich a quien quisiera oírle, y aun a los que no querían, pues, perdida ya la serenidad, andaba por ahí ofusca-

do, erre que erre en el empeño de convencer a todo el mundo del mérito de su acción. No se resignaba, ni mucho menos, a verse despojado de su aureola de gloria que nimbara su nombre los primeros días. Juzgaba que era una infamia que negasen su heroísmo, después de haberlo ensalzado tanto, y, en particular, porque a medida que transcurrían los días se sentía más héroe que nunca.

Perdió el apetito y el sueño; enflaqueció. Como una sombra melancólica, vagaba por los lugares ajenos a su barrio, temeroso de las burlas con que allí se le acogía. En el pecho alimentaba y crecía un odio feroz contra la madre de la muchachita de quien se creía salvador, firmemente convencido de que la enemistad de esta obedecía a un motivo oscuro y torpe que no alcanzaba a precisar. "Para esto no valía la pena que hubiese expuesto mi vida" -pensaba-. Y lleno de amargura y pesadumbre hacía reflexiones pesimistas sobre el falso halago de la popularidad y la inconsistencia de los afectos. Ayer, blanco de unánimes elogios; hoy, objeto de mofa de todo el mundo. Este cambio repentino, por lo mismo que ofrecía un contraste violento, considerábalo de suyo injusto e irritante. Nadie creía ya en sus palabras. Su propia madre, trocaba su primitiva admiración por un sentimiento en el que se mezclaban por partes iguales la ironía y la indulgencia. Cuanto a sus hermanos, ninguno de ellos disimulaba la desdeñosa compasión que les inspiraba el verle convertido en víctima de sí mismo. ¿Quién diablos lo había metido a salvador? Las personas prudentes y razonables, observaban una actitud mesurada frente al riesgo, ajeno, y jamás se lanzan como él a hurtarle las presas a la Desnarigada.

Mas, lo peor en todo esto, según lo entendía él mismo, era que, una vez puesto en tales amenazas, sólo le correspondía seguir en ellas. Tenía que realizar un nuevo y más hermoso acto heroico, para persuadir a los incrédulos y acallar a los burlones y deslenguados. Desgraciada o felizmente, no siempre se encuentran a mano personas en peligro de morir apachurradas, de modo que, por más imperioso que era su deseo, tenía que resignarse a permanecer a la expectativa. ¡Ah, si él pudiera sacar de entre las ruedas de un auto a una señorita delante de un concurso numeroso! Nadie tendría que decir nada entonces, y volvería a ocupar, con mayores merecimientos un puesto entre los seres abnegados y altruistas. Su voluble novia, de fijo que volvería con él, esta vez más enamorada, llena de súplicas y promesas.

Alguien ha dicho que desear vivamente una cosa es poseerla o vivirla, según sea el caso. Así, él vivía realizando a cada paso bellos actos de heroísmo, que elevaban ante sus ojos su propio concepto. Se admiraba y se compadecía a la vez, juzgándose incomprendido por la muchedumbre obtusa y malagradecida.

¡Con qué ansiedad, henchido de emoción y de júbilo, acechaba la oportunidad de salvar a alguien de un accidente! Y como la ocasión tarda, pero llega al fin, cierta vez, caminando por una calle de mucho tráfico en momentos en que una señorita detuviérase temerosa e indecisa entre un auto y un tranvía, lanzóse denodadamente a salvarla. De un salto se puso al lado de la muchacha. Mas, he aquí que en vez de hacer algo por la presunta víctima, el infeliz, llevado por el impulso del salto, cayó nada menos que en el salvavidas del tranvía, el cual, accionado por el motorista, lo arrojó buen trecho más allá. Fue tal la violencia del golpe, que perdió el sentido; mas, asimismo, no fue tan grave la cosa que no lo recuperase pronto. Lo primero que hizo al verse rodeado de gente que lo contemplaba entre asustada y compasiva, fue exclamar con todas las fuerzas que le permitía su lastimoso estado:

- He sido yo, el que ha salvado a la señorita. Me llamo Jorge Gargurevich y vivo en Segurola al setecientos y tantos...

Y volvió a desmayarse; sólo que esta vez fue de satisfacción al ver realizado su anhelo, mientras en la acera de enfrente, la señorita salvada, no se deba cuenta de lo que había ocurrido a aquel pobre diablo que yacía tendido con los brazos en cruz.

**CARLOS EDUARDO ZAVALA**

Carlos E. Zavaleta (Caraz, 1928) es uno de los más destacados escritores de la generación del 50. Se inició muy joven en la literatura y contribuyó a la renovación de la novela y del cuento peruanos. Ha publicado varios volúmenes de cuentos y novelas y en todos ellos ha recreado una imagen plural e integral del Perú, superando así las dicotomías tradicionales del indigenismo y literatura urbana. Su universo narrativo incluso trasciende los límites de lo nacional, pues muchas de sus ficciones están ambientadas en diferentes lugares de Latinoamérica y Europa. Vargas Llosa, Bryce y otros narradores han reconocido el magisterio narrativo de Zavaleta. El y Ribeyro son los cuentistas más completos del 50.

Mientras el protagonista de *Un héroe civil* hace lo imposible por salir en las páginas de un periódico, en *Los arrependidos* Goñi, un tipo platudo y poderoso, va hasta las oficinas de Sebastián, un periodista de *La Prensa*, para pedirle a éste que su diario no publique ninguna información sobre un suceso escandaloso en el que está involucrada Luz, hija de Goñi y, en el pasado, novia de Sebastián.

Sin embargo, la noticia "burlona y fea, muy fea, sobre ella" ya había aparecido en *Ultima Hora*, diario que se caracteriza por su lenguaje informal y chocante. El título de la nota es típico del estilo de ese tabloide: "Superchurro dejó boqueando a Tenorio". Sebastián accede al pedido de Goñi, asegura que en *Ultima Hora* corregirán la nota, pondrán otro nombre y en *La Prensa* "no saldrá nada", pero le aclara al tipo platudo que hace esto no por él sino por Luz, porque en el pasado, un pasado que Sebastián no ha podido olvidar, Goñi impidió el matrimonio de los dos jóvenes; además le recuerda todos los abusos que este hacendado cometió contra sus peones y su propia familia en la zona de Sihuas, adonde habían viajado muchos años antes Sebastián y Luz. El relato concluye con el reencuentro de estos dos personajes después de una larga ausencia.

## LOS ARREPENTIDOS \*

¿Cómo iba a suponer Sebastián que el tipo lo perseguía con la tenacidad y las mañas de un cobrador? Un tipo platudo y con amistades por todas partes, inclusive políticas, no iba a soportar *dos* desplantes, uno por día. Pensó en que pronto quedaría libre de la sombra ésa que lo molestaba como la mosca volante de su ojo izquierdo; pero, apenas llegó al periódico a las seis de la tarde, para escribir su artículo y marcharse a las siete, la muchacha del teléfono dijo que el señor Goñi lo buscaba.

¿Otra vez? , no acabó siquiera de quitarse el saco; se lo dejó como un dormán, colgado del hombro. "¡Dile que no estoy!"

"Pero es la tercera vez, don Sebastián".

¿Y cómo lo sabía ella, si ayer había estado de turno la chica rubia?

"No, señor, *esta tarde él* ha venido ya *tres veces*".

"¿Tantas?"

"Sí, ¿por qué voy a mentirle a usted? Será mi rival, la rubia, no yo".

"Me agarraste, mujer. Lo haré por ti. Que suba sólo por cinco minutos. Dile así de claro".

Tampoco acabó de vestir la silla con su saco; estaba aflojándose la corbata y poniendo la primera cuartilla en la máquina, y ya el ricachón de

---

\* En *Lienzo* N° 16. Lima, Universidad de Lima, 1995.

pañuelo al pecho (grandote como un florero), ancho cuello de camisa rosada, brillante traje azul y dos anillos en cada mano, venía hacia él, sonriendo demasiado y haciendo temblar el piso de madera.

"¡Oh, Sebastián, por fin!", y parecía que el hombrón llegara jadeando no al cuarto piso del viejo edificio del Jirón de la Unión, sino a recibir un premio. "¡Perdona que te haya llamado desde el lunes! Pero es que... ¡Uy, Dios mío! ¿Qué piso es éste?", y el hombre se cogió el pecho, tosiendo. Y además, exagerado, pensó él.

"Bien, siéntese", dijo secamente Sebastián, flaco, puntiagudo, de largos huesos y ropas flojas, quitando su mano de entre las untuosas del otro, y empezó a teclear. "Le escucho".

"¡Ah, Sebastián, siempre tan directo! ¡Ojalá todo pudiera explicarse en dos palabras!"

"Sigo esperando", repitió él, como si de antemano supiera el capricho que iba a pedirle, la publicación de alguna nota social sobre la fiesta que daba en su casona de San Isidro, casona desconocida por Sebastián, menos mal. Inclusive creyó ver una mano gordezuela y anillada entregar el sobre con el escrito huachafo y quizá una fotografía. Lo desviaría a Notas Sociales y se acabó.

Pero Goñi había extraído del bolsillo una cigarrera de plata y se disponía a fumar. "Se trata de algo de la familia, Sebastián", y la cara rojiza y sonriente, como recién salida de un bar (quizá del Hotel Bolívar), cambió por completo. Perdió sangre y color.

"¿Qué, se le murió un pariente?"

"Peor que eso, amigo". Y entonces vino el desajuste entre su deseo de contar y su incapacidad de expresarse. Aun la papada de Goñi empalidecía.

"¿Se trata de su mujer?" lo animó, divertido.

"Peor que eso, Sebastián".

Poco a poco le fue sacando las frases. De súbito tartamudo, el hombre quería hablar por sus ojos, aunque Sebastián siguiera desconfiado del

ricacho, y además, mal actor. Dejó de teclear y tuvo que traerle un vaso de agua. Así, así fue. Desconfiado aún, oyó que el hombre pronunciaba casi en secreto el nombre de Luz.

"¿Y quién es Luz?"

"¿Cómo quién es? ¡Mi hija! ¿Ya no te acuerdas?"

Por fin entendió. Sí, se acordaba de la que fuera su chica; el hombre gordo había cambiado mucho, en verdad. Pues bien, *Ultima Hora*, el periódico de abajo, del segundo piso, había publicado una nota burlona y fea, muy fea, sobre ella. Goñi venía a pedirle que un diario más serio como *La Prensa* no reprodujera nada al respecto, y el tipo que pudo ser su suegro sacó del bolsillo el recorte pequeño, y sin embargo, ya doblado en cuatro. El estilo era inconfundible: "Superchurro dejó boqueando a Tenorio". Sí, había un testigo de la muerte en un ring de cuatro perillas del Cinco y Medio. El Casanova, muy conocido en el Pigalle, se había arrugado de infarto, desnudo en la cama, y la gila vencedora, de nombre Luz, había escapado a las justas. Pero el encargado del motel había sospechado de que saliera sola y todavía manejando el coche del tecló. Mañana o pasado, el periódico podría dar el apellido de la susodicha, si ésta no se presentaba a la policía. Moraleja: visiten al cardiólogo antes de salir con superchurros.

Con otro ánimo, Sebastián vio la cara congestionada de Goñi y dijo: "No se preocupe; haré que corten la historia. Vuelva mañana".

"¡Oh, gracias, gracias!", los ojos desorbitados estaban ya húmedos, y las manos untuosas se prendieron de nuevo de Sebastián, pero él se libró rápidamente de la cara, del pañuelo como florero, de la camisa rosada. Lo despidió y creyó que al punto reanudaría su artículo. Sin embargo, lo pensado no cuajaba, no salía. Tiró el papel al canasto, pero cuando cambió de hoja tampoco se reanudó ningún flujo. Empezó a pasear por la vieja y crujiente oficina donde escribía reseñas de libros escasos y tan caros que quizá a nadie importaban, o sobre igualmente escasas funciones de teatro, conciertos y compañías de ballet. Lima ya no era como antes, cuando llegara de muchacho y le gustaran las funciones del Municipal, y sobre todo, las películas, muchas películas. Había de todo, mexicanas, argentinas, inglesas y francesas; y las norteamericanas nunca faltaban.

Había dejado su adolescencia por los pueblos de Junfín, Ancash y La Libertad, desde la época de los viajes a caballo, con o sin su padre, con o sin su hermana Zoila, amiga íntima de la madre de Luz Goñi, y por dos veces había viajado día y noche con Zoila y con la propia Luz, por entonces una muchacha. Juntos visitaron Sihuas en la fiesta del *quinquenio*, cuando la Virgen de las Nieves, a un grito de la multitud (una falange de blancos y cientos de indios), se movía realmente en su altar y venía hacia ellos por el aire, con lentitud y majestad, como deben andar las reinas, en medio de aplausos y lisonjas. La Virgen bajaba lentamente, sola, milagrosa, y el gentío la recibía con caricias, besos, palmaditas en la espalda, como a una novia, madre o hermana, luego de un viaje de cinco años. *¡Quinqueno, quinqueno!*

"Me gustaría tener fe", recordó que había dicho Luz. "Son pobres y sufridos como nadie, pero ¡vaya ternura y gratitud!" No hubo tiempo para decir más; apenas logró acariciar el manto de la Virgen, cuando los empujones de la multitud los alzaron en peso y los pusieron en la puerta de la iglesia, desde donde verían el otro espectáculo del baile general del pueblo. Las parejas bailaban en increíbles desafíos de entusiasmo, bailaban quizá contra alguien, contra el mal y la tristeza, contra la desdicha de ayer y por la felicidad de mañana. Sólo algunas parejas habían bebido, y eso también comentó Luz: "¡Esto es más sano que los carnavales de Lima! ¡Ah, y por favor, volvamos también a caballo! ¡Quiero seguir mirando el cielo!"

Sebastián casi despertó. Mirando por la ventana, sin ver nada del Jirón de la Unión, se preguntó quién estaría de turno en *Ultima Hora* y bajó las escaleras, polvorientas arriba, y cada vez más civilizadas al llegar al primer piso, donde estaba la oficina del director de ambos periódicos.

A la tarde siguiente, Goñi llegó con un nuevo traje elegante, ahora gris. Le envidió de veras los zapatos italianos y lo hizo sentar frente a él. Goñi empezó a limpiarse el sudor, a abrir cada vez más los ojos.

"¿Qué pasa, Sebastián? No me digas que falló la gestión y que saldrá un artículo peor en tu periódico".

Sebastián no movió un músculo. El hombre se aflojó la corbata, pidió un vaso de agua. Sebastián se lo dio, en silencio.

"No se preocupe, hom", dijo Sebastián por fin, muy serio. "Todo se arregló; abajo corregirán la noticia, dirán que la chica se llamaba Carmela X, o algo así, y aquí en mi periódico no saldrá nada. ¿Contento?"

A Goñi lo envolvió una especie de milagro; aspiró un aire nuevo, feliz, y se atrevió a reír, buscó en vano las manos salvadoras. "¡Gracias, formidable, qué bueno eres con mi familia! ¡Nunca olvidaré esto!"

Dio unas vueltas por la oficina, como si bailara, y quiso invitarle un trago en el Bolívar.

"Un momento", lo detuvo Sebastián en el umbral, y lo hizo volver como a un muñeco. "Todavía falta algo".

El hombre pareció rebuscar en su bolsillo. "Qué. ¡Pídeme lo que quieras!"

"Le he hecho un favor, sí, pero por Luz, no por usted. Sigo creyendo que usted fue un hacendado de mierda, que trató a sus peones como esclavos, que en su camino hay dos o tres muertes que usted produjo directamente, además de los abusos contra su propia familia, y en especial contra Luz, a quien le impidió casarse con el hombre que ella amaba".

"¡Sebastián, piénsalo, ustedes eran muy jóvenes!"

"¿No será por eso que ella tiene problemas hasta hoy? Aparte de golpear a su mujer y a sus queridas, usted se apoderó de los bienes de Graciela, tía de Luz, con el pretexto de la reforma agraria, vendiendo tierras que no le pertenecían. ¡Y ahora, déjeme solo y no vuelva a fingir vergüenza!", dijo Sebastián, con extrema serenidad.

El bulto gris podía revolverse o gruñir como quisiera, pero no le quedaba sino marcharse. Y se fue.

Al anochecer del otro día, asimismo solo, tecleando la máquina, respondió el teléfono. Era Luz, después de mucho tiempo, de varios años, que por lo visto no habían servido de nada, pues no había ninguna distancia entre ellos. Tembló extrañamente. La mosca volante del ojo izquierdo



reapareció. Los años habían enriquecido esa voz, ese aliento cálido, aunque asimismo modesto, admitiendo haber cometido errores en su vida.

"¡Oh, no, tú no, tú no!", murmuró él.

"¿Cuándo puedo verte, Sebastián?", preguntó ella, directamente.

"Pues no sé, mañana, cuando quieras".

"Estoy cerquita, en la Plaza San Martín, en lo que era Crem Rica. ¿Te acuerdas?"

"Voy ahora mismo", dijo él, colgó y bajó a trancos esas curiosas y optimistas escaleras, polvorientas arriba y de mejor aspecto en cada piso que descendía.

**FERNANDO DE TRAZEGNIES**

Fernando de Trazegnies (Lima, 1934) es un brillante abogado y destacado catedrático en la Facultad de Derecho de la Universidad Católica. Ha publicado *La idea de Derecho en el Perú Republicano del Siglo XIX* (1980), *Ciriaco de Urtecho, litigante por amor* (1981), *La Responsabilidad Extracontractual* (1988), etc. Empero, su dedicación seria y exitosa al derecho no ha apagado su arraigada vocación por la creación literaria, como lo muestra la aparición de *Imágenes rotas* (1992), del que ha dicho Mario Vargas Llosa que le "parece un libro logrado, bien escrito y concebido con eficiencia". De Trazegnies ingresó a la Academia Peruana de la Lengua con un discurso sobre "El Derecho como tema literario". También es articulista de *El Comercio*.

En su libro *Imágenes rotas* (1992), Fernando de Trazegnies ha reunido una serie de relatos en los que, con destreza narrativa, recrea situaciones y sucesos ambientados en diferentes momentos del siglo XIX peruano. Para ello se vale de fuentes históricas y periodísticas hábilmente combinadas con dosis de ficción y el resultado son estas "imágenes" en las que se aprecia un contrapunto entre realidad e imaginación. *El Cónsul Honorable* responde a este modelo creativo y es un relato estupendo, en el que, además, el autor rinde homenaje y utiliza algunas técnicas de suspenso propias del relato policial.

La apasionante anécdota, basada en fuentes y personajes históricos, se ubica en 1841 y tiene como oponentes, de un lado, al General Gutiérrez de La Fuente, a la sazón Presidente del Consejo de Ministros del gobierno peruano de la época, y al Cónsul británico y "Encargado de los Negocios de su Majestad", Mr. Belford H. Wilson. Ambos personajes mantienen diferencias políticas y en ellas se ve involucrado un joven e *impetuoso* periodista de *El Comercio*, Hércules Gallardo que debe investigar, a solicitud de Wilson, la veracidad de una versión según la cual el Cónsul está en peligro de ser asesinado por motivos políticos. El resultado de esta investigación es sorprendente y constituye todo un acierto del autor. El relato permite, también, apreciar las diferencias entre la indagación periodística, encarnada por Hércules Gallardo y la imaginación novelística desplegada por el Cónsul Wilson.

## EL CONSUL HONORABLE \*

Esa mañana de 1841, Mr. Belford Hinton Wilson, Cónsul de Gran Bretaña en el Perú (y Encargado de los Negocios de Su Majestad Británica, se recordó a sí mismo con inocultable satisfacción), fumaba pensativamente su pipa, mientras esperaba la visita del periodista.

Ah, qué difícil era ejercer el cargo de Cónsul (el de Encargado de los Negocios, se corrigió no sin una buena dosis de vanidad diplomática) en un lugar tan poco civilizado. **Gosh!** Felizmente, había logrado trasladar algo de su añorada isla natal a esa modesta casita de la calle de Núñez. Se arrellanó mejor en la sólida **bergère** de terciopelo rojo que había hecho venir de Londres y miró complacido a su alrededor esa habitación tan británica. El Tesoro de Su Majestad no era demasiado generoso con sus funcionarios, pero había encontrado irrefutable el argumento de que cuando menos el local de la Legación, dado que era jurídicamente parte del Imperio, debía tener una dignidad británica. Eso le había permitido importar algunos muebles y decorar la oficina de manera sobria, pero británica al fin y al cabo.

Su trabajo lo hacía sobre un escritorio de caoba, presidido por un respetable tintero de hierro cromado donde, en medio de dragones y flores cuidadosamente burilados, anidaba una anacrónica pluma de algún ganso británico. Detrás de su asiento giratorio, una hermosísima mujer (británica) de vestido carmesí y sombrero emplumado, observaba al Cónsul, apoyando el brazo sobre una pequeña columna corintia, mientras una terrible tormenta castigaba unos árboles lejanos. No había sido fácil conseguir una buena

---

\* *Imágenes rotas*. Lima, Ediciones del Dragón, 1992.

copia de Gainsbourough; pero lo había logrado, y ahora esa Mrs. Graham (¡tan desconocida y tan familiar!) formaba parte de su soledad. De tiempo en tiempo, fatigado del formalismo oficial, levantaba la vista de los insípidos papeles consulares, volvía su sillón y soñaba con esos ojos misteriosos, con esa boca inalcanzable, con las primeras curvas de los blancos pechos que se asomaban por el amplio escote; pero, sobre todo, con ese delicado picesito que se escapaba traviesamente por debajo de los pliegues de la falda satinada, ¡good sweet Christ!

Enfrente del escritorio, un impresionante reloj de pared lo ayudaba a vivir con puntualidad británica. A su izquierda, la ventana con delicados visillos de encaje; a la derecha, un juego de sillones de cuero negro frente a una imitación de chimenea, innecesaria en este clima moderado pero que contribuía a crear el deseado ambiente británico de la habitación. Y encima del hogar, una copia de John Constable (hubiera preferido que fuera de Turner, pero el Tesoro no le permitió hacer el gasto) le recordaba su Inglaterra natal: verde campo, árboles venerables, una carreta que cruza un riachuelo en dirección de una británica casa campesina de techo a doble agua, mientras el infaltable perro retoza en la orilla.

Pero lo que más le gustaba era ese **bouille**, de su propiedad personal, que lo acompañaba en todos sus viajes. Lo había colocado al pie de la ventana, para que la luz resaltara su fina marquetería que combinaba de manera sutil las maderas de variados tonos y los adornos de bronce refulgente: la quinta esencia del refinamiento europeo. Era una verdadera pieza de museo. Es verdad que André Charles Bouille lamentablemente había nacido francés... ¡pero bien hubiera merecido ser súbdito británico, **Great God Almighty!**

Sin embargo, por la misma ventana se introducía también ese ambiente peruano, multicolor, bullanguero, formado por perfumes extraños y meloserías sociales, que constituía un ultraje al espíritu delicado pero riguroso que encerraba ese **bouille** con su llave dorada. Desde la calle subió un grito chillón de negra vieja que penetró irreverentemente en el ambiente británico de la Legación: "¡Chicha de guindaaas...! ¿A ver quién toma una chicha de guindas para refrescar la sangre caliente?". Y junto con las palabras de descontrolado tono, entró una bocanada de ese extraño olor fritanguero de Lima, mezcla picante de anticuchos y orines, que el tabaco de la británica pipa no lograba contrarrestar del todo.

"¡Qué país éste!", se dijo. "Si los ingleses hubiéramos intervenido directamente en las Guerras de Independencia y luego hubiéramos asumido el Gobierno como protectores de esta nación imberbe, ya la habríamos puesto en el buen camino". A falta de ello, la única esperanza (modesta, pero sin alternativa) había sido el Mariscal Santa Cruz. Tenía una idea moderna del Estado y la Confederación Perú-Boliviana hubiera podido consolidar una potencia latinoamericana, tan importante como Brasil o como Argentina. Pero la mezquindad patrioter de estos peruanos se cruzó ante ese destino histórico. Ni siquiera se dieron cuenta de que le estaban haciendo el juego a Chile, que se opuso a la Confederación porque temía que se formara un país demasiado poderoso a su lado. Cuando Chile les propuso la "Restauración", estos peruanos de mirada corta saltaron de contento, los muy ingenuos; y cuando los chilenos invadieron su territorio, los abrazaron considerándolos sus liberadores: no comprendieron que en ese momento el país vecino les estaba amarrando de manos y pies. Y el más estúpido de todos, quien más estuvo del lado de los chilenos y contra la modernidad de Santa Cruz era ese **godrotting scum** de La Fuente, que ahora se había convertido en Presidente del Consejo de Ministros.

- "**Goddame**, son las 11 y un minuto y ese joven no aparece", dijo en voz alta, con inevitable repugnancia ante una conducta tan poco responsable. El diario *El Comercio* le había comunicado que, para atender a sus quejas, había encomendado a un joven y brillante periodista, el bachiller Hércules Gallardo, que investigara minuciosamente los hechos extraños que estaban ocurriendo en torno a su persona. Sin embargo, ese joven había anunciado su visita para las 11 de la mañana...

- "Esa falta de respeto por los compromisos, no sé si atribuirla a la juventud del bachiller o al carácter de los peruanos. Un poco de ambas cosas, **no doubt**".

En la pequeña mesa delante suyo estaba la enigmática carta que le había entregado el Sr. Prevost, Cónsul de los Estados Unidos, quien a su vez la recibió de un misterioso fraile. Con preocupación, volvió a leerla por enésima vez: "Señor, por conducto intachable se sabe que se trata de cometer en vos un asesinato en el momento en que os halléis solo; y cumpliendo con los deberes de caridad que me impone mi estado sacerdotal pero cuidando también la privacidad de la confesión a través de la cual recibí



esta noticia, la pongo en vuestro conocimiento para que toméis todas las precauciones necesarias que interesan a vuestra conservación".

Al principio no había hecho mucho caso de esta singular misiva anónima. Pero unos días más tarde se presentó en la Legación un fraile - de rostro un tanto siniestro, a decir verdad- acompañado de una suerte de bribón de la calle, quienes le dijeron que eran los autores de la comunicación y que, dada la gravedad del asunto, habían decidido darse a conocer. **¡God's death!**

- "Soy el Padre Arias, y él es un buen hombre que ha escuchado la advertencia de Dios".

El fraile, un mercedario, llevaba un Crucifijo enorme de marfil colgado del cordón con el que ataba el hábito, que intrigó al Cónsul:

- "Es un hermoso Crucifijo que lleva, Padre".

- "Tiene usted razón, hijo mío, sí que es hermoso; perteneció a mi tío que era Obispo en España".

El fraile explicó que había convencido a su dirigido espiritual para que se presentara ante el Cónsul y contara lo que sabía, ofreciendo interceder ante el representante inglés a fin de que se le diera la protección necesaria para evitar que cayera sobre el buen hombre la venganza de personas poderosas que pudieran resultar involucradas.

- "Pues, sabe usted, señor Cónsul", comenzó su historia el pillo, "que yo me llamo Juan Manuel Correa y soy natural del pueblo de Quilchao en la República de la Nueva Granada. Peleé en el Ejército del Perú por la Independencia de este país y fui un patriota respetable. Ahora, ya lo ve, las cosas no me van tan bien y vivo de lo que puedo, a veces con el trabajo de mis manos, a veces mercando cualquier cosa en las calles. Pero en días pasados -;no lo tome a mal, señor Cónsul!- me convidaron a perpetrar un asesinato, el suyo; y me ofrecieron a cambio muchas ventajas...".

Mientras recordaba esta inquietante conversación, llamaron a la puerta y el criado anunció al joven Hércules Gallardo. Un mozo larguirucho de

veintitantos años, cholo de rostro pero correctamente vestido a la europea, guantes, sombrero y un inútil bastón con incrustaciones de nácar en la mano, ingresó a la habitación.

- "Ah, el señor Prometeo Gallardo", saludó el Cónsul con una sonrisa, extendiéndole la mano.

- "Hércules, señor", repuso el periodista, alegrándose de haber comenzado la conversación afirmando su superioridad intelectual con una corrección.

- "**Gosh!** ¿Qué importan los nombres en última instancia? El hecho es que, según parece, usted viene a ayudarme".

- "Vengo, señor, a esclarecer la verdad y sólo la verdad", replicó Gallardo con la misma prontitud de quien se defiende de un asalto de esgrima; e inmediatamente adelantó su propio estoque hasta el pecho del adversario: "Si ello lo ayuda, me alegraré mucho; en caso contrario..."

\* \* \*

Correa deambulaba ese domingo por las calles de Lima, con su mercadería al brazo, a decir verdad sin mucho entusiasmo. Su programa matutino consistía en ir de un lado a otro para intentar vender sus telas a la gente que salía de las iglesias: la Merced, luego San Marcelo, para después volver a subir hasta San Agustín, más tarde Santo Domingo, de ahí San Francisco, para terminar con la salida de la Misa de doce en la Catedral.

En la Merced no tuvo suerte. Llegó temprano a San Marcelo cuando el oficio aún no había terminado. Correa no estaba para misas ese día y decidió esperar afuera que llegara la bendición del Señor y con ella salieran de buen humor sus eventuales clientes a la calle. Cruzó la calzada hacia la soleada plaza y se sentó a dejar pasar el tiempo en una banca bajo un arco de madera tramada, a la sombra amena de un frondoso árbol. Cuando terminó el Santo Oficio, Correa paseó sus telas ofreciéndolas -sin ningún éxito- entre los corrillos de personas que, en el atrio de la iglesia, se encontraban, se saludaban y comentaban los últimos chismes de la ciudad. "Mérquemela,

niña, esta telita. Que a usted le va ni pintada". "¿Por qué no me lo lleva usted, señor, este género fino? No me va a decir que no tiene una señora a quien hacerle un vestido".

"¡Vamos!", se dijo, "hoy no es mi día". Desanimado, se dirigió hacia San Agustín. Burros, cargados unos de alfalfa, otros de adobes, cruzaron al galope en ambos sentidos, espantando a niños y viejos. Un vendedor de velas pasó tan cerca, sin ceder el paso en la vereda, que casi tropezó con Correa:

- "¡Animal! Con esa peligrosa carga debe ceder el paso. Que si me roza con sus sebos me deja una mancha en los géneros más difícil de sacar que el pecado de Adán".

A pesar de su malhumor, no pudo sin embargo dejar de reír cuando una vanidosa dama, vestida con saya tan apretada que sólo le permitía andar a medios pasos, intentó cruzar una de las nauseabundas acequias centrales de desagüe. Llegó hasta el obstáculo con aires de princesa, cimbreando las abultadas caderas como una hurí; adelantó delicadamente el pie para alcanzar la otra orilla, pero lo estrecho de la saya retuvo inoportunamente el paso cuando todavía no estaba al otro lado, y uno de sus femeninos pies se hundió en la repulsiva viscosidad que discurría por el canal; al retirarlo, el zapato había desaparecido dentro del excremento y la dama tuvo que proseguir su camino con manifiesta cojera, ocultando bajo los pliegues de la enagua la impudicia de un sucio pie descalzo.

Al llegar a la altura de la casona del General Antonio Gutiérrez de La Fuente, que volcaba sobre la calle dos espléndidos balcones moriscos como ostentosos pechos de matrona, se abrió el portillo y salió un individuo llevando de la mano a dos niños. Correa quedó muy sorprendido cuando advirtió que se trataba del Sargento Mayor Don Isidro Pabón, otro colombiano, su antiguo jefe en las Guerras de Independencia.

Apenas Pabón lo vio, lo reconoció de inmediato y le pasó la voz con tono simpático:

- "Paisano, años que no lo veía. ¿Qué hace usted vendiendo géneros como un vulgar comerciante cuando usted es un hombre de armas?"

- "Es verdad, mi Sargento. Pero así son las cosas. No siempre se puede hacer aquello para lo cual uno ha nacido. Y usted, ¿qué hace con dos niños de la mano? ¿Son suyos? ¿O mientras yo vendo géneros usted se ha dedicado a ser ayo?"

- "¡Ah, Correa, siempre con la puya lista! Así me gusta. Lo que sucede es que soy Edecán del General La Fuente y estoy sacando a pasear a sus retoños".

De pronto cambió su mirada, como si una súbita asociación de ideas le hubiese planteado la necesidad de penetrar en la mente de Correa, recordar sus reacciones, adivinar si efectivamente era el mismo todavía.

- "Paisano, tengo que hablar un asunto con usted".

- "Cuando guste, ahora mismo..."

- "Será después", le interrumpió Pabón y prosiguió su camino con aire indiferente, mientras le hacía una broma a los niños.

Unos días más tarde, Correa continuaba arrastrándose por las calles con sus géneros al brazo. Al llegar a la Plazuelita de San Agustín, escuchó una voz familiar:

- "Paisano, tengo que hablar con usted una cosa de mucho secreto". Pabón lo tomo del brazo y lo llevó hacia adentro de la pequeña plaza.

- "Quiero proponerle una empresa que, si la acepta, se le devuelve su empleo en el Ejército con un grado más y se le dan 300 pesos para su bolsillo. Usted al fin era Cabo, ¿no? Pues Sargento será usted ahora".

- "¿A quién tengo que matar?", preguntó Correa, bromeando.

- "Al Cónsul Wilson, ese inglés bellaco y entrometido".

- "¿Cómo! ¿Se trata verdaderamente de matar a alguien?"

- "No sería la primera vez No se olvide que yo lo conozco a usted bien, paisano".



- "¿Y que me pasará si me aprehenden?"

- "Si es usted conocido y tomado, se le pondrá preso en la Prefectura. Ahí, luego de que le hayan sido entregados los 300 pesos, se le dará una buena mula, ensillada, con todo lo necesario, y más un pasaporte amplio para que se vaya a donde a usted le dé la gana".

- "Pero para eso se necesita un apoyo de muy arriba. ¿Quién quiere que yo mate al Cónsul?"

- "No se preocupe de cosas de política, paisano, nosotros somos simplemente soldados. Pero el General La Fuente se encargará de que no le suceda nada. ¿Qué me dice?"

- "No puedo contestarle así de frente en materia tan grave, mi Sargento. Lo pensaré y después le daré mi respuesta".

Correa contó al Cónsul que no había podido dormir esa noche. A ratos tomaba la decisión de aceptar el negocio. La oferta era ciertamente tentadora. ¡Cómo podía no serlo si se le ofrecía, a través de una aventura de espadas, la oportunidad de dejar esta ocupación rastrera de mercachifle y regresar a la vida emocionante y heroica del Ejército! Pero inmediatamente se arrepentía y pensaba que aquello que llamaba una aventura era en realidad un crimen enorme que le había sido propuesto... para unos instantes después deleitarse nuevamente en su imaginación con los atractivos de la vida militar.

\* \* \*

La sonrisa socarrona y el aire impertinente y desenfadado del joven, habían disgustado poderosamente el espíritu británico del Cónsul.

- "Entonces, usted pondrá en claro toda esta criminal conspiración y cambiará la equivocada posición de su diario, señor Prometeo Gallardo..."

- "Hércules, señor Cónsul".

- "**God damn you:** ¡Hércules! ¿Qué más da? Se trata de otro griego, ¿no? Si viviesen ahora estarían ambos sometidos a la Corona Británica".

Wilson había explicado al periodista que existía un plan para asesinarlo y que él creía que la opinión pública estaba siendo preparada para recibir tal noticia con un artículo difamatorio publicado en el **Rebenque** ("y luego comentado en su diario, **El Comercio**", agregó con mordacidad) por el Coronel Iguain, amigo confidencial y consejero político del General La Fuente. Y todo porque él, el Cónsul y ahora Encargado de los Negocios de Su Majestad Británica, no había tenido pelos en la lengua para decirle a ese fantoche que ahora fungía de Presidente del Consejo de Ministros, que era un traidor a los intereses de su Patria; y además había propuesto públicamente que se escarbara en el asunto porque quizá el llamado patriotismo de La Fuente no era sino una manera de encubrir algún oscuro negocio con los chilenos.

- "Debo decirle, mi querido Prometeo..."

- "Hércules, señor...", insistió el joven, con una sonrisita insolente bajo los finos bigotes burlones.

- "Está bien, Hércules. Pero no me interrumpa cuando hablo de asuntos que conciernen a Su Majestad Británica y a sus honorables representantes. Le decía que su diario ha dado una maliciosa versión de los hechos y ha publicado documentos que no podía obtener de otra manera sino gracias a que el Gobierno peruano se los ha entregado oficiosamente. Por lo que pienso que sus Editores, amigos declarados del General La Fuente, están complicados en el proyecto de asesinato. Y, claro, comprendo que detrás de esta perseverante malignidad hay incluso un interés económico: el Gobierno peruano es subscriptor por un gran número de ejemplares del diario **El Comercio**; y, claro está, su editor no quiere pelearse con los políticos oficiales para no perder esas suscripciones..."

- "Nuestro deber es informar al público, señor", repuso enérgicamente Hércules Gallardo. "Y los resultados de mi investigación serán igualmente publicados, duela a quien le duela, al Cónsul británico, al Gobierno peruano o incluso a mis propios Editores a quienes, sin embargo, desde ya exonero de los cargos que usted les atribuye".

El periodista miraba con aire de superioridad a este gringo al que desde el comienzo de la conversación había considerado intelectualmente infe-



rior, mientras que, con uno de esos ademanes que la gente presumida realiza inconscientemente, se alisaba los cabellos con la palma de la mano.

- "Pues lo voy a ayudar en su tarea, **my dear** Prometeo...".

- "Hércules, señor Cónsul, Hércules...". La voz de Gallardo era manifiestamente impertinente.

- "¡**Damn it!** Deje de pensar tanto en usted y en su maldito nombre, y escuche lo que tengo que decirle. Un caballero de intachable honor, que tiene un alto puesto en el Gobierno peruano, me ha sugerido que puede darme la ocasión de tener una conversación privada con la esposa del Coronel Ponce, quien al parecer conoce algunas cosas de interés sobre este asunto. Le voy a dar el privilegio de que sea usted quien hable con ella. Mañana acudirá a Misa de 7 en la Iglesia de San Pedro. Usted deberá estar arrodillado en la banca de la derecha de la décima fila. ¡Ni una más ni una menos!. La dama se arrodillará a su lado y le dirá la información que tiene. Yo le haré avisar que es usted quien acudirá a la cita".

El joven Gallardo cogió sus guantes blancos, su sombrero hongo y su bastón nacarado, hizo una reverencia que más parecía una mueca burlona y abandonó la Legación.

\* \* \*

A las siete y diez minutos de la mañana, Hércules Gallardo entraba en la Iglesia de San Pedro cuando, entre nubes de incienso, imploraba el sacerdote con voz engolada: "**Judica me, Deus, et discerne causam meam de gente non sancta**". Contestó, no sin cierto afeminamiento, el diligente acólito: "**Quia tu es, Deus, fortitudo mea**".

El periodista avanzó por la nave central entre altares dorados, con columnillas torturadamente retorcidas, de las que pendían racimos de uvas y que remataban en matas de hojas de acanto. Los Cristos y las Vírgenes de las capillas laterales lo veían pasar, impertérritos, como si no les importara nada su clara inteligencia. Al menos en la parte superior de los arcos, cientos de santos de rostros lúgubres lo contemplaban con curiosidad. Desde las profundidades de un mundo difuso de sombras, se asomaban apenas los

ojos de los venerables que poblaban esas alturas, cerca de las bóvedas. A veces, el tiempo, que irreverentemente había echado sobre ellos un velo oscuro, les permitía todavía que asomaran una mano, quizá una parte de la túnica; el resto quedaba sumergido en el misterio de esas alturas brumosas.

En las bancas se encontraban dispersas las beatas, vestidas de riguroso negro y tocadas con un manto que les cubría íntegramente el cabello y una buena parte del rostro, como si fueran monjas jubiladas. Con un Rosario en la mano, pasaban obsesivamente las cuentas, apretando duro cada una de ellas por temor a equivocarse y cometer el grave pecado de rezar una avemaría de menos. Casi todas movían los labios como si oraran en voz alta, aunque en la iglesia no se escuchaba sino el susurro grave del sacerdote y la voz imberbe del acólito: la sensación era tan extraña como si, en la ópera, uno perdiera de pronto el oído y viera a las personas cantar pero no escuchara la canción.

Gallardo se arrodilló en la banca que le había sido indicada y esperó. El rito transcurría en una atmósfera de profunda paz. El sacerdote recibió en sus manos el agua vertida delicadamente por el acólito de sotana roja y casulla blanca, al mismo tiempo que, con entonación gregoriana, anunció: **Lavabo inter innocentes manus meas; et circumdabo altare tuum, Domine.** De pronto escuchó el fru-frú de unas sedas a su lado. Una dama elegante, cubierta con un manto que apenas dejaba ver un ojo y una nariz griega, se hincó en la banca, al lado del periodista, y se santiguó con devoción no exenta de una cierta coquetería; la niña negra que la seguía a cierta distancia, se colocó respetuosamente una banca detrás de su señora.

- "¿El señor Prometeo Gallardo, supongo?", susurró la dama.

- "Hércules, señora. ¿La esposa del Coronel Ponce, supongo?"

- "A través de un amigo mío, el señor Wilson me dijo que hablara con usted. Estoy muy angustiada espero que usted pueda ayudarme".

- "Haré cuando éste a mi alcance para servirla", contesto Gallardo, casi mareado por la sensualidad que la misteriosa señora emanaba y que envolvía irresistiblemente a quien se encontraba cerca suyo.

La dama contó al joven una historia retorcida: el General La Fuente había dicho a su edecán, el Mayor Pabón, que el Cónsul inglés iba comentando por calles y plazas que el Coronel Ponce, su marido, era un rufián y un vil. "Por consiguiente", concluía La Fuente, "si el Coronel Ponce tiene algún valor, debería dar una estocada a ese gringo". Pabón, que era muy amigo de los Ponce, vino a advertirles lo que estaba diciendo el Cónsul (respecto de quien se expresó en términos que la señora Ponce no se atrevía a repetir) y lo que la gente importante de Lima comentaba al respecto. Posteriormente, cuando el Coronel Ponce y su esposa se encontraron con La Fuente en una reunión social, éste les había soltado varias veces indirectas con el propósito de provocar una riña con el Cónsul.

- "Yo no creo que el Cónsul haya dicho nada sobre mi esposo, porque mi esposo ni siquiera conoce al tal Mr. Wilson y no veo cómo puede hablar mal de él una persona con quien nunca ha tenido contacto. Más bien, pienso que toda la historia es una invención, producto del rencor personal que alguien tiene contra el Cónsul, con la mira de instigar a mi esposo a que lo mate. Como mi esposo es colombiano, sería inmediatamente fusilado, por vía de reparación a la Gran Bretaña, y quedaría terminado el negocio satisfactoriamente para todos, menos para mi marido... y ciertamente tampoco para Mr. Wilson".

La señora se interrumpió, visiblemente impresionada por lo que ella misma estaba contando.

- "Pero su marido no hará eso...".

- "Usted sabe, señor Gallardo, cómo son los hombres en lo que se refiere a su honor, y más todavía los militares. ¡Se vuelven imbéciles y no entienden nada!"

Y luego, tomándolo del brazo y dejando salir toda su angustia por ese bellissimo ojo morisco, agregó en tono de súplica:

- "Prométame que me ayudará, Hércules, prométame que hablará con mi marido y lo convencerá de que no haga una locura".

Gallardo sintió que un ángel maravilloso le cogía el brazo con una mano suavísima y lo llevaba hasta la cúpula de la iglesia, para unirse a un coro de querubines.

\* \* \*

LEGACION DE SU MAJESTAD BRITANICA

Lima, Setiembre 30 de 1841

Al Sr. D. Agustín Charún, nuevo Ministro peruano de Gobierno y Relaciones Exteriores.

*El infrascripto, Encargado de Negocios de S.M.B. tiene el honor de acusar recibo de la nota de D. Manuel Pérez de Tudela, ex-Ministro peruano de Relaciones Exteriores transcribiéndole para su conocimiento la comunicación de la Corte Suprema que insiste en que se ponga a Correa a disposición de ese Tribunal.*

*Debo decirle, Señor, que no lo haré. Entre otras razones, porque no confío en la justicia de su país ya que he comprobado su ineficiencia y su parcialidad. He ofrecido protección a ese hombre y no puedo dejar de honrar mi palabra de **gentleman** británico y de representante diplomático de Su Majestad.*

*No me pida, señor Ministro, que haga lo que mi consciencia y mi conocimiento de este país me dicen que no debo hacer. No podrá obscurecerse al señor Ministro que ningún resultado útil o práctico se derivaría de ello.*

*Por otra parte, debo protestar contra el artificioso sistema adoptado por el Gobierno peruano con respecto del intento de asesinato contra mi persona, utilizando los diarios para extraviar la mente pública sobre el verdadero carácter de aquel crimen.*

*Quiero decirle también que repugna a mi espíritu británico el hecho de que los expedientes judiciales no sean llevados con la precisión y minuciosidad propias de la diligencia. Por eso, para colaborar con la justicia de su país, me permito hacerle notar con relación a las piezas del proceso que ha tenido a bien transcribirme que el Señor Correa no se llama "José Manuel" sino "Juan Manuel", que mi nombre no es Bedford sino Belford y que no soy representante sólo de Inglaterra sino de toda Gran Bretaña.*



*El infrascripto aprovecha de esta oportunidad para renovar al Ministro de Relaciones Exteriores -y, en su persona, a este grato país sudamericano- la seguridad de su alto respeto y distinguida consideración.*

*BELFORD HINTON WILSON*

*Cónsul*

*Encargado de los Negocios de Su Majestad Británica*

El Cónsul cerró el sobre y anotó la dirección con letra firme y sencilla, propia de los papeles de negocio, que apenas permitía fantasear con algunos trazos opulentos aquí y allá, curvados por la vanidad reprimida. "Charún...", pensó mientras escribía, "otro Ministro más. Primero fue Ferreyros, después Pérez de Tudela, ahora Charún. Estos países adolescentes cambian de Gobiernos como los disipados jóvenes de hoy cambian de novias..."

Y querían que entregara a Correa, se dijo. ¡Los muy traidores! ¿Acaso habían creído que no era un hombre de palabra? Además, sabía muy bien lo que le pasaría al colombiano. Nada bueno se podía esperar ni de la policía ni del Poder Judicial de este país. ¿No había apresado el Intendente a Enrique Nelson, compatriota y dilecto amigo, y lo había puesto bajo tormento para que confesara un robo que nunca cometió?. "A Juan Lewis lo arrestaron también por la misma absurda razón y, cuando finalmente quedó demostrado que era inocente y lo pusieron en libertad, el Ministro Ferreyros se limitó a decirme que me diera por satisfecho con la sentencia que lo absolvía de todo cargo y que todo quedara olvidado. Esta gente no es de confiar, a ningún nivel". Todavía se acordaba de la indignación del Capitán Mason, de la Marina Real, cuando fue robado en el Callao y días más tarde, en una recepción oficial, encontró que el reloj que le habían quitado los ladrones estaba siendo usado por la esposa del Ministro de Estado, Mariano de Sierra.

No, no entregaría a Correa. "¡Y que no me vengan a decir que necesitan su testimonio para adelantar el proceso! Si en el Perú los procesos no adelantan nunca... Los magistrados peruanos se creen unos pavos reales, pero son tan torpes como poltrones", casi gritó a *Mrs. Graham*, quien intentando vanamente hacerle pensar en cosas más agradables seguía mostrándole con picardía el delicado piecesillo que se escapaba por los

pliegues del vestido. Hacía ya meses que se había ordenado abrir instrucción contra el Coronel *Iguain* debido a la publicación de un artículo difamatorio contra su persona; debía estar ya detenido y en proceso. Sin embargo, ¿qué había sucedido? De pronto el Juez de la causa decidió enfermarse y luego le pareció más conveniente renunciar a su cargo. Mientras tanto, el Coronel *Iguain* seguía paseando su altanería por las calles de Lima, en pleno goce de sus empleos y de la tolerancia y el favor del Gobierno.

El Cónsul estaba iracundo y, bajo su mata de pelo rojo, parecía una antorcha encendida. La señora *Graham* lo miró con preocupación y *Wilson* casi pudo jurar que había oído un ladrido del perro de *Constable*.

\* \* \*

- "Señor", anunció el ujier, "D. Agustín Charún, Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, ha llegado".

- "Hágalo pasar de inmediato", ordenó el Dr. Francisco Javier Mariátegui, Vocal de la Corte Suprema encargado del sumario del caso del Cónsul *Wilson*, colocándose su chaqueta y alisándose el pantalón para disimular las arrugas.

*Charún* era un hombre que andaba sin rodeos. Luego de los saludos de cortesía, abordó de frente el motivo de su visita:

- "Le he pasado esa nota, Su Excelencia, debido a que, si fuera cierto lo que aduce el Cónsul, implicaría una violación del derecho internacional y, conforme a la atribución 31 del artículo 118 de la Constitución, le corresponde directamente a la Corte Suprema conocer este tipo de asuntos". Hizo una breve pausa y agregó: "Pero evidentemente, Señor, el Gobierno no quiere hacer escándalos que pudieran afectar su credibilidad. Por eso, salvo que se tratara de un hecho absolutamente probado, pienso que debe desestimarse. No quiero influir en lo más mínimo en su decisión. Pero, entre peruanos, todos sabemos cómo son los ingleses: todo lo ven negro o blanco y no comprenden que la vida es como un aguafuerte, donde predominan los grises, las tramas delicadas, los trazos finos".

El Vocal Mariátegui lo observaba en silencio, atusándose el bigote.



- "Este descomedido Cónsul ha ido muy lejos", seguía Charún. "Imagine usted; acusar tan irresponsablemente al benemérito General La Fuente, Presidente del Consejo de Ministros, es casi una procacidad".

- "No se preocupe, señor Ministro", repuso el Vocal Supremo, "que la justicia es ciega pero no tonta. Los intereses de la Patria serán debidamente cautelados. Por otra parte, ese Mr. Wilson no está colaborando con la investigación. Le he ordenado que ponga a mi disposición a esa 'persona de categoría y allegada al Gobierno' que dice que hizo contacto con la esposa del Coronel Ponce y que dio lugar a la reunión con ese joven periodista de *El Comercio*, pero se ha negado. Alega que no puede hacer correr a sus informantes peligro alguno... ¡como si la justicia peruana fuera un peligro para alguien!"

- "La situación es aún más grave, mi querido doctor Mariátegui", continuó Charún, esta vez con un tono menos formal al comprobar la amable recepción de que había sido objeto su preocupación. "La última nota que he recibido del Cónsul me informa que ha asilado al tal Correa en un buque de guerra de Su Majestad Británica llamado **Presidenta** y que, aunque la Suprema le proporcione garantías, jamás podrá vencer las aprehensiones que abriga Correa de que pudieran asesinarlo a causa de la animosidad que piensa que existe contra él en personas influyentes y poderosas, aparentemente complicadas en el negocio del cual es testigo. Por eso, dice el Cónsul que ha dado más bien instrucciones al Capitán Broughton, Comandante de dicha nave, para que proporcione las facilidades a fin de que la declaración del testigo sea prestada el barco..."

El tiro bien dirigido, dio perfectamente en el blanco del orgullo supremo:

- "¡Eso, de ninguna manera! Sería una ofensa contra la majestad de esta Corte. ¿Cree este señor, acaso, que yo me voy a movilizar como si fuera un vulgar Juez (o Cónsul) para tomar la declaración en un buque y todavía extranjero?"

\* \* \*

Hércules Gallardo entró con paso seguro (¿cómo podía ser de otra manera) en la oficina de D. Manuel Amunátegui, Director del diario *El Comercio* y jefe suyo.

- "Señor", le dijo sin mayor protocolo, "quiero informarlo de los adelantos que he realizado en la investigación que tuvo a bien encomendarme, los cuales -como usted indudablemente apreciará- son fruto del ingenio y la perspicacia".

Amunátegui, acostumbrado al estilo de los periodistas jóvenes, ni siquiera pestañeó.

- "Tuve una reunión con el susodicho Cónsul: no es un imbécil, pero es impulsivo, irascible; no parece haber recibido los beneficios de esa civilización de la cual Inglaterra se siente misionera. No discute, no reflexiona; se encoleriza, injuria, apela a los medios de intimidación y trata de hacer pasar sus palabras por evidencias mediante el singular recurso de levantar el tono de voz. Es evidente su encono apasionado contra La Fuente y la pobre opinión que tiene de los peruanos. Está también muy rabioso contra usted por publicar los comunicados de La Fuente y del Gobierno sobre este asunto, que considera ofensivos a su persona, y algunas opiniones de su Dirección en contra de su posición: sostiene que usted lo hace por el temor de perder todas las suscripciones oficiales".

Gallardo carraspeó a fin de dar un mayor lustre a sus frases apodícticas.

- "Por otra parte, hace unos días, el señor Felipe Santiago del Solar le contó al Cónsul una historia truculenta, quien me la ha transmitido, la que ha servido a Wilson de apoyo para insistir en su tesis sobre la conspiración contra su persona. Solar le dijo haberle oído contar a D. Manuel Antonio Flores que, hacia las once de la noche del 29 del próximo pasado, mientras paseaba delante de la Legación de Su Majestad Británica, como lo suele hacer, arrebozado en su capa y seguido de un sirviente, fue atacado por desconocidos. En medio de la oscuridad, oyó a alguien que gritaba "¡Maten a ese gringo!". Inmediatamente, desde la acera opuesta cruzó sobre él un facineroso y le dirigió un furioso golpe a la cabeza con un palo (¿o quizá sería un sable?). El sirviente se adelantó y fue bastante feliz para salvarle la vida, cubriéndole la cabeza con un bastón sobre el que cayó el golpe con

tal fuerza que lo partió en dos pedazos. Como Flores gritó a los malandrines, el que dirigía el ataque se dio cuenta por el acento de que no era el Cónsul. De inmediato dio orden de retirarse y, al pasar a su lado en su carrera, le dijo: "Disculpe usted, señor Flores, que el golpe no debía haberse dirigido contra usted".

Recién en este punto, Gallardo pareció dudar ligeramente antes de proseguir con la parte más comprometedoras del cuento:

- "Flores habría dicho que el asesino corrió a esconderse en casa de usted, Don Manuel, en la calle de la Rifa; por lo que le atribuye responsabilidad en esto, en tanto que amigo del General La Fuente".

Amunátegui no se inmutó, pero miró fijamente al joven esperando la continuación.

- "Verá usted. Como la acusación es muy grave y tocaba directamente a mi jefe, decidí hablar con del Solar. No me pareció una persona consistente, pero ello nos ayuda. Ha modificado su declaración, después de haberle hecho yo algunas reflexiones, y ahora se limita a decir que todo lo que oyó es que Flores fue atacado cerca de la casa del señor Wilson por un hombre escondido en el hueco de la puerta de la casa del señor Juan José Sarratea (a quien el Cónsul ni siquiera me lo había mencionado para centrar malintencionadamente la atención sólo en usted) y otro que salió del hueco de la puerta de la casa suya de la Rifa; sin que de este hecho casual pueda hacerse inferencia alguna".

Gallardo esperó unos segundos la aprobación de su jefe, que no llegó.

- "El Cónsul se ha aprovechado extraordinariamente de esta historia y la está haciendo circular por todo Lima. No hay salón en el que no se hable del atentado contra Flores. Pero para dejar todo claro, hablé también con el señor Flores. Es un caballero muy correcto y, aunque insistía en que lo atacó alguien que había salido de casa de usted, estaba indignado por el hecho de que lo hubieran utilizado para crear un escándalo. Me dijo que Wilson debió haberse buscado otro pájaro de la calaña de Correa y no tratar de involucrarlo a él que es un señor conocido. En realidad, señor, es un hombre digno pero no muy inteligente y menos todavía una persona de

opiniones firmes. Después de una breve conversación y algunas incisivas preguntas de mi parte, no pudo soportar mi poderosa dialéctica: comenzó a sentirse perdido, se dio cuenta de la grave responsabilidad en que incurría con tan poco mesuradas declaraciones y de las consecuencias que tenía involucrar a personas de tanto renombre. Entonces me aseguró que toda la historia había sido una broma para darle un susto a ese gringo de Wilson y que pensaba que el tonto de Wilson lo debía haber comprendido".

Amunátegui hizo un comentario penetrante como un estilete:

- "En verdad, ¿quién habría seriamente de buscar al Cónsul a esa hora de la noche en la puerta de su Legación? Si todo el mundo sabe que esa no es su habitación y que, para no gastar, lleva una vida nómada viviendo siempre de huésped en la casa de algún comerciante, hoy donde uno, mañana donde otro...".

- "En todo caso", dijo Gallardo no pudiendo ocultar la satisfacción ante sus propios logros, "he obtenido del señor Flores una carta a *El Comercio* aclarando lo que efectivamente vio y dijo, que puede ser publicada en nuestra edición de mañana, si a usted le parece bien".

- "Y este gringo estúpido piensa que mi opinión puede depender de unas cuantas suscripciones...", masculló el Editor. "Aparte que de esas cincuenta suscripciones del Gobierno, no vemos ni medio de sus arcas ni la cara de sus monedas sino la de los tres porteros del Ministerio de Hacienda que no nos dejan entrar cada vez que enviamos a cobrar lo adeudado".

\* \* \*

El escote de la señora *Graham* seguía ofreciendo con provocación sus blancos pechos y los bueyes de Constable continuaban tirando de la carreta, sobre una chimenea limpia que nunca había conocido el fuego.

El Cónsul, honorablemente hundido en su sillón de cuero negro, apretaba el tabaco de su pipa mientras esperaba la explicación de todos los misterios que le había ofrecido el joven periodista. Hércules Gallardo se puso de pie frente a él, colocó los pulgares en los extremos de su chaleco como si quisiera aparecer con el pecho aún más henchido de lo que ya estaba

y, llenando la soledad de la habitación con un imaginario público que esperaba expectante sus brillantes razonamientos, comenzó con una frase en francés, como corresponde a un detective inteligente:

- "**Eh bien, Monsieur Wilson**", dijo no sin manifiesta satisfacción en la voz, "llegó la hora de poner las cosas en claro".

Wilson encendió su pipa y lanzó una bocanada de humo con desdén.

- "Ante todo, para comprender una situación hay que colocarla en contexto: vos odiabais al General La Fuente porque era enemigo declarado de la Confederación Perú-Boliviana; en cambio, vos, aunque no sois peruano ni boliviano y, por consiguiente, no debierais inmiscuirnos en nuestros asuntos internos, sois un partidario declarado de esa unión antipatriótica. No lo podéis negar. Muchas personas me han dado testimonio de esta impertinente actitud vuestra. No, no me digáis que no, señor Cónsul, porque hasta tengo pruebas escritas de vuestra insidia: he revisado en el Ministerio de Relaciones Exteriores las notas que cursáis a nuestro Gobierno y es manifiesto que cuando os referís al proscrito General Andrés de Santa Cruz lo tratáis de Excelencia; en cambio, cuando habláis de nuestro actual Jefe de Estado os limitáis a decir simplemente don Manuel Menéndez".

Gallardo, pañuelo de seda en mano, se paseaba de un lado a otro de la habitación, como si estuviera en un escenario frente a espectadores que esperaban en suspenso cada perspicaz palabra que salía de su boca.

- "Resulta, Señor, que, de acuerdo a vuestras propias declaraciones, tenáis antecedentes de un supuesto proyecto de asesinato contra vuestra persona desde el principio de Junio, ya que asegurasteis a varios individuos públicamente que vuestra vida estaba amenazada por la animosidad de un alto miembro del Gobierno. Sin embargo, no presentasteis ningún reclamo oficial y sólo después de casi dos meses que desplegabais ese infundio por la ciudad, fue el Gobierno peruano, enterado de estas aventuradas afirmaciones, quien se vio obligado a emplazaros a que precisarais un hecho tan grave".

- "¿Por qué no presentasteis oficialmente queja alguna?", preguntó el aprendiz de detective, sin ninguna intención de recibir una respuesta.

"Porque no tenáis prueba alguna y todo no era sino un invento de vuestra mente para perjudicar al General La Fuente".

- "Ni siquiera ante la exigencia del Gobierno hicisteis una acusación formal: os limitasteis a tratar de probar vuestra descabellada afirmación acompañando una carta anónima de un fraile y una declaración de un vendedor callejero de géneros".

Wilson lo miraba desde atrás de una cortina de humo cuidadosamente extendida, haciendo gala de una flema británica que no solía lucir de ordinario.

- "El Gobierno peruano colocó el asunto, por su propia iniciativa, en manos de la Corte Suprema. Sin embargo, con el pretexto de proteger la vida del testigo, nunca lo pusisteis a disposición de la justicia: la única declaración que tenemos de ese hombre fue prestada en la Legación inglesa, ante el Vice-Cónsul y tres ingleses; y para garantizar la buena índole y conducta del tal Correa, ofrecisteis el testimonio de D. Juan Aranda, que no por coincidencia es portero del Consulado británico".

- "He mencionado que importantes personas de la sociedad limeña han corroborado la existencia de una conspiración contra mi persona...", protestó Mr. Wilson.

- "Sí, pero nunca quisisteis tampoco revelar la identidad del caballero intachable que tiene un puesto en el Gobierno peruano y que sugirió que el General La Fuente quería veros muerto. Con el respeto que usted me merece, permítame decirle que, en mi opinión, tal caballero no existe".

Las bocanadas del humo de la pipa no podían ocultar ya la rubicundez de las mejillas del Cónsul.

- "Permitidme, Señor, toda la franqueza que demanda un asunto de esta clase. Aún admitiendo la ofensiva proposición de que la vida de los testigos corriera riesgos en el Perú en casos semejantes al actual, cuando vos pedíais protección para el presunto testigo, ¿no estaba acaso Correa ya asilado en un buque surto en la rada del Callao? He verificado las fechas, señor, y no me cabe la menor duda de lo que digo".

Con un gesto de la mano, Gallardo detuvo el intento del Cónsul de defenderse.

- "¿En qué consistía, pues, vuestro plan ya que es claro ahora que no era la seguridad de Correa lo que os impedía empezar vuestra acusación? Si atendemos a los antecedentes y a la marcha que habéis seguido constantemente hasta aquí, señor, me inclino" -"respetuosamente", agregó Gallardo en tono sardónico haciendo una reverencia burlona- "a creer que aguardabais la llegada de la nave británica de guerra **Presidenta** que os habíais cuidado de anunciar misteriosamente, sin decir que venía porque la habíais pedido. Además, difundisteis la idea de que esa nave tenía artillería suficiente para incendiar con facilidad la hacienda del Presidente del Gobierno situada a las orillas del mar, después de haber hecho entender, en junta pública, a los comerciantes británicos residentes en Lima que sus intereses podían correr algún riesgo, pues estaba empeñado el honor de la Gran Bretaña. Debéis aceptar, señor, que todo esto es pueril y ridículo".

Gallardo tomó aire para continuar con mayores bríos, y prosiguió:

- "Os hacíais la ilusión de que, preparadas así las cosas, el Gobierno temblaría ante el fantasma de asesinato proyectado contra vuestra persona, que le ibais a presentar; y que no le quedaría más remedio que daros amplias satisfacciones por los agravios de la prensa de que os habéis quejado. Este ha sido el nudo de la tragedia romántica que habéis inventado, sin tener la capacidad literaria de desarrollar un desenlace cualquiera: nadie, ni vos mismo, pensabais a dónde llegarían vuestras maquinaciones".

El Cónsul había ya abandonado toda pretensión de replicar, ante la apabullante argumentación del periodista.

- "Suponíais que el General La Fuente tenía el poder necesario para detener las publicaciones del Coronel Iguain. Pero, viendo que no se prestaba a vuestras insinuaciones, tratasteis de convertirlo en el protagonista de vuestra obra; y mi diario, que no tenía otro crimen que el hecho de que en su imprenta se publicara el **Rebenque**, fue incorporado por vos a la escena que habíais creado".

La señora *Graham* había tomado una expresión de incomodidad y desconcierto, mientras que el perro de Constable estaba paralizado.

- "Pero, si como diplomático sois novedoso (para decirlo elegantemente)", proseguía el joven de manera implacable, "como novelista no pasareis a la fama. En la invención de toda esta historia, habéis demostrado poca destreza: no habéis avanzado sino para retroceder, no habéis afirmado más que para sufrir las pruebas evidentes de vuestras equivocaciones, habéis creado un suspenso que después no habéis sabido manejar y que ha terminado con la muerte diplomática del propio autor".

Gallardo continuaba paseándose delante de la chimenea, adoptando los aires de un impertinente estudiante que se gradúa de abogado ante un jurado al que no considera a la altura de su inteligencia. Mr. Wilson, cada vez más hundido en su sillón, volteaba la cabeza de un lado y otro para seguir los movimientos del joven Gallardo como si estuviera presenciando un partido de tennis.

- "Tuvisteis poca previsión al no pensar que en cierto momento iba a ser necesario probar vuestras afirmaciones: imaginasteis a vuestros personajes y los invalidasteis antes de que cumplieran su papel. Si no queráis presentar a Correa ante los tribunales, ¿para qué os apoyasteis en su declaración? Y llegasteis al extremo de pretender corroborar su idoneidad con la declaración de vuestro portero. ¿No conocéis, señor, el gran peso del ridículo? Es triste que el Honorable Cónsul de Su Majestad Británica no haya sido capaz de crear siquiera una trama coherente, cayendo en el mal gusto de hacer tanto esfuerzo para lograr sólo una despreciable farsa".

\* \* \*

Hércules Gallardo, sintiéndose en el pináculo de su gloria, regresaba a su casa por la calle de Gallos. Llevaba el pañuelo perfumado en la mano, sobre la nariz, para no sentir las pestilencias de la vía pública, y agitaba su bastón nacarado con una cierta concupiscencia. La noche estaba oscura y algunos faroles del alumbrado público no habían sido encendidos: alentaría desde el diario una campaña pública contra el Municipio.

En la esquina de la Pelota, una sombra se separó del vano de un portón colonial y le salió repentinamente al paso. Una persona embozada, de aspecto siniestro, se puso en su camino. Gallardo dio instintivamente un salto atrás y levantó su bastón, al mismo tiempo que con ojos aterrorizados

miraba hacia dónde podía correr. Pero casi instantáneamente advirtió que no era una capa sino una capucha de monje lo que cubría parcialmente el rostro del extraño:

- "¿No me reconoces, hijo?", le preguntó una voz tranquilizadamente clerical.

- "Padre, ¿qué hace usted andando por las calles que, a estas horas de la noche, no son de Dios sino del diablo?"

- "Vengo de asistir a un moribundo, hijo mío", contestó el fraile Arias.

- "Este encuentro es una verdadera coincidencia, porque yo vengo precisamente de aclarar el misterio del Cónsul inglés, en el que usted tuvo una participación relevante".

- "Vaya, hijo mío, me interesan mucho las conclusiones a las que has llegado con esas dotes intelectuales que Dios te ha dado. Ilumíname los hechos de este extraño caso".

Vencido el miedo ya que no se trataba de ningún maleante, la vanidad pasó nuevamente a ser la gufa de su conducta. A la luz mortecina del gas, contó con lujo de detalles al fraile lo que había descubierto, sin escatimar detalle. Miraba fijamente el rostro del sacerdote para encontrar una señal de aprobación que halagara la imagen que tenía de sí mismo. Pero bajo esas cejas pobladas y entre tantas arrugas -¿quizá, también, alguna extraña cicatriz?- Hércules Gallardo sólo se enfrentaba a una cara curtida y enigmática.

- "La verdad es que, ahora que le cuento a usted todo esto, me surgen algunas preguntas adicionales. Mire cómo son las cosas. Hablar es una manera de pensar. Ayuda mucho, ¿no es cierto? Uno está obligado a poner todo en orden. Y entonces aparecen los huecos...".

El fraile no respondió.

- "Por ejemplo, no entiendo bien por qué usted tuvo que revelar a su confesante. De un lado, había ya la carta anónima. De otro lado, si usted quería darle más fuerza, pudo haberse presentado solo ante el Cónsul y

decirle que la había escrito, sin tener que hacer algo religiosamente tan grave como obligar al penitente a que revele su confesión. Ahí hay algo que no me cuadra del todo..."

- "¿Y qué más?"

- "Pues que al profundizar en el problema ya no entiendo la intervención de Correa ni la de usted, Padre. Porque si todo fue una invención de Wilson para amedrentar al Gobierno, el tal Correa no debió ser sino una persona pagada por el Cónsul. Pero, ¿qué hacía usted, Padre, en todo este asunto?"

- "¿Y qué más?", insistió el Padre Arias, en tono de escuchar una confesión.

- "Y yo había llegado a la conclusión de que ese caballero intachable, cercano al Gobierno, que según Wilson le había advertido del complot contra su persona, no existía sino en la imaginación del Cónsul... Pero ahora me pregunto: ¿quién hizo entonces el contacto con la señora de Ponce y arregló mi entrevista con ella? Estoy temiendo haberme equivocado. ¿Quizá el idiota soy yo y no el Cónsul!"

El fraile se había acercado a Gallardo hasta ponerse a distancias íntimas. Hércules lo miró con aire perdido; sus convicciones vacilaban, el mundo entero perdía su sostén.

- "Bueno, ahora que recuerdo, la verdad es que no le di mucha importancia, pero cuando fui al Convento de la Merced para hablar con usted, me dijeron que no había ningún Padre llamado Arias..."

El fraile había estado jugueteando hasta entonces con el Crucifijo colgado de su cordón blanco. De pronto, con gesto ágil y mano segura, el monje tomó a Cristo por su parte superior y arrancó de un cuajo la cabeza de Jesús que se convirtió en un filudo puñal, amorosamente conservado dentro del cuerpo del Salvador. Sin ninguna vacilación, como un matarife profesional, el fraile asestó el golpe fatal: Hércules Gallardo se desplomó a sus pies, mortalmente herido por el cuchillo traidor. El supuesto fraile limpió con minuciosidad la hoja asesina en el atildado ropaje del periodista y la



guardó nuevamente dentro del Crucifijo. Unos minutos más tarde, la sotana desaparecía en la oscuridad de la noche.

\* \* \*

Después de haber matado inescrupulosamente a Hércules Gallardo, el Cónsul cerró su cuaderno de notas con satisfacción.

Arropado con su manta de vicuña en ese **deckchair** de la fragata francesa **Adonis** donde se había refugiado, contempló a lo lejos, en medio de la bruma matinal, la silueta imprecisa del puerto. La mañana de invierno envolvía al Callao, convirtiendo el paisaje marino en un grabado incoloro. Las nubes grises, el mar gris, grises las velas, gris la árida costa. A través de la fina cortina de garúa, apenas si se podía distinguir aquí el casco de una nave, allí al frente, en tierra, el castillo del Real Felipe, una construcción severa con torres redondas y almenas en las que el viento hablaba con voz antigua de piratas y combates, cuatro casuchas, un muelle destaralado, hombrecillos que corrían en fila india, como hormigas, con sacos a cuestras destinados a algún puerto remoto. Detrás del barco anclado, surgiendo de las profundidades marinas, estaba esa montaña lóbrega que llamaban la Isla del Muerto, que semejava un ciclópeo cadáver tendido en un lecho de arena, esperando vanamente sepultura desde el comienzo de los tiempos.

La fragata estaba pronta para hacerse a la mar. El Capitán, un francés que odiaba a los ingleses pero que no había podido rechazar el pedido de asilo político del representante de Su Majestad Británica, daba órdenes desde el puente. Los hombres de mar trepaban afanosamente por los mástiles, izaban las velas, se encaramaban por las jarcias como si una población de monos se hubiera apoderado de la nave.

- "¡Leven anclas!", gritó el Capitán. "¡Leven anclas!", coreó el contra-maestre. Varios marineros comenzaron a dar vuelta al cabrestante, que, penosamente, crujiendo a cada esfuerzo, arrancaba el ancla de esos fondos ignotos en los que se había prendido como un cangrejo terco. Las velas se hincharon como si de golpe hubieran quedado encintas por el empuje viril del viento sur. La proa inició su testaruda apertura de un camino que inmediatamente se cerraba detrás de la grácil embarcación, sin dejar huella de su paso.

- "En todo caso, ese impertinente de Prometeo, Hércules o como se llame **-what the hell...?** - ya no me molestará más, se dijo Wilson. Desde ese malhadado momento en que tuvo que soportar su presuntuosa (pero bien construida) teoría, había decidido que se vengaría de ese jovencuelo. ¡El muy atrevido!, siendo un simple periodista de un país al sur del ecuador, había tenido la falta de respeto de dejar mal parado a un representante diplomático de Su Majestad Británica, es decir, a él mismo. Después de crear en su imaginación varias posibilidades, llegó a la conclusión de que había que golpearlo en su vanidad. Tenía que plantear las cosas de manera que se pudiera comprender que, mientras el periodista se creía muy inteligente, no había sido en realidad sino el instrumento ciego y estúpido de intereses superiores y malévolos. Quizá hasta escribiría que finalmente lo mataron; y que lo mataron por tonto, por no creer a tiempo en la historia del Cónsul. "¡La muerte! ¿Por qué no?", había pensado entonces, con un cierto sadismo. Por ejemplo, una muerte de manos de un falso cura sería literariamente perfecta en un país de campanarios.

Y es así como había escrito con fruición uno de los últimos capítulos de la novela que venía preparando para publicar a su regreso a Europa, sobre las experiencias de una misión diplomática británica en un exótico país sudamericano. ¡Qué satisfacción había tenido al narrar la manera como el joven periodista había de pronto comprendido que era un imbécil, que otros más inteligentes que él se habían aprovechado de su vanidad! **Swollen head!** Primero la duda, después el desmoronamiento de su propia imagen, inmediatamente el desaliento, casi la desesperación; el bastón y los guantes se le habían caído de las manos, como inútiles símbolos de un Hércules Gallardo que acababa de desaparecer. Para terminar, la puñalada del falso cura. ¡Ah, qué placer embriagador había sentido al describir la forma como el mercedario extrajo la daga del Crucifijo y la clavó en el pecho de ese **blasted young man**, golpeando una vez más para asegurarse de que el encargo criminal que le habían hecho quedaba definitivamente cumplido!. ¡Qué fruición pensar en que ese pañuelo de seda impregnado de perfume fuerte que el periodista había agitado cortesanamente por sus narices mientras lo injuriaba con su malévola pero verosímil versión de los hechos, se manchaba ahora con la sangre expiadora de sus ultrajes!

Wilson sintió la embriaguez de la creación, el vértigo de la libertad. Dentro de su novela, podía hacer lo que quisiera con sus personajes, podía

destruirlos o enaltecerlos, podía hacer que fueran amados u odiados, podía hacer que amaran o que odiaran. La pluma le otorgaba un poder mayor que el de cualquier gobernante, lo hacía señor de vidas y honras. ¡Pero qué pequeña era la comparación con los gobernantes de los Estados terrenales! Ni aun Su Majestad Británica tenía la posibilidad de modificar el mundo como ahora él lo hacía. En un éxtasis luciferino, se dijo que el escritor era tan poderoso como Dios: sintió la satisfacción divina de recrear la historia y los hombres, de hacer buenos a los malos y malos a los buenos, incluso de hacer todo eso sin ninguna intención, al azar, como sólo Dios puede hacerlo, libre incluso de la obligación de tener un propósito.

\* \* \*

Las luces huidizas de las velas de la gran lámpara que adornaba la sala de los Gutiérrez de la Fuente, bailaban al compás de las risotadas de los compañeros de armas. En los grandes espejos con marcos dorados se reflejaban cuatro alegres rostros enrojecidos por el alcohol, alternando con las figuras sombrías de los antepasados en hábito de Calatrava que miraban impertérritos la escena desde sus lienzos.

- "Todo ha sido jecho como usted ordenó", decía Pabón a la Fuente, con un fuerte sabor de vulgaridad.

- "Yo me he divertido mucho", dijo Iguain con una risotada.

- "Bueno, nadie duda de que este Cónsul era un indeseable y un enemigo del Perú. Por consiguiente, lo hecho, hecho está por la patria", repuso La Fuente.

Una vez más, llenaron las copas con ese pisco que calentaba las posaderas y confundía las mentes.

- "Está realmente muy güeno, General", dijo Ponce, con tono obsecuente.

- "Ha llegado recién ayer de Ica y es todo para ustedes... si aguantan su fuerza".

Los tres militares invitados protestaron contra esta duda, recordando que en sus innumerables (y heroicas) campañas habían bebido alcoholes más crueles que ese. La elegante señora de cara severa, enmarcada dentro de una gola de encaje que más parecía collar de espinas y vestida con un hábito tieso, los miraba con reprobación desde la pared. En cambio, el teniente de fragata de la Real Armada, con la carta a su madre la Condesa en la mano, parecía compartir la fiesta, rememorando con regocijo sus tiempos de mar y de juerga.

- "¿Han visto el comunicado del Gobierno en el diario de hoy?", preguntó el Coronel Iguain, "Se acusa a Wilson de desatender su obligación de cultivar las relaciones amigables entre los dos Gobiernos y de injuriar indignamente al Perú al trasladarse a la nave francesa de modo violento, inesperado y casi furtivo, pretextando que no tenía garantías en Lima".

- "Pero todo el mundo en Lima sabe que se trata de una fuga pues el Cónsul había quedado en el peor de los ridículos, después de la demostración del inteligente periodista Hércules Gallardo", comentó Pabón.

- "Bueno, todo resultó como lo habíamos planeado y Wilson ha salido huyendo para su tierra. Es increíble que sin mover un dedo ni realizar violencia alguna, sólo distribuyendo los rumores adecuados, haya sido posible lograr el fin que perseguíamos: nos sacamos al Cónsul del camino. Hemos cometido un homicidio diplomático...", rió Ponce.

- "Es la fuerza del espíritu", argumentó un poco pedantemente La Fuente. "A veces actúa a través de los tontos y otras a través de los que se creen inteligentes como Gallardo".

- "Trabajo fino", dijo con aire alcohólicamente docto Pabón. "Todos hemos conseguido lo que queríamos: Wilson desapareció de escena en medio de la vergüenza, la imagen del General La Fuente ya no tiene riesgo de mancha alguna y hasta el pobre diablo de Correa, que tanto costó convencerlo para que hiciera toda la comedia, ahora está camino a Dios sabe dónde, con 300 pesos en el bolsillo. El falso cura también ha recibido su paga...".



- "¡Y el susto que le dimos al viejo Flores! Después de ésta, me apunto en un grupo de teatro", dijo Ponce colocando entre pecho y espalda todo el contenido de su pequeño vaso de pisco.

- "La que estuvo magnífica en su papel, es la actriz que contratamos para que hiciera de mujer de Ponce...", dijo La Fuente.

- "Mi mujer había aceptado ir a la iglesia a entrevistarse con Gallardo...", dijo un poco rencoroso Ponce.

- "Sí, pero quizá Gallardo, con su suspicacia, no hubiera creído que era tu esposa. En cambio, esa mujer era una profesional: desempeñó el papel de señora de Ponce, mejor que la señora de Ponce misma. Ahora no te hagas el confundido nomás, pretendiendo afanarla con ese pretexto", comentó Pabón muerto de risa.

- "Señores", se impuso La Fuente con autoridad, "para terminar esta historia, debemos hacer un brindis por la Patria, que es la única que realmente ha salido ganadora".

Los cuatro militares, ebrios de intrigas y de pisco, se pusieron de pie, levantaron sus copas y, un poco vacilantes pero todavía dignos, dijeron a una sola voz:

- "¡Viva el Perú!"

**NICOLAS YEROVI**

Nicolás Yerovi (Lima, 1951) es un exitoso, prolífico y polifacético escritor. Heredero de la vena poética y humorística de su ilustre abuelo, Leonidas Yerovi, Nicolás cultiva la poesía, el teatro, el periodismo y ha incursionado en el trabajo creativo para agencias de publicidad. También está entre sus méritos el haber resucitado el título del semanario que editara su abuelo: *Monos y Monadas* (1978-1985). Este hebdomadario de humor político tuvo un resonante éxito y cumplió una función importantísima en un época en que existía una rígida censura a la prensa independiente. Allí, Nicolás logró nuclear a un notable grupo de creadores (Juan Acevedo, Rafael León y otros).

En este sorprendente y original relato, *El diario más original del mundo*, un periodista talentoso pero crédulo, Alejandro Dubois, narra, "bajo el seudónimo intranscendente de Nicolás Yerovi", la historia de la estafa de que fue víctima. El estafador es el empresario Barrabás Gordillo, "propietario de un gran consorcio editorial" y que, conocedor y admirador del talento periodístico de Dubois, le propone a éste "fundar un diario original, positivo" y encargarle la dirección. Para convencerlo le ofrece el "oro y el moro", incluso un viaje de vacaciones al extranjero con su esposa Estela, para que se reponga del cansancio de siglos que lo agobia.

Como Alejandro Dubois necesitaba salir de la precaria situación en que estaba, asociado a una empresa periodística que no cumplía con él, acepta la increíble oferta de Gordillo y luego de fatigantes preparativos, incluido el viaje de vacaciones, sale a circulación "el periódico más original del mundo" y alcanza un éxito de ventas. Sin embargo Gordillo aduce que las ventas no son buenas y anuncia la posibilidad de reducir el tiraje. El diario sale durante nueve días y al décimo es cerrado por el empresario con el pretexto de que el público no había respondido. Lo cierto era que Gordillo, valiéndose de la autorización para comprar papel "al precio de un dólar ficticio subvencionado por el Estado", no utilizó dicho papel para editar el diario, sino que lo vendió a veinte veces su valor e hizo un gran negocio.

## EL DIARIO MAS ORIGINAL DEL MUNDO \*

*Los hechos narrados a continuación efectivamente sucedieron. Sólo los nombres y las fechas han sido cambiados para proteger a los culpables. Al cabo, nada repele más a mi espíritu que ir en contra de una costumbre nacional tan conspicua y arraigada, como lo es la impunidad. Sea éste mi modesto tributo a tal tradición, pues un pueblo, sin ellas, no existe.*

Se sentía exhausto, molido y disgustado. Hasta cuándo tendría que tolerar todo eso, se preguntaba Alejandro en silencio mientras con el extremo de un lápiz, de manera impensada, golpeaba reiterada y levemente el escritorio. Eran las nueve de la noche. A esa hora debería estar con Estela navegando sobre el tibio piélago de un amor inmenso; yendo con ella hacia la fantástica penumbra de un cinema o sentado en la mesa de un chifa observando en sus ojos azules la luz del contento. Pero no. No podía. Tenía que cerrar la edición del próximo fin de semana.

Alejandro llevaba nueve años creando, escribiendo, dirigiendo ediciones semanales de aquella revista que el público esperaba para poder reír de todo lo que a diario le obligaba a reflexionar, con preocupación, acerca del incierto futuro. Sin embargo, los últimos diez meses habían sido excesivamente implacables. En malhadado momento se había asociado con la empresa periodística que editaba un diario para aparecer conjuntamente una vez cada siete días. El diario en referencia se obligaba a correr con los gastos de edición y a pagar los honorarios no sólo de Alejandro sino también de todos los redactores e ilustradores; pese a ello, jamás había cumplido

---

\* *Debate*. Vol. XVII, N° 81, Marzo-Abril de 1995.



con el acuerdo sin un retraso de por lo menos veinte días. Y a sus asociados les parecía lo más natural del mundo. Es más, pagaban los estipendios por partes y con la sonrisa compasiva de quien hace un favor infinito.

Alejandro contempló el gigantesco sótano que la empresa periodística les había asignado como oficina, la enorme mesa rústica sobre la cual se inclinaban los diseñadores y el diagramador, los tres escritorios desportillados y rengos, las pocas máquinas de escribir antediluvianas. "Qué hago yo acá -se dijo- en el mar de la precariedad y la miseria, con redactores impagos y lidiando en la administración por obtener unas cuantas hojas de papel carbón. Esto ya es una sobredosis de Perú".

Estela bajó las escaleras llevando en la mano unas cuartillas y él sintió que la estancia cobraba una nueva luz. "Te llaman por teléfono", le dijo. "¿Quién es?", preguntó Alejandro. "No sé -respondió ella- tú sabes que quien contesta nunca pide esa información".

Alejandro subió al tercer piso donde estaba el único aparato operativo. Una voz aguda y nasal le habló del otro lado de la línea. El hombre se identificó como el propietario de un gran consorcio editorial que deseaba felicitarle por el rotundo éxito de su revista. Deseaba pedirle una cita fuera de sus oficinas -¡qué oficinas!, pensó Alejandro- pues lo animaba el propósito de plantearle un proyecto periodístico de grandes dimensiones. Alejandro pensó que nada podría ser peor que lo presente y dijo estar dispuesto a conversar sobre el tema una semana después. Abominaba mostrarse ansioso, y prefería la tortura de una urgente curiosidad.

Barrabás Gordillo era un hombre con los modales de una abadesa flemática y con el vientre prominente de un cetáceo feliz y embarazado. Había en sus cuidadas y parsimoniosas maneras un nosequé de indescifrable, un aroma perceptible de secreto.

- Soy un antiguo admirador suyo, señor Dubois -dijo Gordillo.

- No se sienta mal, todos tenemos defectos -respondió Alejandro en tono ligero y de chanza.

- Desde hace muchos años tengo la idea de fundar un diario original, positivo, un diario que destaque todo lo bueno de la vida sin dejar de informar, por supuesto, sobre lo demás. Quiero proponerle la dirección del periódico. Usted tendrá absoluta libertad para concebirlo sin presiones políticas ni económicas. La idea es hacer un periodismo absolutamente objetivo que busque la concordia nacional. Sólo le pido que lo piense y me plantee sus condiciones, si le interesa mi ofrecimiento.

- Eso no parece un diario, parece una utopía -repuso Alejandro.

- De eso se trata, de convertir una utopía en realidad -sentenció Gordillo. Piénselo. La verdad es que yo no necesito emprender todo esto, con mil ediciones para escolares y maestros iletrados tengo más que suficiente; pero la idea me provoca ilusión. Usted tiene talento, yo tengo dinero: debemos asociarnos.

Anduvo toda una semana buscando el rincón de sí mismo donde se había escabullido la respuesta al inaudito ofrecimiento. Fue una pesquisa ardua y tesonera, llevada a efecto mientras Barrabás Gordillo le telefoneaba para invitarle a conocer sus monumentales rotativas, las sobrias pero confortables oficinas donde habría de operar la redacción, la sala de diseño, diagramación y montaje. Pondría a su disposición las computadoras que fueran necesarias; elegiría el mejor plantel periodístico que existiera en el país y todos trabajarían felices pues las suyas serían remuneraciones de ministro; tendría escolta armada para eludir los peligros de la importancia pública y un automóvil americano con chofer adiestrado para que no distrajera el oro de su tiempo en el laberinto de esas calles sin Dios y sin semáforo. De todo ello fue tomando cuenta Alejandro por boca de Gordillo a lo largo de un periplo hedonista que le condujo a través de los restaurantes más finos y los clubes más exclusivos, atendido por meseros y chambelanes de sonrisas lucientes, tan grandes como las propinas de pompa que Barrabás Gordillo ponía entre sus manos.

Finalmente, al cabo de seis días y cinco noches de inclemente y tortuosa vigilia, Alejandro halló la respuesta que buscaba dentro de sí en un sitio muy cercano al corazón:

- No. Todo esto parece tan bueno que no puede ser real. Además, me agobia tal cansancio de siglos, que me moriría de fatiga a la mitad del intento.

- Tómese una vacaciones -acometió Gordillo- un mes y medio, por ejemplo, a donde quiera, formaría parte del trato y usted volvería renovado.

Alejandro sintió la estocada y Gordillo hundió más el acero:

- Viaje con su esposa. Si han compartido el trabajo de todos estos años, debe estar tan exhausta como usted. Les haría mucho bien este descanso - agregó con un tono de voz humanitario.

A principios de mayo, mientras sobrevolaban el Atlántico rumbo a Barcelona, Estela descubrió a su marido enredado en el marasmo de sus abrumadoras suspicacias. Le dijo que las olvidara, que habituado como estaba a la procelosa aventura de sobrevivir en el Perú era comprensible que la buena fortuna le provocara sospechas, pero que esta vez parecía tan real que hasta podía contemplar desde la ventanilla del avión el transcurso de las nubes oceánicas. Alejandro concedió que podía tener razón. Recordó haber firmado con presteza la minuta de la nueva sociedad editorial, haber sido tratado con gentileza ilimitada en la agencia de viajes y en los consulados de aquellos países que debían extenderle una visa.

Luego de una gira fugaz por Estados Unidos para presumir de contactos profesionales en los principales diarios de Washington, Nueva York y Miami, Alejandro y Estela visitaron Madrid, París y Roma con idéntico propósito. En todas estas ciudades habían encontrado la misma mirada de consternación en sus interlocutores, apenas les enteraban de la naturaleza del proyecto: un diario feliz, donde la gracia y el ingenio prevalecieran por sobre la sordidez y el espanto. No lo decían, pero los creían locos, ilusos, marcianos.

Fueron las vacaciones más trabajosas de su vida.

En la aduana del aeropuerto Jorge Chávez, al promediar el mes de junio, causó desconcierto aquel equipaje compuesto por un centenar de diarios y revistas en diez idiomas y las selecciones de cintas musicales de tiempos pretéritos. El aduanero sonrió compasivamente después de reconocer al propietario de tales petacas.

- Alejandro Dubois -dijo. Usted siempre tan original. A quién se le ocurre.

Las semanas siguientes fueron siglos. Entrevistas para la televisión y la radio: Alejandro Dubois inaugura una nueva aventura periodística. Los diarios le dedicaban cautelosos comentarios. Entretanto, Alejandro pasaba la mayor parte del tiempo calificando diseños y bocetos; cautivando a sus compañeros más capaces de la escuela y la universidad para que le acompañaran en el proyecto más importante de su vida; seleccionando personalmente a los nuevos redactores y cronistas; organizando el trabajo del mismo equipo de ilustradores que venía trabajando con él desde hacía mucho; corrigiendo sin pausa las ediciones de fantasía que se imprimían para no llegar a nadie. Cientos de llamadas al extranjero y al interior del país fueron hechas para asegurar los vínculos de la corresponsalía; amigos tan antiguos como sus primeras palabras respondieron de inmediato a su descabellada convocatoria. El entusiasmo era apoteósico. Pronto, los medios masivos de información principiaron a emitir anuncios publicitarios donde la imagen y la voz del celebrado periodista invitaban al público a leer su ópera magna.

- El 1 de agosto debemos estar en las calles -le había dicho Gordillo-. Necesitamos empezar a recuperar la inversión que hasta el momento es enorme.

La madrugada del día previsto para la aparición del periódico la pasaron en vela al pie de las máquinas. Un rubor profundo afloró a sus carrillos apenas tuvo en sus manos la primera edición. Lo habían logrado: había nacido el periódico más original del mundo.

Esa noche, descoyuntado por el más descomunal de los esfuerzos, Alejandro durmió de manera tan profunda que pudo soñar todas sus vidas anteriores y se despertó a la luz del alba profiriendo gruñidos rupestres, alarmado. "No pasa nada", le tranquilizó Estela, con la voz de terciopelo que siempre le brotaba a la mitad de la noche.

Apremiado por la curiosidad, se vistió y salió tras las noticias de la acogida ciudadana. Hizo un recorrido por las principales agencias de distribución del periódico y comprobó que la edición había sido todo un éxito de ventas.

Esa misma mañana, mucho más jubiloso que cansado, Alejandro estaba en su despacho discerniendo los temas principales de la próxima edición, cuando recibió la visita de Barrabás Gordillo.

- Algo pasa -dijo Gordillo en tono preocupado-. Sólo se ha vendido la mitad de la edición, tenemos que reducir el tiraje.

En la mirada de Alejandro debió verse algo de la incredulidad que le asaltaba.

- Bueno, sólo es el comienzo, no hay que desanimarse -dijo Gordillo, tranquilizador.

Aquellos nueve días no lo visitó ningún mal sueño. Fueron jornadas infinitas llenando páginas de páginas, ideando titulares donde la picardía y el ingenio acudían sin pausa, destilando los errores de cada edición para evitarlos en la siguiente, contestando telefonemas y cartas de felicitación que un grueso número de notables locales le hacía llegar. Aunque entumido por el gasto dispendioso de energías, Alejandro continuaba siendo presa de una actividad descalabrante. Y cuando sentía la tentación de apoltronarse a suspirar, buscaba los ojos de Estela que le llamaban a la persistencia.

La mañana del décimo día y en camino a la redacción, Alejandro no vio su periódico en los quioscos ¿Se habría, esta vez, agotado? A las siete de la mañana parecía del todo improbable. Cuando el chofer detuvo el automóvil a la puerta del edificio de cinco pisos, observó a todos los periodistas en la calle y los negros candados de las rejas de acceso impidiendo férreamente el paso. Un hombre de seguridad le abrió una portezuela advirtiéndole que traspasara la puerta él solo. Sentía una batalla en el mismo centro del pecho.

- Lo siento, Alejandro -dijo Gordillo mirándole con firmeza y resolución-. El público nos ha dado la espalda. Yo no podía seguir perdiendo dinero. Hasta aquí llegamos.

El universo se desplomó sobre sus hombros. Quiso matar a Gordillo pero no tenía en la memoria un solo recuerdo que le indicara la manera de hacerlo.

- Pero si los propios canillitas me han dicho que la acogida es enorme.

- Yo creo en las cifras, míralas si quieres -dijo Gordillo extendiéndole un papel donde figuraban a lápiz una serie de anotaciones.

- ¿Y toda la gente que hemos contratado?

- Tú los has contratado, no yo. Puedes hacerlos pasar a tu oficina para explicarles lo que ha pasado. Si los dejo entrar a talleres podrían llevarse algo.

Alejandro reparó en dos cosas: que Barrabás Gordillo le tuteaba por primera vez, y que entre los acuerdos firmados con él no figuraba ninguno que garantizara la duración del compromiso.

Sesenta estupefactas personas lo miraron esperando que no dijera lo que todos sabían que habría de anunciar. Una lágrima estuvo a punto de traicionarlo pero halló refugio en el párpado. Otra fue la que se secó antes de partir. Era el final del camino. El final de un sueño convertido en desolado gatuperio.

Alguien propuso ir a comprar licor y aguas gaseosas para celebrar el infierno. Todos estuvieron de acuerdo. Así, entre libaciones nerviosas y abrazos de ira contenida, se lloró en silencio la fiesta del fin del mundo.

La experiencia del diario más original del mundo había terminado. Original por su contenido irónico y amable, gracioso y cordial, lleno de ganas y alegría. Original también por su duración: nueve días contados y una mañana de tributo al desencanto.

A esa misma hora partía del puerto del Callao un carguero que había llegado al país munido de miles de toneladas de papel periódico. Esa compra la había realizado Barrabás Gordillo al precio de un dólar ficticio subvencionado por el Estado, con el supuesto fin de editar el diario que casi nunca circuló y que se sabía el celebrado periodista Alejandro Dubois había dirigido. Ese papel, a la larga, tendría los crematísticos y especulativos destinos que Barrabás Gordillo le había asignado desde un comienzo: la venta al por menor a veinte veces el precio de compra. Todo había estado calculado.

Alejandro jamás regresó sobre sus pasos al edificio gris que sirviera de cenotafio a su ilusión, y pudo sobrevivir al calculado estilete de la felonía.



Al cabo, era peruano, y los peruanos hemos sobrevivido a prácticamente todo. Algunos audaces afirman inclusive que somos inmortales.

Varios años después se detuvo ante esta página en blanco y bajo el seudónimo intrascendente de Nicolás Yerovi, haciendo de lado el sordo resplandor de una herida, acabó de escribir esta historia labrada sobre la madera inconcebible de toda realidad.

**JORGE NINAPAYTA DE LA ROSA**

Jorge Ninapayta de la Rosa (Nasca, 1957) ha realizado estudios de literatura en la Universidad de San Marcos y luego Maestría en la misma especialidad en la Universidad Católica (1992-1993). Actualmente sigue el Doctorado de Literatura en los claustros sanmarquinos. Se desempeña como docente universitario y obtuvo el Primer Puesto en los Juegos Florales Género de Cuento en la Universidad Católica (1992) y el Primer Premio en "El Cuento de las mil palabras" de la revista *Caretas* (1994) con su relato *García Márquez y yo*.

*García Márquez y yo* es un cuento original, en el que un modesto jubilado del Ministerio de Educación, que había ejercido el oficio de corrector de textos durante muchos años, nos relata la manera singular en que su humilde oficio lo llevó a alcanzar la gloria. El narrador recuerda que al cumplir los 23 años una gitana le pronosticó que haría algo "grandioso" en la vida. El estaba convencido de ello, pero consideraba que también "un aporte a la Historia, por pequeño que sea, es un logro importante".

La oportunidad de pasar a la historia se le presentó el año 67 en Buenos Aires, cuando trabajaba como corrector de textos "en una editorial de cierta importancia". Hasta sus manos llegaron los originales de la hoy famosa *Cien años de soledad* que iba a editarse por primera vez. El corrector quedó deslumbrado por el "universo de maravilla" de esta obra perfecta y estaba convencido de que haría historia. Su pequeña contribución consistió en detectar la ausencia de un signo de puntuación (una coma (,)) después de un vocativo) y luego de comprobar que el maestro "se había equivocado" estampó con emoción y firmeza la coma en el texto. Eso fue suficiente y después su vida ha estado dedicada a seguir la historia editorial de la obra y comprobar la presencia de la coma que él puso y que le hace compartir la coautoría y la gloria con García Márquez.

## GARCIA MARQUEZ Y YO \*

Extraños fueron los caminos que me llevaron hacia la gloria. Ahora que repaso mi vida, puedo apreciarlo con claridad.

El día que yo cumplía 23 años, en un bar del Callao, una gitana de carnes enjutas me leyó la suerte en las cartas. Luego, con tono solemne, me dijo que yo haría algo importante en la vida; "algo grandioso", fueron sus palabras. La verdad, no fue sorpresa para mí, porque yo estaba convencido de ello. Pero pensaba que no era necesario hacer algo grandioso, desmesurado; un aporte a la Historia, por pequeño que sea, es un logro importante. Y mientras llegaba el momento esperado, yo me desempeñaba como corrector de textos en una editorial de libros de Teología.

Cuatro años después, partí del Callao en un barco carguero por varios puertos de Sudamérica, en un periplo que duró más de diez años. Me ganaba la vida corrigiendo textos. Lugar a donde llegaba, averiguaba sobre los diarios o editoriales más importantes y allá me iba a ofrecer mis servicios.

La corrección de textos es un oficio mal reconocido. Y no es una tarea fácil, aunque muchos la consideren una ocupación ancilar y de poco fuste. En este trabajo hay que dominar la ortografía, la gramática, la sinonimia; también el ritmo y la cadencia de las frases. Muchas veces, incluso, hay que adivinar lo que el autor quiso decir. Pero la experiencia brinda dominio al buen corrector. Y con los años, basta una rápida ojeada a las primeras

---

\* El autor nos ha proporcionado una versión corregida de la que se publicó en *Caretas*.

frases de un texto para medir la calidad de su autor, para saber si estamos ante un profesional de la pluma o ante un simple pelmazo que ensarta palabras.

El año más importante de mi vida fue 1967, que me halló viviendo en Buenos Aires. Allí trabajaba corrigiendo libros técnicos, boletines, algunos volúmenes de cuentos, en una editorial de cierta importancia, luego de haberme rebajado a fungir de ayudante de cocina en un restaurante japonés. No pasaba nada especial en mi vida, y ya empezaba a dudar de mí mismo. Hasta que cuatro meses y medio después de haber entrado a esa editorial, llegó a mis manos, por orden del editor, un texto en un sobre manila. Era una novela, dijeron, para que hiciera la corrección. "Apúrate, que el director quiere empezar la edición dentro de una semana". Es lo usual en todas partes: los editores siempre están apurados, y quieren que uno se apresure a último momento cuando ellos han perdido tiempo precioso sacando cuentas sobre costos de producción y esas banalidades.

Hojeé sin ganas las páginas, esperando encontrarme con algún farragoso texto de estilo regionalista y temática sollozante, como era de uso por ese tiempo. Pero sucedió lo inesperado. Desde las primeras páginas de esa novela, quedé sacudido. Yo había leído antes a ese autor, unos cuentos, creo; pero esa novela, que en la primera página anunciaba *Cien años de soledad* era otra cosa.

Me entretuve más de la cuenta repasando con delectación cada capítulo, cada párrafo, cada línea. Las oraciones y frases llamaban a las siguientes con naturalidad, engarzándose como en una gran joya de finos arabescos, y la historia avanzaba envolviéndome en su universo de maravilla. No le hallaba error de ningún tipo, ni siquiera alguna mácula ortográfica.

Mi labor, esa vez, se redujo sólo a cotejar el texto que iría a imprenta con el original, a identificar los errores de la digitadora. Sin embargo, parecía que hasta ella, una gorda mendocina que solía acezar mientras aporreaba las teclas, se había contagiado de esta voluntad de perfección y había olvidado su frecuentes errores. Y mientras realizaba mi labor, pensaba que algo así, precisamente así, me hubiera gustado escribir. Y me acordé de lo que me dijera la gitana.

Yo avanzaba la lectura de la novela sin hallar ningún error. Hasta que, un poco después de la mitad, hallé algo que me sobresaltó: un vocativo sin su coma. En un diálogo, el coronel Aureliano Buendía era llamado por uno de sus antiguos lugartenientes, y el nombre aparecía sin la coma de rigor. Pensé que debía ser falla de la digitadora, sin duda. Pero cuando revisé el original, fue mayúscula mi sorpresa al comprobar que allí tampoco aparecía la necesaria virgulilla. El autor, el maestro, se había equivocado. ¿Era posible? Quizá debido a tanto revisar y rehacer las frases; a veces sucede.

Que Dios me perdone, pero confieso que me alegré de esa circunstancia. Para entonces, yo estaba convencido de que esa novela haría historia. Y sentí que una voz me llamaba desde arriba, y con tono exhortativo me indicaba que había llegado el momento. Mi momento.

Volví a mirar el vocativo, que parecía como abandonado, inerme, sin su coma. Y ya no me quedaba más que cumplir con mi labor, hacer mi aporte. Así es que cogí mi plumón, tratando de sortear un temblor que al inicio amenazó con debilitar mi mano; inspiré largamente, calculé la distancia, la presión necesaria, y esta vez con mano segura y pulso firme, puse la coma: un punto grueso con una colita hacia abajo, como mandan los cánones, tanto en la versión de la secretaria como en la del autor. Eso fue todo. Eso fue suficiente.

El resto es Historia. La novela prácticamente instauró una nueva manera de narrar, se hicieron varias ediciones de ella y se vendieron millones de ejemplares; pero yo estuve en Buenos Aires sólo hasta la tercera edición. Volví al Callao, donde ingresé como corrector en una dependencia del Ministerio de Educación, me casé, tuve tres hijos, fui feliz: ya nada importante. Hasta que años más tarde me jubilé en el Ministerio.

Mi vida después ha consistido en mantenerme atento a la historia editorial de la obra. En cuanto me enteraba que una nueva edición de la novela había llegado a librerías, corría a conseguir un ejemplar. Un poco para hacerle honor a la obra, pero sobre todo para verificar la presencia de mi coma, si es que continuaba allí. Y por supuesto, allí estaba, bien plantada, cumpliendo su función cabal, y hasta me parecía que resaltaba más que los otros signos cercanos.



Ahora que mi modesta pensión de jubilado no me permite comprar las nuevas ediciones -algunas notablemente lujosas-, solamente puedo dedicarme a admirarlas. Entro en esos elegantes recintos de libros del centro, sorteo al vendedor que me mira con gesto despreciativo, ubico la nueva edición, llego hasta la página indicada -que varía según la editorial y el tipo de picas usadas- y veo mi coma. Y cuando leo ese párrafo, y recuerdo todo el reconocimiento que ha obtenido la obra, que ha contribuido a ganar el Nobel para su autor, yo también siento un gran orgullo y se me hincha el pecho de genuina emoción. En esos instantes percibo claramente cómo el aliento de la gloria me roza la cara y revuelve mis cabellos canos, y me siento orgulloso -muy orgulloso- por esa novela que en un tiempo ya lejano escribimos García Márquez y yo.

**JORGE CUBA LUQUE**



Jorge Cuba Luque (Lima, 1960) pertenece a las nuevas generaciones de escritores. Nació en Lima y es egresado de la Facultad de Derecho de la Universidad de San Marcos. Finalista del Premio Copé 1987 con su cuento *Colmena 624*, publicó sus primeros relatos en las revistas *Dardo* y *Suburbio*.

En *Colmena 624*, Joaquín Correa, un periodista del diario *Expreso*, se ve envuelto, por error, en una situación conflictiva protagonizada por una pareja de esposos (Teresa y Paquito, un futbolista extranjero de un popular equipo limeño) y Roberto Razzetto, amante de Teresa y masajista y "compañero" del deportista.

Un sobre dirigido a Roberto Razzetto (que vive en Colmena 642 - 2A) con una enigmática nota (25 de agosto, 15:30 hrs.) y 5 mil dólares llega por equivocación al departamento de Joaquín Correa, que vive en Colmena 624 - 2A. Este, a la vez que realiza su trabajo de redactor de noticias locales en *Expreso*, logra esclarecer el misterio que se esconde detrás de la nota y del dinero que alguien dejó por debajo de su puerta. Involuntariamente provoca la muerte de Teresa (que había decidido seducir a Correa para recuperar los dólares) y luego, al identificar la dirección de Razzetto y descubrir las relaciones pecaminosas entre éste y Paquito, forcejea y precipita la muerte del masajista. El propio *Expreso* y también *La República* dan cuenta de estos hechos, pero ofreciendo otra explicación. El azar ayuda a Correa, mas no se libra de que su compañero de trabajo, Tito, un experimentado fotógrafo, le robe el dinero escondido.

## COLMENA 624 \*

Cuando por fin pude despedirme de González, el jefe de redacción, era casi medianoche y al día siguiente tenía que madrugar: a las cinco de la mañana llegaría Tito, el nuevo fotógrafo, en una camioneta del diario para llevarnos hasta el distrito de Punta Negra, a cubrir la información sobre el incendio en la municipalidad. Al regresar por fin a mi departamento encontré que alguien se las había arreglado para introducir -valiéndose de una ganzúa o llave maestra, mi querido- un enorme sobre manila, cerrado y con tosca inscripción: "Sr. Roberto Razzetto -Colmena 624-2A". Me recosté en mi sillón favorito, mirando desconfiadamente a mi alrededor, mas todo parecía estar en su lugar; receloso leí nuevamente las señas del sobre y decidí abrirlo: dentro había un papel escrito a máquina que sólo decía: "25 de agosto, 15:30 hrs.", y además -casi me caigo del sofá- 5 mil dólares en novísimos y crujientes billetes de a cien. Me puse tenso y me avalancé hasta la puerta para asegurarme que estuviese bien cerrada, bajé todas las persianas, encendí una lamparita y apagué las otras luces. Cogí nuevamente la hoja escrita, el dinero y el sobre: "Colmena 624-2A", no había dudas, esa era mi dirección pero lo cierto es que yo no me llamo Roberto Razzetto ni tampoco lo conocía, yo me llamo Joaquín Correa.

Las horas de esa noche se arrastraron con morosa pesadez y por supuesto no pude dormir: ese dineral significaba algo malo, muy malo, pero no sabía qué, y ese tal Razzetto quién sería: ¿un narcotraficante?, ¿un asesino a sueldo?, ¿un funcionario al que se estaba sobornando?, ¿un chantajista?

---

\* *Cide Hamete Benengeli coautor del Quijote y los cuentos ganadores del Premio Copé de Cuento 1987. Lima, Ediciones Copé, 1989.*

imposible saberlo, lo cierto era que algo iba a ocurrir el 25 de agosto y se me ocurrió que debía averiguarlo, aún faltaban dos días. Por otro lado ya vendrían a recuperar esos 5 mil verdes, pero yo ya había empezado a hacer planes con ellos -el cambio en el mercado negro no era nada desdeñable-, sentía como si me lo hubiera ganado con el sudor de mi frente y había que estar muy loco para devolverlos como niño bueno.

Mis únicos vecinos quedaron descartados como posibles destinatarios de aquel dinero: en el primer piso vivían dos muchachas que solían levantarse pasada las 12 y acostarse pasadas las 24 debido a que tenían un trabajito nocturno en no sé que discoteca; en el tercero había una pareja de jubilados cuyo vivir era leer todos los diarios capitalinos de cabo a rabo y mirar a la gente que desfilaba por la Colmena entre la Plaza San Martín y la 2 de Mayo. Empezaba a enredarme en especulaciones, oyendo a medias los ruidos ciudadanos cuando un insistente claxon me hizo mirar de súbito mi reloj pulsera: el cuadradito luminoso marcaba las 5:00, me asomé a la ventana y vi la camioneta de *Expreso*. Tiré el sobre y la hoja al water, cogí mi enorme casacón impermeable y refundí en mi bolsillo más oculto los cincuenta billetes de a cien. Antes de salir me acerqué a la mesa de noche: dudé un momento, pero abrí el cajoncito y saqué la Smith-Wesson "special" -debo confesar que yo no porto armas, si la compré fue porque un amigo urgido de dinero insistió demasiado en vendérmela -la contemplé un par de segundos y la guardé en el bolsillo interior izquierdo del casacón. Bajé a la calle sintiéndome estúpidamente un agente del FBI.

Tito era nuevo en *Expreso*, pero ya tenía unos 10 años paseándose por todos los diarios y revistas de Lima, y de todo sitio lo botaban por borracho, pero a pesar de ello estaba muy bien cuajado en el oficio. "¿Y esa cara?", preguntó al verme aparecer junto al vehículo. Bajamos por la Plaza San Martín, a esa hora ya huían los últimos noctámbulos y aparecían los primeros canillitas muriéndose de frío, caminando casi de puntillas sobre el pavimento humedecido por la garúa. Nuestro chofer era Dongo, también un veterano que se sabía la vida y milagros de toda la prensa local. La pareja empezó a hablar de fútbol, sobre no sé que escándalo con un masajista y se olvidaron de mí, así que no tuve remordimientos en quedarme profundamente dormido.

- Oiga compadre, ¿le traigo el desayuno a su habitación? -sonó junto a mi oreja izquierda la voz cachacienta de Tito, que me removía un brazo.

"Anoche no pude dormir", le dije con afectado mal humor, mientras ordenaba la libreta de apuntes. Hacía varios minutos que habíamos llegado a ese insulso y grisáceo pueblucho. Antes de empezar a trabajar nos dirigimos los tres a una fonda donde tomamos un desayuno tan opíparo que parecía almuerzo dominguero. Luego, Tito y yo fuimos a ver las ruinas del edificio municipal y charlé un momento con el alcalde entre los cliks de la Canon de mi compañero. El alcalde tenía una doble -y asombrosa- hipótesis: "Había sido casual, pues la instalación eléctrica era de la época de Matusalén", aunque no descartaba que "manos extrañas" hubiesen intervenido porque "¿sabe Ud., joven?, tengo muchísimos enemigos políticos", me dijo en tono íntimo el viejecito-burgomaestre. El comisario no quiso declarar, "para no entorpecer las investigaciones, ¿entiende?", y cuando nos disponíamos a regresar se nos acerca un lustrabotas, un chiquillo de unos 10 años y me dice: "maestro, fue el negro Tuco", "¿pero quién es el negro Tuco?", preguntamos, "ah, es un loco que pide plata en el mercado, yo vi cuando empezó a prender la candela, fui a avisar pero nadie me hizo caso maestro". Tito le dio 20 soles y le tomó una foto. "Testigo clave" podría ser la leyenda, opinó. Encontramos a Dongo sentado al timón de la camioneta, pero roncando como un oso, con un periódico entre las manos. Lo despertamos con un susto, como si un insecto se deslizara por su cuello: nos mentó la madre a ambos al mismo tiempo, como si Tito y yo fuésemos la misma mamá, como si fuéramos hermanitos. Esta vez Tito fue a mi lado, quejándose de su bajo sueldo y lo fregado que eran las comisiones de madrugada en invierno, luego hubo un silencio. A mitad del camino me queda mirando y me dice "oiga, compadre, ¿desde cuándo carga Ud. esos juguetitos?", con voz preocupada, dándome palmaditas justo donde llevaba el arma.

La pregunta me sorprendió, me había olvidado por completo del tal Razzetto y de lo que llevaba encima. Traté de inventar cualquier excusa convincente, como que era por seguridad, por los asaltos, pero ni yo mismo me lo hubiese creído; pero felizmente no hizo más preguntas. Proseguimos en silencio hasta regresar al centro de la ciudad y nuevamente Dongo volvió a entrar por la Colmena y se detuvo frente al Bransa, "invítenme un cortado, malandrines", ordenó mirándonos por el retrovisor.

En el Bransa continuaron hablando de fútbol mientras yo trataba de atar cabos aunque en realidad no tenía muchos cabos que atar, pero había

por lo menos dos posibilidades: o a Razzetto le estaban pagando para que haga algo, o para que deje de hacer algo, y, por supuesto, el mensajero había dejado el dinero en mi departamento por error, elementary, my dear; "¿y tú que crees?, me preguntó Dongo, pero como no sabía de qué hablaban sólo encogí los hombros sonriendo tontamente y Tito afirmó que sí, que Paquito Ostolaza era maricón. "¿Maricón?", me escuché preguntar, sorprendido de que el goleador máximo del fútbol peruano en los dos últimos años, el "crack" indiscutible del Alianza Lima, fuese del tercer sexo; bueno, estaba sorprendido, pero en realidad no tanto, después de todo ¿quién no tiene siempre algún secretito bien guardado?, aunque para ser franco hubiese preferido que sea alcohólico o drogadicto, porque yo soy hincha de Alianza. Sin embargo, hablando en serio, todo ese asunto ni me iba ni me venía, terminamos el café y nos marchamos. Al regresar a *Expreso* redacté apresurado mi nota sobre el incendio, luego me fui al vestíbulo junto al baño y por suerte no había nadie: no podía cargar el dinero todo el tiempo ni tampoco dejarlo en casa, por lo que escondí el bulto de los dólares bajo uno de los pesados closets, pero antes tomé un billetito de cien, para los cigarrillos, y me fui de allí. En el baño me encuentro nuevamente con Tito que muy paternal me dice que si andaba en aprietos se lo contara, para eso estaban los amigos, claro que sí, "no te preocupes", le dije; el arma la llevaba para casos extremos.

Regresé a casa y me dejé caer en mi sillón favorito, -aclaro que era el favorito porque era el único- y me puse a esperar: estaba convencidísimo de que, como en las películas de gánsters, vendrían unos esbirros a quitarme el dinero, a lo mejor hasta venía Razzetto mismo en persona. Pasaron cerca de dos horas y la tarde languidecía, mas no quise dormirme y perder de esa manera tiempo sin poder encontrar más pistas. Bajé a la calle y antes de decidirme por un camino u otro escucho que me llaman: una mujer que pujaba con una gata tratando de levantar un auto para cambiar una rueda me pide que la ayudara. "Encantado, amiga", dije mostrando la mejor de mis sonrisas. Fue cuestión de unos 10 minutos , y al terminar me propone llevarme y yo le propuse ir a celebrar el cambio de neumático a algún lugar, "me parece bien, podríamos ir a la Herradura", aceptó, rendida ante mis irresistibles encantos. Era lo que se le dice un hembrón, y de seguro cobraba caro, pero ahí tenía yo los 100 dólares. Dijo que el auto -un magnífico BMW del año- era de su hermanito, un oficial de la marina, y que ella se llamaba Milagros, y de seguro en la cama sabía hacer muchos milagros. La ciudad

fue quedando atrás y nos internamos en el serpentín de la Herradura. El auto se apartó del camino y nos detuvimos junto a un barranco frente al mar, para entonces ya la tenía abrazada y le acariciaba los senos. El ruido del mar al reventar contra las rocas me producía un efecto afrodisíaco: su boca empezó a resbalar por mi cuello y su mano entre mis piernas. No sé como el asiento del carro se convirtió en cama, pero ambos ya estábamos echados y yo tenía el pantalón abajo aunque ella sólo llevaba la blusa descubierta donde un inexistente sostén mostraba unos blanquísimos y enormes senos. Me alistaba para el asalto cuando la veo hacer un extraño movimiento y de pronto su mano derecha me apunta con un revólver.

- Bueno, papacito; anda soltando esos 5 mil que dejé en tu casa. No sé cuantos hombres habrán sido asesinados calatos, pero en ese instante me imaginaba las risotadas que mis compañeros de *Expreso* habrían dado al verme muerto, abaleado y con el calzoncillo en la mano, y claro las fotos tomadas por mi compadre Tito. Pero la situación no era para risita, Milagros parecía hablar en serio y yo estaba tan asustado que hasta se me había dormido la cuestión. - De una vez, los billetes, que se me hace tarde -insistió de mal talante. "Los dejé en mi casa" mentí. "En tu casa no hay nada, imbécil, replicó. "Bueno, están en mi casaca, pero no me mates, por favor", mentí e imploré al mismo tiempo. Debido a mi afán amoroso el casacón había ido a parar a la parte posterior del auto: me indicó que lo tomara pero "cuidadito con lo que haces". No hay nada peor que sentirse asustado y ridículo al mismo tiempo: allí estaba yo, semidesnudo y amenazado por una mujer armada; no me quedó más remedio que jugármelas, así que cogí el casacón con gran fuerza y lo sacudí en su cara. Un disparo tronó junto a mi cabeza, pero la agarré de los hombros y solté el arma; la puerta en la que se recostaba se abrió de pronto y ella salió como una flecha. De mi casacón se había salido la Smith-Wesson, la tomé y sin pensarlo dos veces corrí tras Milagros, desnudo como estaba. La endemoniada mujer no había podido correr mucho, había llegado al borde de un precipicio. A un par de metros de ella la quise asustar un poco, apuntándole con el arma a sus magníficos senos. "Vamos, muñeca, cuéntame toda la historia de nuestro amigo Razzetto o te perforo", le dije. Vi que se puso pálida cuando di un paso adelante, pero no había sido por mí, sino que estaba parada sobre un terreno sin base que empezó a desprenderse, dio un horrible grito y cayó al fondo del acantilado sin que yo pudiera hacer nada por ella.

Me sentí un idiota, solo frente al mar con un arma apuntándole a nadie y sin pantalón. Por hacer algo se me ocurrió apretar el gatillo, pero sólo escuche un "click" una y otra vez "click": olvidé que me la habían vendido sin balas. Volví al auto y me vestí apresurado, maldiciéndome por dárme las de seductor. Milagritos tenía planeado matarme le diese o no el dinero, pero ahora estaba bien muerta, pobrecita, si por lo menos antes la hubiese probado. Tenía que largarme de allí cuanto antes; encontré su cartera y aparte de sus cosméticos y algo de dinero sólo había una tarjetita con el logo de un centro comercial; la parte posterior estaba manuscrita, pero no pude leer bien la menuda letra, sólo que firmaba "R.R." Me guardé la tarjetita y salí disparado.

Regresé a casa pasada la medianoche, junto con mis vecinitas: estaba tan cansado y hambriento que no hice caso de las bromas e insinuaciones que me dirigían para que las acompañe a su departamento. Comí algo de lo que tenía guardado desde no sé cuántos días y me preparé un trago. Tirado en la cama saqué la tarjetita: indudablemente R.R era mi amigo Razzetto y decía lo siguiente: "24 agosto, presiona más a Paquito, aún no recibo los 5 mil, ¿qué ocurre?, te quiere R.R." ¿Paquito?, ¿el mismo Paquito Ostolaza?, me pregunté. No quise ir muy de prisa, podría ser una coincidencia, pero ¿cuántos Paquitos había que pudiesen tener 5 mil dólares para regalarlos?, claro que no muchos, a menos que hayan jugado fútbol en los grandes clubes de Europa y ahora aquí en Lima, ganando un sueldo de Ministro de Estado. Estaba fechado 24 de agosto; el primer sobre decía el 25 a las 15:30 hrs., ¿y qué papel desempeñaba Milagritos en todo este cambalache? Cerré los ojos para poder pensar mejor, pero se me entrecruzaron imágenes, recuerdos, veía a Milagros desnuda y apuntán-dome con un arma, persiguiéndome por un pasadizo infinito y finalmente me dormí hasta las 10 de la mañana del día siguiente.

Desperté cansado pero me di una ducha fría, tomé un café negrísimo y me fui al diario. González me dio los buenos días con sus más exquisitos denuestos por llegar tarde y me asignó cubrir la huelga de hambre de unos empleados del Banco Agrario. Antes de salir veo los titulares de *Expresso* y el más saltante decía: "Asesinan a bella esposa de futbolista", junto a una foto de archivo de Paquito Ostolaza abrazado a Milagros. El corazón se me paralizó.

- ¿Le duele algo, compadre?-, me removió Tito con su voz aguardentosa. "¿Y qué le paso a esta niña?", pregunté con exagerado tono de indiferencia. "Ah, parece que su amante la despachó porque no quería que siga con Paquito", contestó. "¿Eso dice la policía?", "no, pero todo el mundo sabe que el amante de Teresa era Razzetto", explicó Tito como quien repite que dos más dos son cuatro. "Hey, un momento, ¿quien es Teresa?", pregunté.

- ¡Quién va ser!, la esposa de Paquito-, contestó aburrido. "¿Pero no se llamaba Milagros?", pregunté entonces confundido. "No", respondió simplemente Tito, que le ponía un cartucho a su Canon.

- Oiga, compadre, veo que el asunto le interesa bastante-, susurró burlón el fotógrafo antes de marcharse.

Salí a la calle y por supuesto que no iba a ver a los huelguistas de hambre, me interesaba saber más detalles sobre este enredo en que alguien me había metido. Milagros (es decir Teresa, mi querido) era la esposa del futbolista-maricón. Razzetto era el amante de Milagros-Teresa, hasta ahí íbamos bien, pero ¿por qué enviarle dinero a Razzetto si todo el mundo (menos yo, por lo visto) sabía que "La gran figura del balompié peruano" no era muy hombrecito que digamos?, he ahí la cuestión. Me di una vuelta por el centro, por los portales de San Martín y me encontré con un muchacho de *La República*, Rojas.

Me invitó un café en el Zela e intercambiamos chismes sobre nuestros respectivos periódicos, "¿Y qué te parece lo de la mujer de Paquito:", pregunté con tono de suficiencia como quien ya se las sabe todas, para ver si pescaba algún nuevo dato.

- Era de esperar-, responde Rojas, prendiendo un cigarrillo. "En cualquier momento la policía va a hacerle una visita a Razzetto", agregó como si en realidad fuera algo de esperar. "¿Por qué a Razzetto?", pregunté disimulando la sorpresa, tomando el ejemplar de *La República* que estaba sobre la mesa.

- Mírale bien la cara -dijo poniendo un dedo sobre la foto en la que, en un gimnasio, aparecía Ostolozza abrazando a otro tipo- Razzetto, my dear-,

un cuarentón de buena pinta y bien plantado. "Es su masajista, argentino, se conocieron cuando Paquito jugaba para el Manchester United, eran los únicos extranjeros, luego se fueron ambos al Real Madrid, después al Bayern Munich, de allí al Boca Juniors, hasta aquí, en el Alianza Lima; en total seis años de feliz romance..."

"¿Pero y Teresa?", pregunté ya sin disimulo. "Pantalla, pura pantalla; recién se casaron el año pasado, cuando los rumores empezaron a sonar feo. Pero el tiro le salió por la culata a Paquito porque el argentino le echó el ojo; no te imaginas el hembrón que era". "No, no me la imagino", respondí recordándola con las tetas afuera, apuntándome con un arma y decidida a eliminarme tan pronto como le devolviera sus dólares.

- Bueno, amigo, me marchó a trabajar -me dijo Rojas, y se fue sin pagar el café que me invitó. Había sido un encuentro providencial, ya el rompecabezas estaba casi completo. Saqué la tarjeta y leí nuevamente el mensaje de "R.R.". Se preocupaba porque no recibía el dinero que debía recibir. Lo que no sabía Rojas era que a Razzetto le estaban pagando, pero ¿para qué, si la debilidad de Paquito era un secreto vox populi? Recién entonces leí el anverso de la tarjeta: "Boutique Razzetto Sport. Todo para el deporte. Gerente General Roberto Razzetto. Colmena 642-2A". Salí del bar corriendo y busqué el número. Por fin encontré el 642, casi junto al edificio donde yo vivía. La boutique estaba cerrada, toqué pero nadie respondió. El cartel de anuncio era más bien discreto y un pequeño letrero decía: "Hoy inauguración, 15:30 hrs.". A un costado había una entrada para subir a los otros pisos del edificio y me introduje en pos del 642-2A (y no del 624-2A que era mi dirección, mi querido). También estaba cerrado, toqué pero tampoco nadie me abrió. Parece increíble, pero se me ocurrió probar con mi llave, y qué suerte -ni siquiera en las películas de detectives- la cerradura se movió, empujé suavemente la puerta y entré. Era una oficina con ventana a la calle, había un gran escritorio "tipo ejecutivo" rodeado de algunas sillas. El escritorio estaba en desorden, como si alguien hubiese estado allí hacía poco (Razzetto, quién más). No soy ningún cucufato pero no pude evitar un "oh" cuando dentro de una carpeta vi varias fotografías pornográficas de Paquito con R.R., fotos de Razzetto encima de Paquito, fotos de Paquito haciendo haciendo resaltar su trasero y todas las otras gracias que se suelen hacer para fotografiar esos recuerdos. También había cintas de negativos, me fijé y eran las de las fotos, por si fuera poco habían

también cartitas de apasionado calibre donde nuestro extraordinario futbolista reiteraba sus sentimientos "para contigo, Roberto". Hubiera permanecido mucho tiempo leyendo esas misivas de amor marginal de no ser porque una voz de inconfundible acento rioplatense me ordenó: "Levantá las manos, ché". Lo hice y al mirar de frente veo en persona -por fin- al famoso Roberto Razzetto que me apuntaba con un enorme pistolón.

- ¿Quién sos? -gruñó. "Un amigo de Paquito. 5 mil es demasiado por esta porquería", dije sin pensar, señalando el material porno. "No te creo, vos sos un intruso y ahora sabés demasiado, así que me acompañás". Todo estaba clarísimo -aunque en ese momento de nada me valía-, Teresa y R.R. le vendían a Paquito las pruebas de sus orgías a 5 mil dólares, tal vez pensaban irse luego al extranjero o qué sé yo. "Vamos a dar un paseo", me dijo y recordé el que hice en la Herradura el día anterior. También pensaba matarme, aunque no podía hacerlo en su oficina; para ganar tiempo -en las películas siempre se gana tiempo así-, le conté que yo tenía los 5 mil, que Teresa los dejó en mi casa por error, en la tarjeta hubo una falla de impresión: "Estúpida", le escuché susurrar. Otra vez pensé que tenía que jugarle; así, cuando estuve a su lado lo cogí de la muñeca para que suelte el arma, pero sus brazos parecían de acero; ambos caímos al suelo, sonó -otra vez- un disparo, pero yo no sentí nada, Razzetto dio un gemido, me separé de él y un chorrito de sangre empezó a salir de su camisa, a la altura del corazón y aún tenía el arma en su mano derecha. Al parecer nadie había visto, así que me fui como había llegado: sin que nadie me viera.

No regresé a mi casa de inmediato, sino que me fui a caminar por algunas calles del centro, buscando un bar donde tomar un trago para calmar los nervios. Por fin entré a una cantina del Jirón Cusco. Estaban escuchando radio reloj y el locutor leía las noticias sobre los huelguistas de hambre del Banco Agrario; saqué mi libretita y escribí unas notas. Me tomé un ron con Coca Cola, pagué, me fui al diario y redacté la misma noticia que había escuchado por la radio. "Mañana temprano, Correa", se despidió González.

Llegué a casa hecho añicos, pero no pude dormir. Daba vueltas en la cama, sintiendo el ulular de las sirenas policiales que ya habían encontrado el cadáver de Razzetto. Al día siguiente, en el diario, el titular de *Expreso* me dio otra sorpresa: "Escándalo sexual", y contaba la historia porno-homosexual-triangular y de extorsión. Todos los diarios decían que Razzetto

se suicidó por remordimiento de haber matado a su amada Teresa, por no poder liberarse de su pasado de pederasta junto a Ostolaza. Ese mismo día se suicidó -realmente- Paquito por tanto bochorno que le habría hecho la vida imposible. Yo estaba anonadado. Volví de la calle luego de reportear la escasez de cebollas en los mercados de Lima y redacté mi nota. En ese momento había poca gente en la redacción. Fui al vestíbulo, levanté su pesado closet y el dinero no estaba: ya imaginaba quién lo había tomado, sin embargo no me sorprendí de no enfadarme. En una de las oficinas me encuentro con el fotógrafo Ibañez y le pregunto por su colega Tito.

- Ah, ayer renunció -contestó apurado. Me lo esperaba. Me senté junto a la ventana, con una taza de café; desde aquel cuarto piso se veía hasta la avenida Tacna. Todo había empezado con un error, después, por mi culpa murió Teresa, luego Razzetto y finalmente se mató Paquito; de no haberme entrometido, el masajista y Teresa estarían felices en alguna otra ciudad con 5 mil dólares en su bolsillo, y Paquito continuaría metiendo goles para Alianza Lima y pronto se conseguiría nuevo amante; pero aparecí yo y lo malogré todo. El único ganador había sido Tito, pero no le guardaba rencor -me daba igual. Saqué de mi cartera el billete de a cien que tomé para los cigarrillos e hice un avioncito verde, abrí la ventana y lo arrojé con fuerza; vi cómo el aire jugaba con él haciéndolo volar con delicadeza. Antes de aterrizar cerré la ventana y me fui a mi escritorio a continuar bebiendo mi café. Recordé las últimas 48 horas que me arrastraron por donde el azar se le antojó; pensé una vez más en el avioncito, quién se lo encontraría.

**CARLOS HERRERA RODRIGUEZ**

Carlos Herrera Rodríguez (Arequipa, 1961) es diplomático de profesión. Sus estudios los ha realizado en la Universidad Católica San María de Arequipa, en la Academia Diplomática del Perú y en la Universidad la Sorbona de París. Tiene en su haber varias distinciones en concursos literarios, entre ellas, la de haber sido finalista en dos oportunidades en el Premio Copé de Cuento: 1983 y 1994. Además ha publicado un libro de cuentos, *Morgana* (1988) y una novela, *Blanco y negro* (1995).

*La dueña de la pelota* es un ameno y bien estructurado relato, a través del cual seguimos al periodista deportivo Juanito Aréstegui en sus afanes de cubrir las incidencias de un decisivo partido de fútbol provinciano, en el cual dos aguerridos equipos se juegan su clasificación a la etapa final. Pero el mayor interés y dramatismo del partido está dado por la figura dominante y legendaria de Mercedes Iturri, una poderosa y temible hacendada de Paracocha, que además de ser la propietaria de bienes y personas del lugar, es la dueña del equipo de fútbol "Racing de Paracocha", el cual está obligado a ganar para mantener sus aspiraciones a estar en la final de la Copa.

Con la ayuda de un astuto informante lugareño, Juanito descubre la existencia de un triángulo amoroso constituido por la poderosa Mercedes, Salvador González, goleador estrella del equipo y Salomé, una joven belleza de 20 años que se interpone entre los dos primeros. Descubierta la traición, Mercedes "La Mariscal" ha sentenciado a Salvador: si gana el partido lo perdona, si lo pierde, la venganza será implacable. El periodista, a pedido de Salomé, trata de neutralizar la amenaza, sin conseguirlo, porque producida la derrota Mercedes mandó disminuir físicamente a Salvador. Aréstegui constató esto un tiempo después cuando volvió al pueblo con la esperanza de seducir a Salomé.

## LA DUEÑA DE LA PELOTA \*

"ASI VA LA COPA

*Juventud San Juan - Racing de Paracocha*

*El partido más interesante de esta etapa regional.*

*Los entusiastas y sorprendentes sanjuaninos se desplazan a Paracocha para dar la revancha al equipo de la ya legendaria Mercedes Iturri, por el pasaje a la capital para la final de la Copa. Dada la trascendencia del encuentro, Juanito Aréstegui estará cubriendo la noticia para este diario."*

Juanito Aréstegui no mandó a la madre que lo parió al jefe de Deportes que le dio el encarguito, en gran parte porque encontrar otra chamba parecía ardua empresa, pero también por una comprensible curiosidad sobre la figura de la ya -legendaria- Mercedes -Iturri.

Ahora, tratando de extraer algún goce de la cerveza tibia que le han servido, tras doce horas de polvoriento viaje, acodado a la exclusiva mesita de la única bodega de la sola plazuela de este condenado lugar, mientras espera al informante, está casi arrepentido de su conciencia profesional y de su curiosidad masculina. En fin, había que ver a los pasantes, cosa que siempre entretiene y a veces es grata a la vista.

---

\* *Cuando las últimas luces se hayan apagado y los cuentos ganadores del Premio Copé de Cuento 1994. Lima, Ediciones Copé, 1995.*

Como ahora, que de una puerta al otro extremo de la plazuela sale una mujer muy joven y se dirige, con la mirada baja, hacia la bodega. Juanito tiene tiempo de mirarla largamente, la negra cabellera, los hombros morenos, el sencillo vestido rojo, las buenas piernas. Cuando ingresa a la tienda, siempre cabeza gacha, Juanito puede apreciar mejor la salud y firmeza de sus perfiles y percibir una sensualidad mal sofocada por la aparente timidez que hace bajar una bonita testa.

Juanito continúa admirando a la joven, quien le ofrece una nueva e interesante perspectiva mientras retorna a su casa, hecha la compra, cuando lo interrumpe el informante.

- No se la aconsejo, amigo -bufa el susodicho, depositando un grasiento sombrero sobre la mesa y pidiendo una cerveza-. Podría aumentar los problemas en que ya nos ha metido esa chiquilla.

Luego de ingurgitar ávidamente el primer vaso añade limpiándose la espuma con el dorso de la mano, con una media sonrisa:

- En realidad, se la hubiera aconsejado hace un par de meses. Así quizás ahora estaríamos tranquilos y con media Copa en el bolsillo.

Juanito recuerda el asunto que lo ha traído aquí.

- Ella... no es Mercedes Iturri, ¿no?

El otro sonrío, mientras Juanito se arrepiente ya de una pregunta de tan obvia respuesta, vista la edad y las maneras de la muchacha.

- No, y ese es el problema.

El sol cae casi vertical sobre la pelada pampa que sirve de campo de entrenamiento, y Juanito presiente que las meninges comenzarán a hervir pronto. Cómo hacen estas patas, se dice, observando a los atletas que trotan en fila siguiendo el vago trazo rectangular de la cancha. En el centro de ésta, como si fueran el origen de las fuerzas de gravitación que impulsan y mantienen en sus límites a la formación, están el entrenador -un gordito gritón y sudoroso, de sufrido buzo verde- y ella.

Los epítetos con los que la trataba la prensa eran numerosos y variados, desde "La Mariscala" hasta "La última de los gamonales". En efecto, era una de las pocas personas que había sabido conservar propiedades, privilegios, usos y abusos del antiguo régimen. Era como si Paracocha entera le perteneciese: suyas las tierras, hasta donde alcanzaba la vista y más allá, con los animales y cultivos que ellas producían; suyas las principales casas y escasos comercios del miserable pueblo; suyas las autoridades, que imponía antes o compraba después; suyas las voluntades y las fuerzas de las personas. Y, sobre todo, suyo el equipo de fútbol, el "Racing de Paracocha".

Aun a cierta distancia -le han desaconsejado trasgredir los límites de la cancha durante el entrenamiento-, Juanito observa en Mercedes Iturri los signos de la posesión y de la autoridad. El porte enhiesto, la mandíbula tensa, los ojos de fuego congelado. Juanito adivina cóleras terribles, compadece a súbditos y enemigos y teme el momento de la entrevista que planea hacer.

Cuando comenzó con el equipo, todos pensaron que era un simple capricho pasajero. Una mujer podía ser ama y señora de extensas tierras y cientos de personas e influir en la política y en la economía de la región; pero el fútbol era otra cosa. Cosa de hombres.

Quizás sería eso lo que más la sedujo. El hecho es que desde que fundó el equipo, hace cinco años, llevando a él a los mejores jugadores de la provincia e incluso yendo a buscarlos más lejos, con propinas y otras compensaciones insólitas hasta ese momento, el "capricho" pasó a ser, a todas luces, la preocupación central de la vida de Mercedes Iturri.

Por supuesto, no faltaron voces maledicentes que achacaron esta repentina pasión a razones poco deportivas. Pese a no carecer de atractivos -según constata ahora Juanito, adivinando formas bajo los rudos pantalones y la masculina camisa-, Mercedes Iturri había avanzado bastante en la treintena sin que se le conociera varón. Excesiva dedicación a la administración de sus propiedades, falta de coquetería femenina o escasez de pretendientes aceptables, las causas podían ser muchas, pero el resultado era uno y la naturaleza no perdona, amigo, le había dicho el informante un poco más temprano. Aun la mujer más independiente y respondona necesita un macho que le riegue el jardín de vez en cuando, amigo, ¿Y qué mejor

que un equipo de fútbol propio para tener varios a la mano, todos jóvenes, fuertes, obedientes y disponibles?

Sin duda era éste uno de los aspectos que más había contribuido a difundir la leyenda de Mercedes Iturri, y era también uno de los menos verosímiles. Las historias de orgías que se complacían en deslizar las redacciones de algunos diarios de dudosa deontología eran obviamente falsas. Hasta el informante negó, riéndose, cualquier posibilidad de que la imperial Mercedes descendiera a promiscuidades semejantes.

- Lo que sí es cierto es que de vez en cuando caía en alguna debilidad por alguno de los muchachos. Todo muy discreto, y generalmente pasajero, una o dos noches máximo. Y después, como si no hubiera pasado nada, la señora trataba al favorecido con la misma severidad que a los otros. Así era, hasta que llegó el Salvador.

Han dejado ahora los ejercicios de calentamiento para ponerse a practicar con la pelota. Dos atacan, dos defienden, más el arquero. El gordito del buzo verde grita cuando los pases son defectuosos, los delanteros se enredan, se precipitan o la bola sale desviada a varios metros del arco. El gordito grita a menudo, y Mercedes Iturri tiene el gesto sombrío, porque la verdad es que los tipos parecen pundonorosos, pero, salvo un par de casos, poco hábiles. Fútbol macho, lo llaman en la capital, con una mezcla de simpatía y de sorna. En eso un delantero, joven, espigado y con músculos de animal fino, acelera bruscamente para recibir la bola a media altura, la pasa por encima del defensa con un suave toque y luego, sin que caiga al suelo, le mete un zurdazo impresionante. El arquero recibe la pelota en medio del pecho y, sorprendido y adolorido, no llega a controlarla; pero no ingresa al arco. El joven retorna con la cabeza baja, serio. Mercedes Iturri parece un poco más crispada. El gordito vuelve a gritar: "Carajo, Salvador, ni en los entrenamientos puedes meterla". El interpelado no responde, pero Juanito presiente que está pensando en apuntar la próxima vez a la jeta del gordito.

- Usted sabe, eso ni la mujer más plantada puede ocultarlo -se había relamido antes de decirlo, retirando de las comisuras espuma o baba, el informante-. Cuando ponen esos ojos ansiosos, inquietos, de vaca encelada, es claro que harán cualquier cosa por meter en su cama al varón que les ha removido los interiores hasta hacerlas botar agüita. Así pasó con la Mercedes

y el Salvador, cuando éste ni había llegado a los dieciocho. Pero dicen que le cumplía muy bien. La prueba, que le duró tanto tiempo.

Ahora la cosa es distinta, constata Juanito, viendo pasar a Salvador con la vista fija en la pinta de los zapatos, la quijada apretada y los ojos sombríos, sin mirarla a ella, que apenas lanza un relámpago de reojo antes de continuar observando las disparejas patadas y escuchando los ineficaces gritos del gordito. La cosa se presenta mal, piensa Juanito, comenzando a reflexionar sobre las puntas de las cuales debe pender su relato e, inevitablemente, acordándose de la otra, la chica.

- La chica se llama Salomé -le había dicho el informante-. Dios sabe de donde le habrán inventado ese nombre sus padres; mi compadre Florián, que ojalá esté tranquilo en su tumba, y la comadre Nicolasa, tan derecha ella. Dios sabe también de dónde habrá sacado tanta belleza, porque Nicolasa tenía buen culo pero nada más.

No tenía diecisiete añitos la Salomé, y acaso enmarcaba ya sus morenos esplendores en el mismo vestido rojo en que la ha apreciado Juanito, cuando los veinte años de Salvador la desearon con el incontrolable exceso de su naturaleza. Poco después pasó, sin duda, lo previsible, a la sombra de un molle o contra una desvencijada puerta. Y la Mercedes tardó nada en sospechar, y menos aun en enterarse.

- Justo cuando las cosas se presentaban tan bien -se quejó el informante-; porque este año sí que prometía, sobre todo porque el muchacho podía desplegar todo su talento con la madurez que estaba alcanzando en lo físico. Así habían avanzado en las sucesivas etapas eliminatorias, a punta de goles del Salvador, hasta que estalló el asunto. Después... el muchacho parece un opa, seguramente a causa de que esa chiquilla le seca hasta el jugo de las entendederas; y así esos zarrapastrosos de los sanjuaninos nos pudieron ganar en su cancha, uno a cero apenas, pero nos ganaron.

Juanito sale de sus pensamientos cuando ve a Mercedes hacer un último gesto impaciente y decirle dos palabras al gordito, que balbuceaba algo mientras ella da media vuelta e inicia la retirada. Juanito trota, respetando siempre los límites de la cancha, para alcanzarla, jadeante por el rodeo, antes de que ella trasponga la puerta. Pero no llega a formularle ni una pregunta:

dos moles en gastada casaca de cuero, a todas luces antiguos defensas centrales del equipo, le interponen sus respetables espaldas. La señora no desea hacer declaraciones, le dicen, expresivas, estas últimas. Juanito, prudente, vuelve al entrenamiento, pensando en que esa dama y esas espaldas son capaces de todo.

- De todo, no sé. Pero de matarla a ella, o a ambos, sí -había llevado las cosas a su justa proporción el informante. Luego de otro vaso de cerveza, y de un par de distraídas miradas en su entorno, había agregado: -Dicen que la clasificación es el trato. Si el Salvador nos clasifica, le está perdonado y permitido todo. Si no...

Juanito ha vuelto la mirada hacia la cancha, justo para ver a Salvador pegarle a la pelota en primera y mandarla a las nubes, a medio metro del arco. El gordito estaba al borde de la apoplejía y nadie está muy cómodo en este recinto, recalentado por el sol y la incertidumbre.

- Seriamente, ¿quién cree que pague el pato? -había insistido Juanito.

El informante había hecho un esfuerzo por reflexionar un rato. Luego, un poco inseguro, había aventurado.

- Legal, legal... no creo que ella pueda llegar a hacerle mucho daño a él. Le debe mucho placer, mucha vida. A Salomé, en cambio, no le debe más que celos, dolor, y, quizás, fracaso. Pobre chiquilla, carajo.

La pobre chiquilla está, en todo caso, buenísima, vuelve a pensar Juanito desde la misma mesa de observación, por la noche y con un par de saludables tragos encima, viéndola atravesar raudamente la plaza y perderse por una esquina contigua. ¿A encontrarse con Salvador, quizás? ¿La víspera del partido?

Una sombra sigue a la chiquilla a distancia razonable. ¿Será Salvador, acudiendo a la cita? ¿Mercedes rebajándose a un desesperado espionaje? ¿Un emisario suyo? Cuántas cosas fabulas, Juanito, con el alcohol adentro. Hasta los charcos de los restos de cerveza que los demás parroquianos insisten en tirar al piso con varonil gesto, al terminar su vaso, parecen tener la oscuridad de la sangre. Tragedia griega en Paracocha. ¿Cómo narrarla? ¿Para qué? ¿Para quién?

Juanito no dura mucho más en estas reflexiones. Lo han invitado a brindar con el resto; por el Racing, como es natural. No podrá vigilar la hora ni las circunstancias del regreso de Salomé. Después de todo no importa, nada importa, porque el desenlace se verá mañana.

El griterío de tres mil personas, la más importante manifestación humana que Paracocha ha visto fuera de la fiesta del santo lugareño, estremece las adoloridas sienes de Juanito cuando los del Racing ingresan a la cancha, vestidos de grana y oro. Simultáneamente estallan cohetones y el humo inunda el ambiente, dando a estos futbolistas provincianos el aspecto del ejército de sombras de Aquiles, surgido del Hades al conjuro del sacrificio ofrecido por Ulises. Deliras, Juanito. Sin duda ese alcohol terrible que te dieron a beber al final, antes de rodar, vomitando, bajo la mesa.

Palas Iturri surge de la bruma, también ella de oro y grana, más imperial que nunca, al centro de la tribuna principal y única, y precaria, por lo demás. ¿Habrá venido, Salomé? ¿En qué grupo, tras de quién se escudará? ¿Dónde ocultará sus culpables atractivos?

Los guerreros, en todo caso, están aquí, saludando a su público. ¿Cómo pueden perder? Ahí está el Gato Ramírez al arco, un poco rollizo pero ágil, astuto y seguro; ahí están el Perro Córdova, el Cholo Jara, el Chito Martínez y el Chepa Monteagudo, en armónica defensa hecha de dos boxers al medio y dos galgos a los costados; ahí esta, como es vox populi, el mejor mediocampo de la Copa, y acaso del país; el mordedor Alarcón, el elegante Javier López y la manija Julio Luna. Y ahí están los veloces punteros, Carlos Galindo y Sartana Montes, para servir las pelotas al ariete definitivo, el Salvador González. ¿Cómo no vamos a ganar, diga usted?, lo codean a Juanito, que tiene sus reservas sobre el equipo que ha visto entrenar la víspera, pero que, amable y prudente, sólo puede sonreír asintiendo.

Los del San Juan , de verde y blanco, ya han salido antes, entre la rechifla de los mayoritarios locales y los vivas de los entusiastas seguidores que han acometido la corajuda empresa del desplazamiento, envalentonados por el licor que sigue circulando de mano en mano. Hay ambiente de fiesta pagana. Huele a tierra y sangre.

Casi junto con el pito inicial Juanito siente la mano que le toca el codo. Al volverse, tiene que hacer un esfuerzo para asimilar el impacto de esos ojos, que ve por vez primera, y saludar, en cortés tono, a Salomé.

- Tiene que ayudarnos -dice, crispando la mano sobre el brazo de Juanito. Con la otra, también crispada, sujeta sobre el cuello la manta con la que ha pretendido embozar, sin conseguirlo del todo, su escandalosa belleza.

Juanito tiene que desdoblarse para no perder las acciones de la cancha en la que Julio Luna, cuerpo fino y pequeño, levemente mate, un elegante venadito con la cabeza siempre levantada, ha lanzado de pronto el pelotazo largo para que Sartana galope hasta casi la punta, donde una salvaje guadaña lo siembra junto a la banderilla del córner; Juanito ha logrado ver sin dejar de escuchar y apreciar a Salomé, cada vez más dispuesto a morir por ella, para servirla señorita.

- Usted tiene poder. Usted es periodista. Tiene que ayudarnos.

Juanito no ha avanzado mucho en saber lo que se quiere de él cuando Galindo ha calculado el golpe con la pata izquierda, buscando la cabeza de Salvador ahí al centro, precisa la bola para el frentazo que sale raspando un vértice, apenas afuera. Salvador parece no necesitar ayuda.

- Por lo que me han contado -trata de sonreír, tranquilizador, Juanito- todo está en manos de Salvador. Digo, en sus pies. Y creo que hay que tenerle confianza.

Ya van cinco minutos de inciertas acciones en el medio del terreno y nuevamente la frágil silueta de Julio Luna esquiva a dos, oscila, levanta apenas la cabeza y, de memoria, mete la patada en cuchara. Treinta metros más allá, en línea recta hacia el arco, se dispara Salvador, prácticamente solo. Error: al back centro que lo persigue por detrás se suma de pronto una sombra hacia su derecha, cerrándolo en un vistoso sandwich. Ay, carajo. Me jodieron el muslo, dice Salvador al primero que llega a atenderlo, mientras se organiza la protesta, los pechazos, el conato de bronca. Ambiente de Copa.

Juanito se vuelve para ver a Salomé, concentrada en el grupo que se ufana en torno de la pierna de Salvador. Su ansiedad es evidente, pero el

periodista cree percibir que en ella no hay inquietud verdadera por la seriedad de la lesión. ¿Y si ésta fuera fingida?, se le ocurre de pronto. Así podría escapar a la definición inmediata de su suerte, de la de ambos. El resultado del partido no dependería de él.

Salvador se incorpora, cojeando, afirma estar bien y solicita patear el tiro libre. Juanito confirma su sospecha al ver la decepción en el rostro de Salomé, a quien probablemente le había sido prometida otra cosa.

- No. No se le puede tener confianza -dice ella, mirándolo acomodar la pelota.

Siete en la barrera. Suenan el pito. La patada de Salvador apunta al ángulo superior derecho, con furia. La bola pasa a varios metros del objetivo. El público manifiesta su insatisfacción, con una especie de gruñido sordo, puntuado de algunas risitas foráneas.

El primer tiempo ha sido una larga impotencia. Los sanjuaninos no son muy técnicos, pero aguantan a pie firme. Y los contraataques pueden ser muy peligrosos: sólo un par de revolcones del Gato Ramírez han impedido que la situación empeore. Salvador no ha hecho nada notable.

Cuando suena el pito del final de la primera etapa y Juanito se vuelve, Salomé ya no está. El periodista tiene algunos remordimientos: no le ha dado mayores seguridades sobre su intervención en este asunto. Pero, ¿qué podía prometerle? Si es un cronista, cuya misión consiste en registrar los acontecimientos. Cambiar el curso de éstos escapa tanto a su competencia como a sus capacidades. Además, ¿para qué acarrearle líos gratuitos con alguien como Mercedes Iturri?

Estas razones no acallan las punzadas de su conciencia. Quizás la causa sea su virtud de hombre probo, escandalizado por prácticas feudales. Es más probable que sea, simplemente, el deseo de no defraudar a Salomé. El hecho es que Juanito se dirige, abriéndose difícil camino entre la masa excitada, hacia la tribuna imperial.

Mercedes Iturri apenas nota su presencia cuando se le pone delante, credencial de prensa en mano. "Ni siquiera suda", piensa Juanito. "Es de otro cuero". Luego se anima sabiendo que tiene poco tiempo.

- Voy a escribir una crónica especial sobre el partido.

- Entonces mírelo atentamente -dice Mercedes, paseando una distraída mirada por el público.

Justamente... -se atreve Juanito-. Me gustaría escribir sólo sobre el partido.

La frase amerita que Mercedes lo mire realmente por vez primera, con la curiosidad de un gran felino a quien una sabandija hubiera venido a buscar querella. Juanito traga saliva, pero continúa.

- Lo que quiero decirle, doña Mercedes, es que el resultado, sea cual fuere, debe quedarse en la página de deportes. No en la policial. Y menos aún con grandes titulares.

Una especie de sonrisa arruga una comisura de la boca del felino, quien sigue fijando con la vista a su desigual adversario. Parece haber comprendido la amenaza y sus implicancias. Y Juanito ruega porque provincianamente sobreestime -como Salomé- los alcances de un eventual escándalo en un diario de difusión nacional.

- El resultado será el que Dios quiera -dice al fin Mercedes retornando a su distraída expresión. Unos ganan y otros pierden. Así es el fútbol, ¿no?

Por lo menos has hecho el intento, se ha estado consolando Juanito durante el segundo tiempo, tratando de dar una interpretación correcta y, en lo posible, alentadora a la última frase de Mercedes Iturri.

El Racing también ha estado haciendo toda clase de intentos, hasta ahora sin fortuna. La defensa contraria no deja pasar nada, y las veces que Javier López, Julio Luna y el Cholo Jara han probado de lejos, han encontrado bien parado al arquero. En cuanto a Salvador, parece realmente disminuido, sin ideas ni fuerzas que puedan responder a sus evidentes deseos de cumplir con su misión. Lo han bajado además a punta de pechazos, patadas y jaladas de camiseta. Mucha cosa para un hombre ya abrumado por sus compromisos ante un pueblo y dos mujeres. Un golcito, señor, casi ruega Juanito, perdida ya toda objetividad periodística.

¿Cuánto falta? ¿Dos minutos? ¿Medio? ¿Nada?. Y encima el nueve verde coge un rechazo largo y se escapa solito a enfrentarse al Gato. Parece una pesadilla. Pero de atrás surge el Cholo Jara y logra, con recia carretilla, extender la pelota hasta los pies de su arquero. El Gato le pega como viene, sin tiempo para pensar mucho. La pelota llega hasta medio campo, da un bote y aterriza en el almohadillado pecho de López. Apenas un cuarto de vuelta y ya se ha sacado de encima a uno. El público brama, y se enciende casi cuando de atrás surge una pata enemiga, buscando, a la mala, bola o pierna. Es pierna y López cae, pero la bola ha llegado a poder de Julio Luna y el público olvida la naciente protesta por la descalificadora falta porque ya Luna ha metido una patada casi en primera hacia la punta derecha, donde Sartana galopa con bastante pampa libre pues la defensa contraria ha quedado desconcertada con la ley de la ventaja.

El estadio es un solo rugido cuando Sartana alcanza la pelota, levanta la cabeza y descubre que el Salvador está también, por una vez, corriendo sin marca, entrando al área, agitando la mano para llamar al centro. El pie derecho busca el punto exacto en la base de la pelota para que la parábola aterrice en la cabeza del ariete.

Y ahí se eleva el Salvador, con toda la potencia recuperada, soportando con los codos, con el cuerpo, con las entrañas, la carga del enemigo. Allí llega la bola y él gira el cuello, busca el contacto, mira el ángulo bajo y sepulta la cabeza, metiendo el frentazo justo, inalcanzable.

Juanito está de pie con todo el estadio, tribunas incluidas, en un tiempo suspendido, viendo cómo el proyectil se dirige, casi en cámara lenta, hacia el ángulo deseado, hacia el gol liberador.

La pelota se estrella en la base del parante con un golpe seco como una detonación.

- ¿Para qué ha vuelto, amigo? ¿Para ver cómo sobrevivimos todos? - pregunta, no sin sorna, mientras se sirve un poco de cerveza, el informante.

Juanito no lo sabe a ciencia cierta. Simple curiosidad, quizás. Quizás porque, a casi un mes de aquella tarde, los ojos de Salomé siguen habitando sus sueños, y quiere cobrar ahora aunque sea el magro dividendo de una sonrisa, porque en Paracocha no murió nadie y acaso él algo tuviera que ver en eso.

- Sí pues. Todos sobrevivimos. Mal que bien -sonríe torcidamente el informante.

Mercedes Iturri ha continuado guiando, con segura mano, sus posesiones; a excepción del equipo de fútbol, que ha quedado abandonado a su suerte. Mercedes Iturri había dicho: "Ningún hombre vale siquiera su propia vida; y menos la vida de una mujer". Por eso el Salvador y la Salomé, se acercan ahí, al otro extremo de la plaza, amorosamente enlazados. En realidad, él parece apoyarse un poco sobre los hombros de ella, tratando de aminorar así una perceptible cojera.

- ¿Le dura todavía la lesión del muslo? -pregunto Juanito.

El informante lo mira, casi con conmiseración. ¿Así que él no sabía nada? ¿No conoció lo del asalto, al día siguiente del partido? ¿No se enteró de que entre dos, chaveta en mano, lo agarraron al Salvador, luego de haber dejado a Salomé en su casa? ¿No supo lo del dedo gordo del pie derecho?

Juanito siente el horror en la boca del estómago, empujando hacia arriba el vómito. Trata de refrenarse, porque Salomé está cada vez más cerca. Salomé que lo mira, sin expresión ni reconocimiento, mientras ayuda al Salvador a subir las dos gradas que conducen al bar. Como todos los días, desde hace quince. Luego, Salomé se vuelve, sin despedirse, marchando con la cabeza enhiesta hacia su casa, mientras el Salvador pide su primera cerveza del día.

- Hay muchos modos de matar a un hombre. Y de vengarse de otra mujer. Doña Mercedes las conoce todas. Pero salud, amigo. No se le vaya a calentar la cerveza.

**LUIS EDUARDO GARCIA**

Luis Eduardo García (Piura, 1963) realizó estudios en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Nacional de Trujillo, donde optó el título de Abogado. Ha publicado varios libros de poesía y figura en antologías de poesía norteña y peruana. En 1985 ganó por unanimidad el Primer Premio en el VI Concurso "El Poeta Joven del Perú" (Trujillo). Además ejerce la docencia y el periodismo cultural en el diario *La Industria* y el Suplemento "Lundero", en Trujillo. Ha publicado un volumen de cuentos: *Historia del enemigo* (Sullana, Sietevientos Editores, 1996).

En *La escritura y el crimen* un periodista de un diario trujillano reconstruye, a través del recuerdo, la figura enigmática de un brillante cronista de policiales, a quien el narrador admira por "la disciplina inhumana con la que afrontaba el terror de la página en blanco" y por su estilo único, deudor de las obras de Capote, Hammet y Chandler. Empero, este cronista de "portentosa imaginería verbal" tenía una invencible vocación de anonimato y no intercambiaba ninguna comunicación con sus colegas.

Acicateado por el misterio de la vida de este "Chandler trujillano" y deseoso de conocer sus vínculos con "barrios y mujeres de mala muerte", el narrador sigue, sin ser visto, al cronista en el que será su último recorrido nocturno por las calles trujillanas, lo descubre acompañado de una prostituta con la que ingresa a un hotel, y después de dar pábulo a su inclinación voyerista concluye su pesquisa.

Al día siguiente al leer la página habitual de su cronista admirado, el narrador comprueba que el texto, redactado antes de emprender el último recorrido, es un recuento y una reflexión adelantados, del asesinato de la prostituta y del propio suicidio del cronista ocurridos en la habitación del hotel al que el narrador los vio ingresar. En este caso el relato fue previo al suceso real.

## LA ESCRITURA Y EL CRIMEN \*

Es verdad, nunca logré mirarlo de frente. Cierta inexplicable censura me impedía enfrentar sus ojos. A lo sumo atinaba al buenos días, a las buenas noches o al tímido y esforzado cómo está señor. Jamás, salvo la sospecha ocasional de un gesto o movimiento facial, mi intención fue proporcional a su respuesta.

Cualquiera creerá que mi repulsa (o mejor mi huida) estaba seguramente basada en una intuición de horror estético, misterio o algo por el estilo. Nada de eso. El hombrecito era más bien insignificante, totalmente ajeno a la notoriedad que impulsa la adhesión o el rechazo. Y no precisamente rechazo es lo que provocaba en mí. Antes bien, temía por su fragilidad, por el derrumbre que en el instante menos pensado cualquier mirada le iba a causar. A veces, cuando lo atisbaba desde el fondo de la sala, me parecía como de cristal, transparente, a punto de quebrarse en mil pedazos. Siempre he creído que la mejor definición, y la más cruel también, fue la que lanzó Felipe, el redactor de locales, una noche: "*No mataría ni una mosca*". Este inofensivo recogimiento, se me ocurrió una vez, es la razón de mi estampida. O quizás su tristeza, su modo de escabullirse. Quién sabe. Sin embargo nunca, contrariamente a lo que hacían los periodistas hipócritas con los que trabajaba, acogí un sentimiento de asco, odio o malicia alguna en su contra.

Constantemente pálido, esmirriado, metido en trajes grises, aparecía a primera hora en la sala de redacción. Sentado en su escritorio diminuto hojeaba revistas, periódicos y cuanto género de publicaciones guardaba en

---

\* *María Nieves y los cuentos ganadores del Premio Copé 1992*. Lima, Ediciones Copé, 1994.

su archivo personal; luego recibía su comisión y se iba con la misma circunspección con la que había llegado; hasta que arribada la noche volvía a presentarse posesionado por un trance místico, por una fuerza sobrehumana capaz de acabar con la máquina de escribir. Con velocidad asombrosa, enrojecido y sudoroso, a mitad de camino entre el dolor y el gozo, redactaba puntualmente las noticias y las crónicas policiales. De toda la plana con la que contaba el diario, él resultaba el único dotado para hacerlo en cuestión de minutos. Así, los crímenes, los robos, los atentados, los accidentes y tantas truculencias más de la mojugata vida de Trujillo, eran acerados, corregidos o sublimados en el tamiz de su portentosa imagería verbal. Y aunque, claro muy lejos estábamos de ser el Chicago de los años veinte o de convivir cotidianamente con algo cercano a la violencia neoyorquina de estos tiempos, sus crónicas tenían un don de magnificencia, como si los lugares y los personajes fueran de otro tiempo, o hubieran sido hurtados de las páginas más memorables de la novela negra, a la cual dicen estaba ligado como un adicto. Truman Capote, Dashiell Hammet o el Raymond Chandler trujillano, escuché, en tono de sorna y envidia, decir más de una vez cuando se referían a él. Después de todo, nada de lo que decían podía dañar sus sentimientos. Estábamos lejos de su centro, de sus preocupaciones, definitivamente impedidos de acceder a lo que parecía pertenecer a un mundo subterráneo. Además, pese a que nadie tenía el coraje de reconocerlo, su estilo era único, brillante. Lejos pues de ser una laceración, el sinnúmero de apodosos a los que se hizo acreedor se convirtieron más bien en una paradójica aproximación al reconocimiento, a la verdad ciertamente gris.

Fuera del Director y el Jefe de Redacción, no hablaba con nadie más. Parece ser que fueron ellos los primeros en difundir algunas vagas complementariedades de su vida. Decían, por ejemplo, que antes había estado en deportes sin haberlo hecho mal; que no vivía solo; que tenía una amante; que no le importaba el dinero; que no tenía amigos; que era limeño. Pero los más sueltos de lengua y sarcasmo, agregaron otros elementos: "*Sí hermano, dipsómano, siempre huele a alcohol*"; "*lo juro por Dios, es homosexual*"; "*sadomasoquista hombre, si hasta tiene la cara*", y muchísimos más disparates. Nadie, absolutamente nadie, le perdonaba la vocación de anonimato, la oscuridad, el silencio; es decir, hasta donde yo sabía, el material del que estaba compuesto su espíritu.

Cuando yo lo conocí, ya las imputaciones de todo orden habían terminado por moldear una historia que todo el mundo aceptaba sin remordimientos. De no haber sido por esa afición mía, muy dada a comparar personajes del celuloide con hombres de carne y hueso, de seguro habría terminado por aceptar sin remilgos tales suposiciones. Le hallé, antes bien, un aire a Humphrey Bogart interpretando a Philippe Marlowe, valga decir infinitamente cercano e infinitamente lejano, un héroe sin ley, un pobre hombre, una víctima de su propio destino. Es cierto que a esta situación yo había llegado previo desconcierto, previa duda entre creer los chismes o el dejarme llevar por la ingenuidad, por la simpatía que al principio no pude explicar de dónde y como diablos empezaba a adueñarse de mí. Y esto resultaba todavía más contradictorio, puesto que el hombrecito ni me respondía el saludo, ni creo se daba por enterado que yo existía a sus espaldas, al lado, o en calidoscopio de mi tímida vocación de inquisidor. Pero ya ven, llegué a él a través de mis preferencias, de mis secretos librescos. La escritura y el crimen se configuraron de ese modo en eficaces intermediarios. Por eso es que al oficio de lector impenitente, agregué mi complicidad a las historias, reales o ficticias, que el diario le publicaba puntualmente cada mañana. Yo era, valgan verdades, el más incondicional de sus admiradores, el que le envidiaba la entrega, el fragor, la disciplina inhumana con la que afrontaba el terror de la página en blanco.

Sólo una vez, si mal no recuerdo, estuve a punto de iniciar un diálogo con él. Creo que un jueves por la noche, en que yo redactaba culturales metido en una soledad y en un frío que quitaban las ganas de estarse pensando en cada cosa y en cada encargo estúpido que a uno le daban por partida doble. Un vinito, un café, una bebida caliente, me repetía a manera de autosalvación. Pero con quién. Ni un alma asomaba a docenas de metros a la redonda. Bueno, estaba él, no obstante todo indicaba que no se hallaba en este mundo. Pulsaba las teclas completamente ignorante de mí, de mi deseo de escapar a una de esas tabernas donde se hace más llevadera la vida. Entonces se me fijó la idea de invitarlo a tomar algo y conversar sobre sus crónicas, sobre su *ventana siniestra*; en fin, sobre lo que más nos viniera en gana. Claro está, me quedé en la tentativa, luego que a la primera intención de llamarlo por su nombre, me devolvió con el teclado, con el ruido de su íntima tormenta. Resignado, abandoné la sala sin saber a donde dirigirme. Felizmente en Gamarra, el bullicio de la gente y los claxons me devolvió a la normalidad, a las calles, a ese espacio ciudadano que tanto amaba.

En Pizarro hallé el lugar idóneo. Pedí un café y me entretuve mirando a los peatones que entraban y salían de Monterrey. Fue entonces cuando lo vi subir hacia Colón. Algo, un resorte sobrenatural, me levantó de la silla y me indicó seguirlo. Cuando yo tomé la calle, el hombrecito estaba como a unos cincuenta metros. Las mismas ropas grises, el andar pausado, las gafas, los diarios bajo el brazo, la niebla interior en definitiva. "*¿Por qué mierda lo sigues?*", me pregunté como llamándome al orden. Sin embargo seguí tras sus pasos. "*Las doce y treinta. Justo. Su hora de salida*", pensé en tanto observaba el reloj del cine. Por su parte, él entraba ya al paseo peatonal envuelto en el ámbar sucio de las luces. La cuadra semejaba un tubo frío, un cuadro de Giorgio de Chirico según versión ajena. Más adelante, tres tipos dormían en las banquetas, muy cerca a los cubos de basura que a esa hora los vecinos arrojan sin misericordia. "*Una escena de novela. Esto está escrito en algún lugar*", dije estúpidamente. Al mismo tiempo deduje que era indispensable acortar la distancia. El hombrecito caminaba con una lentitud espantosa y yo debía mantenerme a unos treinta o cuarenta metros si no quería ser descubierto. Tras una infinidad de tiempo, dejé la plazuela y llegó a España, mientras yo me escabullía entre los árboles roñosos. Luego se dirigió hacia la Av. Perú y antes de doblar a ésta, giró apenas el rostro tratando de ubicarme con el rabillo del ojo. No sé si me logró ver. Nunca he podido saberlo.

Lo seguí a lo largo de ocho cuadras, hasta que en uno de los tantos callejones -las cámaras de gas le llaman los borrachines que se apiñan en ese laberinto de cuartuchos- lo perdí de vista. Estuve un buen rato observando desde la acera de enfrente. Ni humo de él, o quizá no había entrado. Lo cierto es que me entretuve en los letreros luminosos de los taxis y las pollerías, que a esa hora de la madrugada pujan de hambrientos y personajes de toda calaña. De vez en cuando posaba mis ojos en el fondo del callejón. Debo haber estado así cerca de veinte minutos sin que ocurriera alguna novedad. Por segunda vez, insistí en mi llamado al orden. Terminaba de hacerlo, cuando el hombre apareció delante mío rodeado de dos mujeres mucho más altas que él. Una tenía el pelo teñido y era más vieja que la otra. Llevaba un vestido rojo y estaba pintada con cierto escándalo; daba la impresión de ser una meretriz. Enseguida, ésta y el hombre se despidieron de la vieja y empezaron a caminar a mi encuentro. Ni corto ni perezoso les di la espalda y empecé a desandar las ocho cuadras. Ahora yo era el perseguido. En realidad, sólo estaba tratando de no ser visto. Cosa que logré

sin mucho esfuerzo, pues al llegar a España me volví sin que ninguno de los dos diera señales de vida.

Eran cerca de las dos cuando doblé en San Martín. Iba avergonzado de mi persecución. Solamente a mí se me podía haber ocurrido seguir a ese cronista que, ahora ya lo sabía, frecuentaba barrios y mujeres de mala muerte. *"Que tal zonzo he sido"*. Voyerista, chismoso y no sé que otras impiedades me asesté de golpe. Y así hubiera seguido a no ser por el freno del taxi junto al hotel. Ahí estaban otra vez, bajando del auto con un aire de amantes trágicos, yendo a encamarse y gozar como dos animales condenados, como dos fantasmas a punto de materializarse en la unión de la carne. Seguí de largo y me perdí en la oscuridad, ajeno por completo al discurrir de la ciudad a esa hora de la madrugada.

A la mañana siguiente, como de costumbre, abrí el diario y leí en su columna: *"Mi nombre está lo suficientemente repetido en este espacio que ya no es necesario que se le tenga en cuenta. Hablo ahora como unos de los tantos personajes de mis historias truculentas, por eso es que en cierta forma soy una invención de mí mismo, quiero decir, una invención cruel de mí mismo. Sabe Dios por qué hice lo que hice y por qué he llegado a escribir todo esto. Simplemente he deseado que mis propósitos coincidan con la vida. No me importa que me condenen o se rían de mí; para la hora en que lo hagan ya todo estará consumado, mejor dicho cumplido según los cálculos de mi escritura. Me adelanto a los hechos, porque esa es la forma más precisa de extinguirme y extinguir el amor y el odio que nunca conocí del todo. Soy pues un victimario omnisciente: estoy y no estoy en el juicio que a partir de mañana (de hoy, digo) me van a preparar los hombres: los que me leyeron, los que en este instante me leen y los que no me leerán jamás. Debido a esto, escribo una consideración adicional: Amo la escritura del crimen. Muero entonces de mi propia mano, de mi hedonismo artero. Eso en lo que a mí concierne. En cuanto a la mujer, cuyo cadáver aparece junto al mío en el cuarto del hotel, no tiene ninguna justificación equiparable a mis razones. Yo le he quitado la vida sin darle tiempo a nada, ni siquiera el gozo final. Era una ramera. Sin embargo no la maté por ello. Creo que mis argumentos saltarán a la vista si es que cuento más detalles del horror que voy, perdón, que ya cometí: Hoy, a las dos de la madrugada, en un hotel de la calle San Martín..."*. Y seguía una historia a cuyo principio yo había asistido sin quererlo.

No acabé de leer. Arrojé el diario dominado por la confusión y la ira. ¿Una mala pasada? ¿Una broma de mal gusto? ¿Por qué se le había ocurrido escribir toda esa explicación y esa historia del asesinato? ¿El, un asesino?

Conforme me hacía más y más preguntas me vi envuelto en una abstracción desesperante. ¿Si fuera verdad? ¿Acaso hace unas horas no lo he visto entrar con esa mujer al hotel? ¿Cómo diantres ha hecho coincidir minuciosamente su relato con los hechos reales? ¿También, como él mismo lo dice, se ha dado muerte? Dios mío, ¿seré yo testigo de ese crimen execrable? ¿No estará vivo y esto no pasará de ser una jugada para inocentes? *"Mejor lo compruebo con mis propios ojos"*, pronuncié en voz baja, con el corazón a punto de explotarme en un tropel de palpitaciones. Eran las ocho de la mañana. Tenía que estar en la sala de redacción. Tenía que estar esperando la comisión del día, tenía que estar hablando con el Director, con el Jefe de Redacción. No podía ser verdad, no podía estar muerto. Así que corrí y corrí hasta estrellarme con su escritorio vacío, con el rostro falsamente compungido de todos esos imbéciles que me estaban mirando llorar de ira, de absurdo, de desesperación.



**ANTONIO GONZALEZ MONTES** es catedrático en la Facultad de Letras (Escuela de Literatura) de la Universidad de San Marcos y en las Facultades de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Lima y de la Universidad Femenina del Sagrado Corazón. También ejerció la docencia en la Facultad de Estudios Generales - Letras de la Universidad Católica y en la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de San Martín de Porres.

Es autor de **César Vallejo** (1969), **Estructura del texto novelístico** (1988) y **Semiótica** (1989). Ensayos y artículos suyos sobre temas de literatura, periodismo y comunicación han aparecido en las revistas **Textual**, **Crítica Literaria Latinoamericana**, **Runa**, **Marka**, **Kuntur**, **Lexis**, **Tierra Nuestra**, **Letras**, **La Casa de Cartón**, **Lluvia**, **Alma Máter** y **Consensus**. Ha colaborado en las páginas culturales de los diarios **El Comercio**, **La Crónica**, **La Voz**, **Correo**, **La República** y **El Peruano**.

Bajo el novedoso título de **Periocuentos peruanos**, fundamentado en el prólogo, esta antología, la primera en su género, reúne 15 cuentos de escritores nacionales (clásicos y modernos), que tienen en común la plasmación de sucesos, personajes, realidades y lenguajes propios del mundo del periodismo. Con una combinación feliz de realidad y ficción y una fluida estructura narrativa, cada texto revela situaciones, actitudes, casos y facetas esenciales y sorprendentes del periodismo peruano. El antólogo ha incluido notas biobibliográficas de los autores y sendos comentarios interpretativos sobre los relatos mismos.